



Dicen
QUE HAN
Dicho

Rosario Vila

DICEN
QUE HAN
DICH0

ROSARIO VILA

© 2017, Rosario Vila.
Todos los derechos reservados.
Fotografía de la portada: Prostooleh/Freepik.

PRÓLOGO

Mi vida transcurría según lo previsto, nada extraño presagiaba lo que estaba a punto de suceder. Hacía un rato que había oído al gallo cantar, el parte meteorológico había anunciado que brillaría el sol, y nada más poner un pie en la calle vi un ojo asomando disimuladamente tras un visillo; lo normal en Fuente del Limonar. Estaba empezando a hacerse de día y mientras bajaba por mi calle empinada, en dirección a mi tienda de ultramarinos, veía a lo lejos un rayo de luz colándose entre las nubes que hacía destellar un trocito de mar. A mi espalda, el viento que soplaba desde la montaña se colaba entre las calles removiendo el olor del jazmín. Un gato sentado en el escalón de una puerta se lamía la pata. Los pájaros comenzaban a cantar en las ramas de los árboles y ya podía oír el sonido lejano de una escoba barriendo una acera. En breve las calles se iluminarían y las macetas llenas de flores alegrarían las fachadas encaladas. El pueblo cobraría vida y mi tranquila rutina se desarrollaría como siempre, con apacible normalidad.

Pero pronto comprobé que eso no iba a ser así. Por muy en su lugar que pareciera todo, aquel día no iba a ser como los demás. Fuente del Limonar es un pueblecito caluroso pero adorable, donde los días pasan sin prisa y los grillos cantan cuando anochece. Sin embargo, es tan tranquilo que lo más emocionante que te puede pasar es que te resbales con una boñiga de perro. Por eso, cuando un forastero llegó aquella mañana despertando nuestra curiosidad, todo el pueblo tuvo algo nuevo de lo que hablar. Un misterio que resolver. Algo sobre lo que cotillear. Vi su coche subiendo la cuesta y girando en una calle sin salida en la que sólo había tres casas. Iba tan lanzado que ni siquiera pude verle la cara, me pasó de largo como un tren. La cotilla que hay en mí no lo pudo evitar: miré fugazmente de izquierda a derecha, crucé la calle y corrí hasta la esquina por la que lo vi desaparecer. Asomé la cabeza hasta la altura de los ojos conteniendo la respiración y, entonces,

frente a mí, lo vi por primera vez.

Unas botas negras sobre un pantalón vaquero salieron del coche, les siguió una camiseta de manga corta sobre una espalda estilizada y al ponerse de pie pude ver su masculino, pero aniñado, perfil. Su pelo era oscuro, crecido y sin peinar. Sus rizos brillantes se movían con la brisa. Una barba de varios días le hacía parecer despreocupado, pero tenía actitud. No podía dejar de mirarlo. Desprendía algo interesante. Magnético. No pensaba irme hasta ver a qué puerta llamaba, para eso estaba encaramada a la pared como una lagartija. Pero, de repente, una ráfaga de viento se levantó y una bolsa de plástico que voló hasta mí se me pegó en la cara. Perdí por completo el control de la situación. Al quitármela de encima se me cayeron las llaves de mi tienda de las manos y el ruido metálico contra el cemento hizo que él mirara hacia mí, así que eché la cabeza rápidamente hacia atrás para esconderme. Me agaché arrugando la nariz mortificada, suplicando en silencio que no me hubiera visto, pero mis llaves seguían asomando en el suelo y no tuve más remedio que salir de mi escondite para recuperarlas. Saqué el brazo por la esquina a la altura de la acera y caminé con los dedos de la mano sobre ella, como si fueran unos pequeños pies. Agarré las llaves, me levanté de un salto y salí corriendo de allí.

—Qué asco de humedad. Estoy, pero fatal. Esto no es vida —me dijo Reme con un brazo apoyado sobre mi mostrador. Sacudía la cabeza con la mirada perdida, como si intuyera su muerte.

—Vamos, Reme, no será para tanto —la animé.

—Claro, a ti los tendones del cuello no te tiran de la vejiga como a mí —me soltó ofendida.

—Ni a mí ni a nadie —le informé.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué crees que he orinado de pie esta mañana? ¿Por gusto? —me preguntó—. Ni siquiera podía estirar el brazo para coger el papel higiénico, me he tenido que limpiar con el geranio de tela de la repisa —me dijo volviendo a hacerse la moribunda.

—Supongo que después lo habrás tirado —le sugerí desconfiada.

—¿Qué clase de guarra crees que soy? Pues claro que no he vuelto a colocarlo en su sitio. Lo he llevado al cementerio y se lo he puesto a mi suegra.

Al oír eso puse mi mano sobre su frente y le dije:

—Sí, creo que tienes fiebre.

—Te lo he dicho, estoy muy mal. Ahora mismo tengo una piel de pollo que no es normal. Es como si estuviera metida en un frigorífico, entre un táper de ensaladilla rusa y una sandía —se quejó frotándose los brazos.

—¿Piel de pollo? Yo creo que lo que tienes es piel de lagarta —le contesté.

Reme tenía mucho cuento. No conocía a ninguna persona que tuviera más enfermedades que ella, cada día sufría una diferente. Era muy buena amiga, de las mejores que podría tener. Pero también era una hipocondríaca, una cosa no quita la otra.

—Es por los antiinflamatorios que tomo para la torsión del ovario, me la dejan muy reseca. —Se rascó el brazo con la uña y lo levantó frente a mis ojos para demostrarme su teoría—. Oye, ¿sabes que hay un forastero en el

pueblo? —me preguntó sonriente. Recuperó de repente la salud.

—¡Hay un tío nuevo en el pueblo! —gritó Maite.

Entró asfixiada por la puerta de la tienda en ese instante. Venía sudada, como si hubiera venido corriendo desde Ceuta sin repostar. Se quedó frente al mostrador doblada hacia adelante con las manos apoyadas en las rodillas, intentando recuperar el aliento.

—Sí. Lo he visto esta mañana —les susurré.

—¿¡Tú lo has visto!?! —me preguntó Reme con asombro.

—¡Dónde! —me gritó Maite entusiasmada.

—En la calle de las azaleas. He venido temprano a la tienda para limpiar el congelador y me lo he cruzado. ¿Quién es? —les pregunté excitada, deseosa de saberlo.

—Todavía no lo sé, pero ya estoy moviendo hilos para averiguarlo —me dijo Reme—. No deberías darte esas carreras dando de mamar. La leche se te va a cortar y el niño te va a salir agrio, como el culo de un pepino —le riñó después a Maite.

—Ya tenemos smatphones y tapones dosificadores para botes de salsa, no deberías creerte esos consejos de viejas —le respondió Maite.

—De viejas, ¿eh? Ya me lo contarás cuando el niño crezca y no te dé ni los buenos días. Más rancio que un yogur de chorizo, te va a salir —le advirtió Reme—. Ay, madre mía, qué mal me encuentro... —dijo después bajando el tono.

—¿Qué es esta vez? ¿La gripe aviar? —le preguntó Maite riendo, haciéndome reír a mí también.

—Insensibles —nos soltó Reme enfadada—. ¡No quiero ver a ninguna de vosotras en mi entierro! —nos amenazó. Lo que nos hizo reír más fuerte.

Reme estaba más sana que un nadador olímpico, pues no corría nada por las calles del pueblo enterándose de todo. El problema era que entendía mal las cosas y, cuando te pasaba a ti la información, lo que en un principio era la reparación de un bordillo se convertía en la construcción de una rotonda. Con una estatua en medio, en homenaje al alcalde.

—Al grano, Reme. La organización de tu sepelio puede esperar, tenemos cosas más emocionantes de las que hablar —le pedí impaciente.

—Todavía no sé nada sobre él, lo único que he podido averiguar es que le gusta el chicle de fresa. Tiene un paquete empezado en el salpicadero del coche, me he acercado de cuclillas y lo he inspeccionado bien por dentro —me respondió.

—¿Tú no decías que no podías doblarte? —le pregunté.

—Y no me he doblado, he hecho así —me dijo. Despegó los brazos de los costados y flexionó las rodillas un par de veces seguidas.

—Tú lo has visto. ¿Cómo es? —me preguntó Maite.

—¿Se parece a alguien del pueblo? ¿Podría ser un familiar? —me preguntó Reme.

—Sí. ¿Está de visita? ¿De qué trabaja? ¿Es zurdo o diestro? —me continuó preguntando Maite.

—¿Cómo voy a saber con qué mano se la sujeta para ir al baño? Además, ¿qué tiene eso de importante? —le dije asombrada.

—Está bueno, Maite. Si no fuera así, no hubiera mencionado que se la toca —le dijo Reme.

—¡Yo no he dicho eso! —me quejé.

—Está bueno... —dijo Maite. Se cruzó de brazos y me miró de medio lado, esperando mi confesión.

—Bueno, no está mal —medio admití—. Pero eso no significa nada. Podría ser un asesino en serie, o un miembro del Ku Klux Klan —les dije, para quitarle importancia a su aspecto físico.

—¿Qué tontería es esa? Este sería el último rincón del planeta en el que se escondería un asesino. Aquí hasta las moscas escuchan detrás de las puertas, es imposible guardar un secreto —me dijo Reme.

—¿No lo dirás por mí? —la desafió Maite.

—Bueno, supongo que es mejor que no te conteste a eso. A veces la sinceridad no trae nada bueno... —le dijo Reme mirando hacia otro lado.

—¿Cómo tienes tanta cara? Recuerda que te he visto subida al respaldo de una silla para escuchar una conversación, haciéndote pasar por una gallina —la acusó Maite.

—¡No me estaba haciendo pasar por una gallina, exagerada! No había ningún asiento libre en el corrillo de la puerta. Y ya sabes cómo es esa Juana, saca las sillas contadas para que no te acoples —se justificó Reme.

—A lo que eres capaz de llegar —la reprendí.

—Anda, mírala, otra a la que no le gusta poner la oreja. Si la tienes planchada de arrimarla a las paredes. Tienes una de soplillo y la otra pegada a la cabeza, ya ni siquiera se te ve de frente —contraatacó.

—Eso no es verdad —le negué, tocándomela asustada.

—No, si aquí todo el mundo tiene por qué callar. Más vale que tengáis la boca cerrada —dijo Maite.

—¿Y eso lo dices tú? ¿La misma que acaba de romper la barrera del sonido corriendo hasta mi tienda para oír chismes? ¿En qué puerta has abandonado a tu hijo con su canastilla? —le pregunté.

—No lo he abandonado —me negó Maite—. Mi madre está con él, le he dicho que me iba de urgencias al ambulatorio.

Se hizo un silencio y las tres miramos distraídas a nuestro alrededor, puede que algo avergonzadas. Pero tampoco era culpa nuestra que en Fuente del Limonar no hubiera demasiado que hacer. Teníamos playa allí abajo, a menos de un par de kilómetros, y la ciudad no estaba lejos, esa era la realidad. Es decir, que no estábamos tan incomunicados como para que no nos llegara la señal de televisión. Pero las personas que hacíamos vida allí, abuelos, amas de casa, grillos y los pocos que trabajábamos dentro del pueblo —como, por ejemplo, yo— necesitábamos distraernos con algo. Además, preocuparnos por la vida de los demás tenía un punto de generosidad, no era algo tan vergonzoso.

—¿Tan aburridas son nuestras vidas? —nos preguntó Reme preocupada.

—Para nada. Yo no tengo tiempo de aburrirme con un bebé de cuatro meses. Siempre tengo ropa que lavar, cosas que desinfectar, cubre-pezones que cambiar... —dijo Maite.

—La mía tampoco está tan mal —dije yo—. Trabajo en la tienda de mi madre y en realidad es como si fuera mía. Veo el mar desde mi casa, tengo un novio inteligente que me hace reír... —enumeré.

Claro que sí, Marcelo me hacía reír. Y también era inteligente. A su manera. Nadie sabía más de cerdos que él y a veces decía unas cosas *tan* ridículas que no podía evitar soltar una carcajada. Llevábamos más de una feliz década comprometidos y me hacía mucha compañía. Marcelo era buena persona.

—Supongo que tenéis razón —dijo Reme—. Mi vida no es sosa. Tengo a Javi, a mi suegro que viene todos los días a comer a casa y también tengo mis aerosoles para las alergias —nos argumentó. Aunque todo, excepto lo de los aerosoles, me sonó a ironía.

—Claro, sólo somos buenas vecinas. Está bien informarnos de las cosas que pasan en el pueblo, por si hay que echar una mano —dijo Maite.

—Sí, no le hacemos daño a nadie. Y el mundo está demasiado globalizado, no podemos dejar que se pierdan las costumbres autóctonas —dijo Reme.

—Por supuesto que no. Además, guardarse las cosas dentro no es bueno,

sobre todo las personales. Es mucho más sano que las conozcan los demás — dije yo.

—Hm —asintió Reme.

—Muy bien dicho, eso es —dijo Maite—. Bueno, pues... en la calle de las azaleas sólo hay tres casas. No será tan difícil saber dónde está parando — comentó después, mirando de reojo a un punto inexistente.

—Sí, a estas horas ya lo debe de saber alguien. A mí me lo ha contado la chismosa de Sole hace media hora, y vive a cinco calles de aquí. Así que las novedades han podido subir en dirección a casa de Anita hace exactamente... catorce minutos —dijo Reme mirando su reloj.

—Puede que quince, ya sabes que hay un bollo en el asfalto tres calles más abajo —le recordé.

—Sí, la señora Antonia no ha podido subir la cuesta con el andador en tan poco tiempo, habrá tenido que subirse a la acera para rodear ese bollo — reconoció Reme.

—Estamos perdiendo el tiempo —le dijo Maite a Reme—. Pásate por casa de la cotilla de Anita y yo me pasaré por casa de la chismosa de Sole. La actualización de la información ya ha debido recorrer esa zona y puede que se haya quedado retenida en algún punto, sólo nos falta saber en cuál.

—De acuerdo —dijo Reme. Y las dos salieron corriendo de la tienda, Reme derrapando en medio de la calle al ver que se había equivocado de dirección.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mi madre desde la entrada, señalando asombrada a mis amigas con el pulgar—. ¿No se habrá vuelto a caer Javi del andamio? —me preguntó.

—No, ya no se cree el Spiderman yesero. Ahora se pone el arnés para trabajar —le contesté.

—Oh, menos mal —exclamó mi madre—. Pobre criatura, con lo joven que es y con tantos tornillos en el cuerpo. Debe de tener más óxido que una caja de herramientas.

—Pues no sé quién está más oxidado de los dos, si Reme o Javi —le dije—. Aunque, después de ese derrape que ha hecho en medio de la calle, no me cabe duda de que Reme está muy en forma —añadí, señalando hacia afuera con la cabeza.

—¿Qué tenía hoy? —me preguntó mi madre.

—Un tirón en el cuello y una torsión en el ovario. La pobre, se le ha juntado todo eso con la intolerancia a la lactosa —le expliqué.

—Qué manera más tonta de sufrir, lo que necesita Reme es que Javi le dé un buen revolcón. Así se le quitarían todas las tonterías —me contestó.

—¡Mamá! —exclamé impresionada.

—¡Qué! —me dijo desafiante—. Ese hombre sólo piensa en ganar dinero, va a ser el más rico del tanatorio. Y para qué quieren tanto, ¿eh? Si ni siquiera tienen hijos.

—Bueno, no sé. Ellos sabrán...

Nunca lo había pensado. Pero a lo mejor era eso lo que le pasaba a Reme, que se hacía la enferma para llamar la atención porque Javi nunca estaba en casa y se sentía sola. Tantas horas de silencio le darían para mucho que pensar. Incluso en cosas que sólo existían en su cabeza, como una torsión de ovario. ¿Cómo se podía haber hecho esa lesión ahí? Ni siquiera creía que algo así fuera posible.

—Y tú también deberías empezar a pensar en casarte y tener hijos, ¿no crees? No he visto un noviazgo más largo que el tuyo en mi vida —me regañó.

—No es tan largo. Sólo llevamos catorce años saliendo —me justifiqué.

Qué manía tenía con eso mi madre. ¿Qué prisa había? No había razón para precipitarse.

—Yo a ti te veo... No sé —insistió, negando con la cabeza desconfiada—. Tú no estás enamorada de Marcelo.

—¡Cómo! Sí lo estoy —le contesté asombrada—. ¿Por qué dices eso?

—Porque os he visto juntos. Cuando Marcelo habla te avergüenzas de todo lo que dice. Llevas tres años haciendo obras en la casa que comprasteis, aun estando como nueva. Y ya no os vais de vacaciones, supongo que para no tener que practicar el coito con él —me dijo de carrerilla, quedándose de brazos cruzados frente a mí, tras el mostrador.

—Estás obsesionada con el sexo. Mi madre es una ninfómana —la acusé.

—¿Si? Pues gracias a que me acosté con tu padre, tú estás aquí —me respondió.

¿Qué le pasaba a mi madre? ¿A qué venía esa crueldad? Me estaba estropeando el día gracias a sus acusaciones despiadadas. ¿Por qué quería meterme esas cosas en la cabeza? Yo quería a Marcelo. Era mi medio melón, como él lo llamaba.

—El congelador ya está limpio —le dije, haciéndole saber que la conversación había acabado.

—Muy bien. Pues será mejor que metas en él tu ajuar, porque se lo van a

comer las polillas —me respondió imperturbable.

—Eres muy desagradable cuando quieres. Y cuando no quieres, también —le dije.

—Ahórratelo, no me ofendes. Es mejor que sea desagradable contigo a que seas una infeliz toda tu vida —me respondió. Y después atravesó la cortina de cuentas metálicas de la trastienda, desapareciendo de mi vista.

Me quedé preocupada, mi madre me dejó haciéndome preguntas sobre cuestiones que no me apetecía plantearme. ¿De verdad que estaba retrasando demasiado mi boda con Marcelo? Yo no lo veía así, a mí me parecía normal. ¡Por Dios, si sólo tenía veintinueve años! Prácticamente era una cría. Quizá no una cría exactamente, pero lo que antes era la vejez ya se había convertido en la segunda juventud. Mi madre veía raro lo mío porque en sus tiempos la gente se casaba muy joven, ella se casó con mi padre a los dieciocho. ¿Y qué hacían a esa edad en la cama, eh? ¿Jugar al Remigio? ¿Al Cinquillo? Si todavía no sabría ni cómo se hacía la postura del misionero.

—Por Dios, qué calor —se quejó Bernarda, entrando en la tienda y apoyándose en el mostrador.

Lo que me faltaba en aquel momento era ella, Bernarda abanicándose frente a mí con un paño de cocina. Esa mujer siempre tenía calor, hasta en invierno. Y se abanicaba con las cosas más raras: el recordatorio de un entierro, la tapa de una caja de zapatos, el prospecto del Vaginesil... Cuando llovía la veías corriendo por la calle con una bolsa de plástico en la cabeza, como si no supiera que ya habían inventado el paraguas. Alguien debería habérselo contado, por humanidad.

—¿Qué le doy? —le pregunté.

—No me metas prisa, niña, que vengo asfixiada. Mira, hasta tengo los dedos de los pies arrugados de tanto sudar —me explicó. Se subió un poco su bata de verano y levantó un pie metido en unas zapatillas de tiras de felpa, abriendo y cerrando los dedos para enseñármelos. Eran largos y delgados y se movían como si tuvieran vida propia, se meneaban como gusanos.

—¿Está segura de que eso de en medio es un dedo? —le pregunté.

—Eso de ahí no. Estaba haciendo un cocido, será una piel de patata —me respondió.

—Ya decía yo —le dije—. Bueno, pues ya está aquí el verano, ¿eh? Los días ya son bien largos —le comenté. No sabía qué hablar con ella, y a ella no se le veía prisa por comprar, así que no tuve más remedio que sacarle conversación. Siempre lo hacía con todos los vecinos del pueblo, me gustaba

ser amable con ellos, pero todavía me sentía mal por la conversación con mi madre y no me apetecía tener compañía.

—Pues sí. Pero, ¿para qué? Llega un momento en el que una ya no tiene ilusión por nada. Cuanto más largos son los días, más ganas tienes de acostarte. O de morirte —me dijo, abanicándose con su paño.

—Todavía es usted muy joven. Si no debe de tener más de setenta. No diga esas cosas, mujer —la animé.

—El tiempo pasa muy rápido. Hace nada me daba zambullidas en la playa. Ahí, refrescándome bien la almeja en el agua. Y ahora sólo le da el aire cuando me quito la faja... —dijo melancólica.

—Podría seguir haciéndolo. Supongo que la seguirá teniendo bajo esa bata de cuadros —le sugerí.

—Sí, puede que siga ahí. Pero no te lo podría asegurar porque ya no me la veo. Llega un momento en el que se te junta con la barriga y es imposible encontrarla —me contestó, agarrándose sus lорzas centrales y mirando hacia abajo—. La juventud se va tan rápido... —se quejó afligida—. Se te va como cuando pones la leche a calentar, te das la vuelta para fregar una cuchara y cuando te das cuenta ya ha hervido y se ha salido del cazo. Mira la pobre señora Aurora, con lo vivaracha que era. Y ahora está *sorrnda* perdida y jorobada como un camello. Menos mal que por fin a alguien le ha dado por venir a verla, desde que se quedó viuda ha estado muy sola —me dijo con desagrado.

Y, de repente, me interesé muchísimo en la conversación.

—¿La señora Aurora tiene visita? —le pregunté.

—Su nieto ha llegado esta mañana de Madrid. El de su hija, la que desapareció del pueblo. Menuda sinvergüenza, tantos años sin hablarle a su madre —me respondió.

—¿¡Cómo sabe que es su nieto!?! —le pregunté, prácticamente acusándola.

¿Se había enterado ella de todo eso antes que yo? ¡Cómo podía ser! ¿Es que no había estado atenta a su cocido? Madre mía, qué habilidad, debía de haber ido pelando las patatas por la calle.

—Me lo ha dicho Angustias, los ha oído hablar desde su patio sin querer mientras tendía las sábanas. Bueno, o eso dice ella, porque además de oírlo lo ha visto. Seguro que estaba subida a la pared, agarrada a las cuerdas del tendedero —la criticó.

—Sí, esa mujer un día se va a caer. Cualquier día tendremos una desgracia —le comenté.

—Dice que tiene muy mala pinta. Piojoso y drogado. Habrá salido a su madre, la fresca esa —me explicó. Todo el que no vestía con pantalón de tergal y camisa a rayas en Fuente del Limonar era catalogado, o bien como drogadicto, o bien como piojoso. Pero era la primera vez que alguien se colaba en las dos categorías. Así, sin más—. La madre era un caso perdido, siempre andaba por ahí como las golfas —me contó en un susurro malintencionado.

—¿De verdad? Pues yo no conocía la historia de esa manera. Siempre había creído que la hija de la señora Aurora llevaba media vida internada en un psiquiátrico —le dije asombrada.

—Se dice de todo por ahí, pero eso del loquero no es verdad. No señor. ¿De dónde crees que ha salido el piojoso ese? ¿Te piensas que lo pidió por catálogo? Le hicieron un bombo. Por eso cogió la maleta y nunca volvió. Salió de su casa antes de que se hiciera de día, para que no la viera nadie —me respondió Bernarda.

Virgen de la Coquina...

Esa mujer era una fuente de información muy valiosa. ¿Quién lo hubiese dicho al ver esos dedos de los pies tan raros? Cuántos datos acumulaba bajo esa bata llena de manchas de aceite.

—Yo no me fiaría de él si fuera la señora Aurora, ni aunque sea de su propia sangre. Más vale que esconda el monedero debajo de la almohada, seguro que se lo roba para comprar *colacaína* —me comentó, bajando la cara para mirarme bajo su entrecejo arrugado.

Me imaginé que *colacaína* sólo podía significar una cosa. No creía que se refiriera a un batido de Coca-Cola con Cola Cao. Se lo iba a aclarar para que fuera consciente de su error pero, entonces, la puerta de la tienda se abrió y las dos nos quedamos paralizadas. Se nos cortó por un momento la respiración y tardamos en reaccionar cuando el nieto de la señora Aurora, el forastero recién llegado, entró y nos saludó.

—Buenos días —dijo extrañado, al notar que lo estábamos mirando sorprendidas. Esperaba que no hubiera oído nuestra conversación.

—Buenos días nos dé Dios —le dijo Bernarda quedándose con la boca fruncida, mirándolo de arriba a abajo.

El forastero, el nieto de la señora Aurora, miró a su alrededor preguntándose a qué venía aquel ambiente raro. Después nos volvió a mirar por un instante, todavía sin saberlo, y a continuación se puso a merodear por las estanterías mirando productos. Cogía alguno para mirarlo y soltarlo

después, por lo que supuse que buscaba algo, pero estaba tan alelada observándolo que no se me ocurría preguntárselo.

—Mira qué pantalones caídos. Estará adelgazando por lo que se *espinfla*, esas cosas se comen las reservas del cuerpo —me susurró Bernarda.

—Sí, tiene unos bíceps bien sujetos a los brazos —le contesté bajito, mirándolo embobada.

Sujetaba un bote de pepinillos con unas bonitas manos masculinas, una pulsera de cuero rodeaba una de sus muñecas. Lo tenía de perfil frente a mí y unos rizos le caían ligeramente sobre los ojos, oscuros y brillantes. Ese hombre no tenía piojos ni desperdicio alguno. Y, mucho menos, robaba a las abuelas para meterse *colacaína*.

Mi madre salió de la trastienda y le dijo con amabilidad:

—Buenos días.

—Hola —le dijo él, sonriendo educado por un instante.

—¿Te puedo ayudar? —se ofreció mi madre.

—Sí, busco paté —le respondió él.

Su voz varonil me sonó a música celestial. Tuve una experiencia extracorporal, me pareció flotar sobre las magdalenas que había expuestas en el mostrador.

—Oh, no nos queda. Acabo de hacer un pedido de algunas cosas que nos faltan. Llegará mañana —le respondió ella.

—Vigílalo, a ver si se va a meter un bote de espárragos en el bolsillo —me susurró Bernarda.

—Bueno, pues entonces supongo que sólo quiero pan —le dijo él a mi madre. Se acercó al mostrador y Bernarda se echó a un lado, como si temiera que le fuera a pegar algo.

Mi madre me miró, a la espera de que lo atendiera, y como vio que no lo hacía me dijo:

—¿Y bien?

—¿Cómo la tienes? —le pregunté, sin dejar de mirarlo ensimismada.

—¿Perdón? —me preguntó él.

—Quiero decir que cómo la quieres. ¿De medio o de cuarto? —rectifiqué con rapidez.

—Supongo que de medio —me respondió.

Me di la vuelta para coger la barra de pan de la estantería. Pero, aun sin mirarlo, seguía notando su presencia y me costaba actuar con normalidad. No sabía qué me pasaba, pensé que a lo mejor era a causa de la novedad.

—Mejor dame dos —dijo pensándoselo mejor.

—Claro. Pídemelo lo que quieras... —le contesté, sonando demasiado insinuante.

Tuve que darme un tortazo en la cara para que el demonio saliera de mí. ¿Quién había dicho eso? ¿¡Yo!? Menos mal que todavía no me había dado la vuelta, porque noté que me subió fuego a la cara. Me la sentía colorada y ardiendo.

—¿Estás segura? No sabes qué podría pedirte —dijo sugerente a mi espalda.

—*Ma-dre* mía —murmuré.

En realidad no quería decirlo. ¡Fue un pensamiento en voz alta! Pero él lo oyó a la perfección y al darme la vuelta vi que estaba sonriendo con picardía. Agachó un poco la cara para esconder la sonrisa, pero no lo suficiente como para que no pudiera verla.

—Dos euros con pez —le dije nerviosa, pasándole las barras de pan.

—¿Con qué? —me preguntó riendo.

—Con diez *pecetaz*. Bueno, céntimos —corregí. No sabía lo que decía, me sentía tan atraída por él que el cerebro sólo me daba para mirarlo.

Metió la mano en el bolsillo delantero de su vaquero para sacar unas monedas y al hacerlo se le bajó un poco, dejando a la vista un trocito de pelvis. Los ojos se me fueron hacia allí sin querer, sospechando qué podría haber más al sur. Y para quitármelo de la cabeza no tuve más remedio que imaginármelo sentado en el váter, con la cara apretada.

—Ha sido un placer conocerte. Nos vemos —se despidió.

—Sí, supongo que sí... —le contesté, todavía en las nubes.

Lo observé a través del cristal hasta que cruzó la calle y se alejó desapareciendo de mi vista. Y entonces pude soltar el aire de mis pulmones, relajando mi tensión.

—¿Qué ha sido eso? —oí a mi madre preguntarme en cuanto se fue.

—¿Qué? —le pregunté distraída. Estaba tan ausente que ni siquiera me había dado cuenta de que Bernarda también se había ido.

—Toma, límpiate. Se te cae la baba —me dijo mi madre pasándome el paño de Bernarda. Se lo había dejado allí.

—¡Qué asco! No me toques con esa cosa —exclamé volviendo a la realidad.

—Se parece mucho a Marcelo, ¿no crees? —me preguntó.

—¿Estás loca? ¿En qué? Se parecen tanto como un pavo real a un grajo —

le negué.

Mi madre me señaló con el dedo y me dijo sonriendo, con cara de sabidilla:

—Ay, que te he pillado. A ti te gusta ya menos Marcelo que las manos de cerdo.

—¿Qué estás diciendo? Eso es diferente, no entiendo cómo puedes comerte esas guarrerías —me defendí.

—¿Quién es? —me preguntó mi madre.

—El nieto de la señora Aurora. Ha venido desde Madrid esta mañana.

A mi madre le cambió la expresión. Se limpió las manos en su delantal y desvió pensativa la mirada. Después comenzó a ordenar las barras de pan y ya no volvió a abrir la boca. Enseguida miró su reloj y me dijo:

—Voy a subir a casa. Ya es hora de hacer de comer.

Me pareció que se había quedado algo rara. Pero no como para darle importancia porque mi madre era así, rara. Lo mismo te hacía una broma que al segundo te daba un sermón, de repente se le iban las ganas de reír y se le ocurría hacer algo que no podía esperar. Se quitó el delantal, se peinó el pelo con las manos y se fue canturreando calle arriba. Y lo mismo hice yo, no me quedé de mal talante. Al contrario, después de haber visto de nuevo al forastero estaba entusiasmada y necesitaba contárselo a mis amigas. Me metí en nuestro grupo de WhatsApp, uno que teníamos bautizado como *Lemon Tree's Gossip Girls*, y les informé de todas las novedades que habían acontecido, sin dejarme ningún detalle.

—Moja pan en esa morcilla. Te estás quedando muy flaca, Melón —me dijo Marcelo con cariño. A pesar de estar revolviéndome el pelo con energía, como si fuera un perro.

Ya me había dejado la cabeza como una peluca manoseada de los chinos. No sabía para qué me molestaba en peinarme, si siempre me hacía lo mismo.

—No quiero mojar pan en eso. Es puro colesterol y toxinas —me negué.

—Cómetela, anda. Si era el más simpático de la piara, el morenito —me animó.

—¿¡Qué!? ¿No sería Ronaldinho? —le pregunté.

—Ese. Sí —me respondió, con completa naturalidad.

—No... ¡Ronaldinho no! —dije con horror.

¿Cómo podía haberle hecho eso a un cerdito adorable? ¡Tan inteligente! Le tenía cariño, de pequeño siempre daba carreras contento alrededor de mis pies. Y ahora lo tenía convertido en una morcilla frente a mí, como una cosa sin alma...

—¿Cómo has sido capaz? —le pregunté, mirando en shock hacia mi plato.

—¿Eh? —exclamó Marcelo, todavía sin verle la importancia al motivo de mi estupefacción.

—Los cerdos los criamos para eso, Azahar. Para comérmolos —me dijo mi suegro, sentado con nosotros en la mesa.

—Bonito reproche. Esa morcilla y otras como esa son las que traen las habichuelas a esta casa, por si no te habías dado cuenta —me echó en cara mi suegra, quien estaba sentada frente a mí.

Mi suegra me daba miedo. Tenía un aspecto extraño, una cara siempre arrugada por la tensión propia de una psicópata. Caminaba con una gran cojera que me hacía imaginármela cargando un rifle sobre su cadera defectuosa y a veces movía los ojos en todas las direcciones sin ninguna coordinación entre uno y otro, como hacen los camaleones. Era tan cotilla que intentaba detectar cualquier movimiento imperceptible para el ojo

humano.

—Lo sé, Milagros. Pero, ese cerdito... —dije apenada, sabiendo que ninguno de ellos iba a comprenderme.

No podía soportar la frialdad de Marcelo y sus padres respecto a esos temas. No me parecían normales sus argumentos, aun siendo aquel su medio de vida. Y tampoco me parecía normal comer morcilla por la noche, dicho sea de paso. Yo me hubiera comido una ensalada de haber estado cenando en mi casa.

—¿Ya estás con los *regimen* otra vez? —me preguntó Marcelo.

—Se dice regímenes, Marcelo —le respondí, todavía sorprendida por su inhumanidad—. Y no, no estoy a dieta. Sólo intento comer sano, además de tener un poco de empatía por otros seres vivos.

—Me parece a mí que tú tienes dislexia... —dijo mirándome de medio lado.

—Anorexia —le corregí, mirándolo enfadada.

—Santo Dios, ¡lo sabía! —exclamó.

—¡No estoy diciendo que tenga... ! —me quejé quedándome a medias—. Bah, es igual —dije resignada.

¿Para qué iba a explicarle el significado de cada cosa que decía? Si se le iba a olvidar a los cinco minutos, como le pasaba siempre. No es que Marcelo tuviera un problema de aprendizaje, ni que le costara razonar por falta de neuronas. Pero era una persona entregada por completo a su trabajo, demasiado práctica y terrenal, y era tan cerrado de mollera que todo lo demás eran tonterías de vagos cursis para él.

—Estás más guapa con unos kilos más. Las que salen en esas revistas que lees parecen palos de rastrillos. A los hombres de verdad no nos gustan las mujeres así, que no te engañen para que compres comida de conejos —me dijo Marcelo, revolviéndome el pelo de nuevo.

—Marcelo, no estoy haciendo régimen —le volví a repetir. Ahora con mi melena sobre los ojos, tapándome media cara.

—Las mujeres de hoy en día no se sujetan. Les das un soplido y se van de lado, he visto lechones con más fuerza en las patas —le dijo mi suegro.

—Ya. Como las patas de Babe, el cochinito al que una vez di el biberón y que después acabó en la celebración del bautizo del niño de Maite. En el plato de los invitados —le respondí, sin poder evitar hacerlo con retintín.

—Melón... no te va bien hacer amistad con la comida. Ni ponerle nombres. Será mejor que no vayas más por la ganadería —me aconsejó

Marcelo.

—Parece que vas a casarte con una hippy de esas, de las que sólo comen alfalfa —le dijo mi suegro a Marcelo.

—Sí, seguro... —dijo mi suegra—. Esos vegetarianos lloran mucho de boquita para fuera, ¡pero ponles delante un buen bocadillo de panceta y verás la risa que les entra! —concluyó, dando una fuerte palmada en la mesa que me hizo dar un bote en mi silla.

—Se me va a cortar la digestión. ¿Podemos hablar de otra cosa? —les pedí al borde de la taquicardia.

Además del susto que me acababa de dar la desequilibrada del rifle, no podía dejar de pensar en el simpático cerdito —ahora difunto— que conocía desde que nació. No sabía hacia dónde mover el plato para quitármelo de la vista porque la mesa estaba llena de cosas y, de todas formas, me daba miedo hacerlo por si recibía un disparo. Mi suegra estaba empezando a hacer esa cosa rara con los ojos y uno de ellos se quedó fijo en mí mientras el otro seguía moviéndose en círculos.

—¿Cómo van las obras de la casa? —nos preguntó de repente.

Despegué un brazo de mi cuerpo e hice unos chasquidos con los dedos, intentando mediante el sonido desviar la atención del ojo con el que me observaba. Pero el único que oyó el ruido fue Joselín, el perro de Marcelo, y vino corriendo a darme un lametón en la cara.

—Ya queda menos —le respondió Marcelo.

—Sí —asentí.

—No entiendo a qué viene tanta obra. Ni que fuera a vivir en la casa una reina... —murmuró mi suegra.

—Hombre, no sé —dije cortada.

—Por eso mismo tiene que quedar la casa perfecta, madre. Porque va a vivir en ella la reina de las reinas —dijo Marcelo, mirándome con orgullo.

—Cuando tu padre y yo nos casamos vivíamos en esta misma casa, con mis padres y las gallinas que teníamos en el patio. Todas esas tonterías que tenéis los jóvenes de hoy en día me parecen excusas —dijo mi suegra.

—Excusas, ¿para qué? —le pregunté.

—Para qué va a ser, para dejar pasar el tiempo mientras los padres os solucionamos la vida. Después pasa lo que pasa, que os salen espolones y os tienen que hacer los hijos los médicos —me soltó.

—No empieces con lo de siempre, madre. Yo tengo un depósito de buena calidad, en cuanto nos casemos le doy un buen viaje y le hago trillizos —le

dijo Marcelo.

—¡Marcelo! —le reñí.

¿Por qué decía siempre esa clase de cosas? Era más bruto que un arado. Me daba mucha vergüenza que hiciera esos comentarios, me parecía que hacía que la gente se imaginara la escena y me daban ganas de esconderme debajo de una piedra. Una vez me tiré a un matorral a causa de eso mismo y me llené el culo de ortigas.

—Puede que tu depósito de niños sea bueno. Pero, ¿y el suyo qué? —dijo mi suegra, señalándome con la barbilla—. Yo ya estoy empezando a verle las carnes duras.

—Sólo tengo veintinueve años. Todavía no estoy para jugar a la petanca —me intenté defender.

—Bueno, supongo que uno mismo no se ve los desperfectos en el espejo. Así que no está de más que te los señalen otros —me respondió, mirando después hacia su plato para mojar pan en Ronaldinho.

¿Cómo se atrevía? La urraca metomentodo esa... Cada vez que iba a casa de Marcelo salía con dolor de estómago, de tragarme lo que me apetecía soltarle. Sólo esperaba que no tuviera la genética de la abuela de Marcelo y le diera por vivir cien años como a ella. No veía el momento de soltarle unas cuantas cosas bien dichas. ¡Y con valentía! En su velatorio, eso sí.

—Gurrrrrrrr —grazné imitando a su *alter ego*, a una urraca, para desquitarme con ella.

—Suéltalo ahí, Melón. ¿Ves como la morcilla te está sentando bien? —me animó Marcelo dándome una palmada en la espalda.

—No era lo que crees. Ha sido un sonido gutural —le dije.

—Ya estamos con las palabras raras. A ver si al final voy a tener que llevar un diccionario bajo el sobaco para hablar contigo —me dijo Marcelo.

—Se refiere a un gas de los que salen por el alcantarillado, hijo —le dijo mi suegro haciéndose el fino.

—¡No! Gutural no significa eso —le informé con rapidez, sacudiendo las manos delante de mi cara.

—Da igual por donde lo haya soltado, en esta casa los gases en la mesa son una gran ofensa. Una cosa de *muy* mala educación. Aquí seremos de campo y trataremos con animales, pero que te quede claro que no somos igual que ellos —me advirtió mi suegra.

—Venga, madre, que se le habrá escapado —me defendió Marcelo.

—No se me ha escapado, ¡no era un gas! —me apresuré a decir

avergonzada.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces qué era...? —me preguntó mi suegra, mirándome con los ojos entornados.

—Pues... —dije dubitativa.

Marcelo y mi suegro me miraron atentos esperando mi contestación, mientras que mi suegra repiqueteaba con los dedos sobre la mesa para ponerme nerviosa. No sabía qué contestarle porque, conociéndola, me imaginaba que dijera lo que dijera le iba a parecer mal. Así que opté por no responderle, agaché la cara y susurré:

—Urraca.

Levanté la vista con disimulo y vi a mi suegra sonriéndome con malicia. Resultó ser que además de tener un campo de visión de 360 grados sin mover la cabeza también tenía un oído capaz de captar infrasonidos. Se frotó las manos mirándome amenazante, como si estuviera a punto de hacer algo horrible. Después se levantó de su silla sin dejar de observarme, recogió los platos y se fue cojeando con ellos a la cocina. Me dio miedo que volviera con una recortada, así que yo también me puse de pie y le dije a Marcelo:

—Tengo mucho sueño, creo que me voy a casa.

—¿Tan pronto? Si sólo son las nueve —me respondió.

—Es que esta mañana me he levantado muy temprano para limpiar el congelador —le dije, desesperada por largarme.

Oía a la urraca trasteando con los platos en el fregadero y, de repente, el sonido de uno cayendo con mucha fuerza al suelo y rompiéndose en añicos me hizo dar de nuevo un bote. ¿Aquello era una advertencia? En esa casa me sentía en peligro, necesitaba salir pitando de allí.

—Bueno, Melón, pues te acompaño —se ofreció Marcelo levantándose.

—¿Para qué? No hace falta, me he traído mi Vespino —le recordé.

—Pero te empujo para arriba, ya sabes que no me cuesta nada —insistió.

—Marcelo, tienes que dejar de hacer esas cosas porque al final te van a llamar el tonto del pueblo —le aconsejé.

¿Se podía ser más bestia? A ver para qué quería empujarme cuesta arriba sobre la moto, si tenía gasolina de sobra.

—Ya, pero así pasamos un rato más juntos —me dijo, con cara de sentirse dolido.

—De verdad que no hace falta. Mañana nos vemos.

Le puse la mano en la cara y le acaricié la mejilla. Me dio ternura verlo así, con esa expresión de frustración. Marcelo era muy bruto, aun siendo

razonablemente guapo y teniendo planta, tenía los gestos bruscos de su padre y la mentalidad de toda su familia. Sin embargo, era tan buena persona que me sentía culpable porque me diera vergüenza su actitud. Quería quitarle esas costumbres ridículas que tenía pero, la verdad, no sabía para qué lo intentaba. Marcelo siempre había sido así y no mostraba signos de querer cambiar.

—La próxima vez no traigas la moto, así te acompaño —me dijo.

—Vale —asentí—. Que descanses.

—Buenas noches, Melón —me deseó, y después me dio un beso en la frente.

Fue poner un pie en la calle y sentirme liberada. Aunque no de Marcelo, de mi suegra. Me subí a mi Vespino, di un suspiro de alivio y entonces él me dijo adiós con la mano. Pero eso fue después de subirse el pantalón de un tirón y dejarse marcado todo el asunto a un lado, como hacía siempre. Iba a comentárselo, pero me quedé a medio camino porque sabía que no iba a conseguir nada con eso. Marcelo era Marcelo y esperaba que me iba a dar, con divertido orgullo, su contestación habitual: “¡Ea, así lo llevan los toreros!”.

Arranqué mi moto y me fui cuesta arriba en dirección a mi casa, pensando en un montón de cosas que me fueron a la mente durante los escasos dos minutos de trayecto. Había tenido un día raro por culpa del sermón de mi madre y, entre eso y el enfrentamiento con mi suegra, comencé a preguntarme si no estaría esperándome mucho más de lo que veía en el horizonte. Pasadas las casas que asomaban allí abajo, más allá de mi calle empinada. Pero no sabía la respuesta y sentí la necesidad de preguntárselo a mi padre, quien no era de allí, y a pesar de que sabía perfectamente que no podía. Hacía veinte años que había muerto y recordar que ya no lo volvería a ver, que hay cosas que no se pueden cambiar, hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Aquel estaba siendo un inquietante y triste final de jornada. Uno que no esperaba cuando me levanté por la mañana, cuando pensé que todo iba a ser maravillosamente normal sólo porque, como cada día, iba a brillar el sol.

Me bajé de mi moto y apoyé el culo en ella esperando que se me pasara la tristeza, mirando en dirección al mar. Podía oír a mi madre detrás, a través de la ventana de la cocina fregando los platos, pero no sabía de qué humor estaría y eso confirmó mi idea de que estaba mucho mejor en la calle que dentro. En realidad, no sabía por qué me sentía así, porque lo tenía todo y con todo lo que tenía me creía feliz. Pero mi madre me había empujado a

replantearme cosas que tenía asumidas, no sabía bien con qué oscura intención. Y aquella noche, detalles como que mi suegra me odiaba o que Marcelo tenía cosas que me ponían de los nervios, me empezaron a preocupar. No quería pensar en nada de eso, por mucho que mi madre pareciera querer provocarme para que lo hiciera, así que me tapé los oídos y cerré los ojos con fuerza para no recordar que la tenía allí detrás. Ahora haciéndose un café, con lo mal que sienta eso por la noche.

Estuve así, con los ojos cerrados y los oídos tapados, hasta que supuse que el café ya habría subido y que mi madre se habría ido a tomárselo al salón. Abrí los ojos y, en ese momento, vi el coche del forastero bajando en dirección a la playa. Lo observé boquiabierto hasta que ya no lo pude ver, con los ojos como un búho. Y, como era normal en mí, empecé a preguntarme qué estaría haciendo y por qué. Me mordí las uñas nerviosa, conteniéndome para no salir corriendo a averiguarlo. Tenía el pulso acelerado y parecía que se me iban los pies. Pero sabía que no debía hacerlo, si seguía tentando a la suerte al final me acabaría cogiendo espiándole. De modo que me quedé allí frustrada, pero ojo avizor, con la esperanza de que volviera pronto. Mientras lo hacía, mi curiosidad por él creció más y más. ¿Qué hacía en Fuente del Limonar? Hasta entonces no había sabido de su existencia porque su abuela jamás hablaba de él, y eso me parecía tan extraño como que hubiera hecho correr el rumor de que su hija estaba enferma e internada. Sospeché que al forastero le debía de envolver una historia demasiado escandalosa y, precisamente por ello, tremendamente apasionante. Pero, por el momento, era como si el forastero hubiera salido de la nada, sin un pasado ni un presente, y lo más curioso era que horas después de su llegada nadie parecía saber nada relevante sobre él. Eso nunca pasaba en Fuente del Limonar, a la media hora de presentarse un desconocido alguien ya había averiguado hasta su número de la Seguridad Social, así que no tuve más remedio que elaborar mis propias teorías a la espera de alguna pista real. Pero no sabía qué me pasaba, no podía imaginarme posibles escenarios para su vida. Por más que quería evitarlo, sólo me iban a la mente detalles sobre él que me hacían sentirme mal por Marcelo, como el posible tacto de su pelo, de sus manos, su voz en un susurro cerca de mi cuello... Cuando llegué a ese punto me di un pellizco en el brazo y decidí meterme en casa. Aunque me podía haber ahorrado el castigo, porque nada más hacerlo mi madre salió a la puerta y me gritó:

—¡Qué haces ahí afuera, que te va a morder un grillo!

—¡Mamá, ya no tengo cinco años! Sé perfectamente que los grillos no

tienen dientes.

Entré en casa y me metí enseguida en la cama. Tarde o temprano alguien encontraría información sobre él, por poca que fuera. En el momento menos esperado ya no tendría que estar con ese sinvivir por no poder saciar mi curiosidad. Seguro que no tenía de qué preocuparme, en Fuente del Limonar las cosas siempre funcionaban así.

—A ver si se queda calladito un rato. Desde que nació no me he podido tomar un café tranquila —se quejó Maite entrando en su cocina. Acababa de dormir al bebé por tercera vez.

—Siempre te estás quejando por tonterías, si tuvieras mi mala salud todo lo demás te parecerían bendiciones —le reprochó Reme.

—Si tuviera tu salud escalaría montañas. Y al bajarlas me pondría a fregar las calles de rodillas —le respondió Maite, sentándose con nosotras en la mesa.

—Claro, Reme. Hazle caso al médico, no tienes nada de lo que preocuparte —la tranquilicé—. Uy, aparte de esa cara de anchoa que se está poniendo a causa de tu enfermedad terminal... —dije acercando mi cara a la suya, como si acabara de darme cuenta de eso.

Reme no tenía cara de anchoa. Al contrario, era una chica rolliza monísima, pero quería darle un susto para ver si así escarmentaba.

—Os creéis muy graciosas, ¿verdad? —nos dijo enfadada—. Ya me gustaría veros a vosotras con este disloque en la escápula derecha. Ahora mismo me siento como el Príncipe de Bell Air, es como si llevara un radiocasete de veinte kilos sobre el hombro —concluyó chafada.

—Bueno, vale. Te creo —le dijo Reme—. Pero baja un poco la radio, por favor. Con ese cacharro a todo trapo vas a despertarme al niño —le pidió a continuación.

—Creo que no es la radio, Maite. Lo que se oye es demasiado deprimente, será una cinta de Chavela Vargas —le dije riendo.

—Pues que le dé la vuelta, a lo mejor así se le cambia el dolor de la cosa esa del lado derecho al lado izquierdo —me respondió Maite, riendo también.

—Es la escápula, ignorante —le dijo Reme—. No tienes ni idea de lo que es, ¿verdad? —la retó.

—¿La escápula? Pues claro que sí, es lo que usa Javi en la obra para poner el yeso —le respondió Maite.

—Me parece que eso es una espátula —la corregí partiéndome de risa.

—Mira, chica, yo qué sé. A mí nunca me ha dolido esa cosa, qué quieres que te diga —me dijo Maite.

—Pues qué suerte tienes. Otras no tenemos tanta como tú y tenemos que soportar este suplicio —le dijo Reme—. ¡Oye, qué agoniosa eres! No me habías dicho que tu padre te había traído vino dulce —dijo a continuación. Se levantó de su silla y levantó la garrafa de vino que estaba en un rincón del suelo de la cocina. Y con el brazo del lado malo, cual El increíble Hulk.

—Échate un traguito, Reme —la animé para ver si era capaz de empinar la garrafa. Pero no hizo falta que se lo dijera, ya estaba bebiendo a morro.

—Coño, qué dulce está esto —exclamó Reme, ladeando la boca con un ojo cerrado.

—¿A que se te ha quitado el dolor? —le preguntó Maite.

—Pues la verdad es que no. Pero, mira, lo único que puedo hacer en mi situación es ahogar mis penas —contestó Reme con resignación. Y seguidamente le dio otro trago al vino, directo de la garrafa.

—Ya está llorando otra vez —dijo Maite furiosa—. Qué niño, por favor, parece que tenga un detector para saber cuándo puede dar mejor por sacó.

—Tráelo, yo te lo acuno —se ofreció Reme.

Maite trajo al niño y se lo puso a Reme en los brazos, desentendiéndose aliviada de él. Reme se puso a mecerlo como si no tuviera ningún problema que no fuera psicológico y por fin pudimos tomarnos tranquilas el café entre amigas. Es decir, que pudimos ponernos a cotillear.

—¿Has vuelto a hablar con Anita esta mañana? —le preguntó Maite a Reme.

—¿Del nieto de la señora Aurora? Pues claro que sí, es lo primero que he hecho nada más levantarme. Bueno, primero me he lavado la cara, pero lo siguiente ha sido ir a su casa —le respondió Reme.

—¿En pijama? —le pregunté.

—Por supuesto —me contestó.

Curiosamente, el día anterior, ninguna de las ruines y más grandes cotillas —ni Sole ni Anita— parecían haber descubierto nada nuevo sobre el forastero. ¡Nada! Lo que hacía aumentar aún más nuestras ganas de obtener información sobre él.

—¿Y? —la animó Maite a hablar.

—Le he mencionado lo que le dijo Bernarda a Azahar para comprobar si me escondía algo, lo de la huída de su madre por una horrible violación. Y

Anita tampoco había oído hablar de eso, casi se le salen los ojos de las cuencas de la impresión —nos explicó.

—¿Qué violación? —le pregunté extrañada.

—¿Cuál va a ser? La que nos contaste tú —me respondió Reme.

—Yo no os he contado eso. Lo que dije fue que su madre se fue del pueblo porque se quedó embarazada —le recordé.

—Oye, pues aclárate, porque ahora la que va a quedar mal soy yo. Anita ya le habrá contado a todo el mundo que la forzaron. Y además un hombre oriental, de Yangshuo —dijo indignada.

—¿Qué? ¿Pero de dónde te has sacado esa historia? —le pregunté sorprendida.

—Sí. ¿Dónde está ese sitio? —le preguntó Reme.

—Pues Azahar lo sabrá. Fue ella quien lo dijo —le contestó Reme.

—¿¿Yo?? —exclamé.

Ya estábamos con el juego del teléfono descacharrado. ¡Reme nunca ponía atención! Se emocionaba tanto escuchando un chisme que ni siquiera oía lo que le contaban, sólo pillaba algunos datos con los que después se hacía su propia película.

—Vamos a ver, ¿Tú no pusiste en WhatsApp la cara de un chino, junto a un mensaje que decía: “Su madre se vio forzada”? —me preguntó Reme.

—¡Sí, pero forzada a irse! —le dije con asombro.

—Bueno, pues explícate mejor la próxima vez. Además, ¿el chino, qué? —me cuestionó, meneando al niño de Maite de derecha a izquierda.

—Yo no sé nada de ningún chino —le respondí.

—Pues parecía que lo conocías muy bien —insistió.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Yo no conozco a nadie oriental, lo más chino con lo que he tenido contacto ha sido con un gato de esos que hace así —le dije, meneando la mano hacia adelante y hacia atrás a la altura de mi cara, con el codo flexionado.

—Ah, sí, el gato ese estaba en la barra del chiringuito de la playa —dijo Maite.

—En efecto, ese mismo —le respondí.

—¿Cómo puedes decir las cosas y luego decir que no las has dicho? Además, hay pruebas. Todo está en nuestra conversación de WhatsApp —me dijo Reme.

Maite me miró y después cogió su teléfono de la mesa. Toqueteó rápidamente la pantalla con los pulgares, con mucha habilidad. Subió el

índice por la superficie concentradísima y en unos segundos dijo:

—Pues sí, Azahar, pusiste un chino.

—¿Lo ves? —me echó en cara Reme.

Cogí mi teléfono y entré en nuestra conversación del día anterior porque todavía no las creía. Pero, efectivamente, había puesto el emoticono del chino, aunque sólo hubiera sido por error.

—Hija, de verdad, se me iría el dedo. Lo que querría poner sería el emoticono de la abuela que está justo al lado —me justifiqué.

—Pues a ver si atinas, que mira la que has liado —me contestó Reme.

—Pero, ¿qué dices? ¿Y qué hay de esa ciudad que te has inventado? —la acusé.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Maite.

—Changurro —le contesté.

—Yangshuo —me corrigió Reme—. Si leyeras más, la conocerías —presumió.

Qué cosa más inaudita. No podía creer la manera tan innecesaria que tenía Reme siempre de liar las cosas. El nombre de esa ciudad se la había sacado de la manga, directamente.

—Bueno, no es productivo que nos atasquemos en esto. Al tajo —nos pidió Maite.

—Pues la cosa pinta mal —nos dijo Reme negando con la cabeza—. Parece ser que el forastero es tan escurridizo como un pez. Anita intentó interceptarlo ayer por la tarde cuando él salía a coger algo del maletero de su coche. Llevaba toda la tarde con sus sobrinos en la calle de las azaleas haciendo guardia, dice que al pequeño casi le da una insolación —nos informó con cara de desaprobación—. Pero Anita no se rindió y finalmente lo vio salir. Lo saludó y se acercó rápidamente al coche para interrogarlo, pero él simplemente le devolvió el saludo y se volvió a meter para dentro. Así, cosa de un visto y no visto. Anita corrió hasta la puerta, pero él se la cerró en las narices.

—Gente de ciudad, qué introvertidos son —dijo Maite fastidiada.

—Alguien debería interrogar a la señora Aurora. Todas las claves de este asunto las tiene ella bajo su sonotone —dijo Reme.

—Ese es el problema, Reme, que es casi imposible mantener una conversación con ella. Está más sorda que una tapia. Tú no sabes lo que me cuesta que me pague el importe exacto de la cuenta de la compra cuando se la llevo a casa. A veces hasta le he perdonado dinero. Pero no por pena, ha sido

porque me ha dejado afónica —le respondí.

—Ya... —dijo Maite asintiendo pensativa—. Y tampoco creo que eso funcione. Si no ha hablado del asunto en todos estos años, no lo va a hacer ahora.

—¡Pero no puede negarse! Ahora su nieto está aquí, todo el mundo sabe que existe —se indignó Reme.

—Eso no la obliga a dar explicaciones. Apenas sale de casa y es tan mayor que nadie va a atreverse a obligarle a hablar. Además, ya sabes la mala leche que tiene —dijo Maite.

—Sí, no se anda con chiquitas. El oído lo tendrá muy mal, pero la lengua le funciona perfectamente. Nos mandaría a hacer de vientre a la playa —reconocí.

—Ya se ha dormido, ¿ves? —le dijo Reme a Maite señalando al bebé con la barbilla—. Es que no tienes paciencia con él.

—Llévatelo a tu casa unos días y después me cuentas —le respondió Maite.

—Míralo, si es un angelito. Yo me lo llevaría con mucho gusto —dijo Reme mirando sonriente al bebé en sus brazos, cayéndosele la baba.

—Decídate y fabrica uno, mujer —la animé.

—Ya me gustaría, pero tomo demasiadas medicinas y, la verdad, Javi no está por la labor. Dice que debemos esperar hasta que tenga menos trabajo, para no perderse los primeros años del niño —nos contó. Y me pareció que se había puesto triste, cosa que me preocupó.

—Deberíais salir un poco más. No sé, quizá ir al cine, a cenar, quedar con gente que tenga otros puntos de vista... Puede que eso le hiciera cambiar un poco de mentalidad —le sugerí intentado animarla.

—¿Estás hablando de mi Javi? ¿Del mismo que lleva metiendo los céntimos en una garrafa de cristal desde que pasamos de la peseta al euro? —me preguntó Reme incrédula—. Pero si no bajamos a la playa para no tener que ponerle gasolina al coche, imagínate si tuviera que pagar dos entradas del cine. Es más encogido que los pelos del culo.

—Podríais ir andando —le dijo Maite.

—¿Y cómo subo después la cuesta con mi solidificación del líquido de mi rodilla? —nos preguntó Reme. Pero supuse que sería una excusa para no cebarse demasiado con Javi. Él sólo sabía qué era trabajar, no salía a divertirse, y a causa de eso Reme tampoco se divertía.

Me afectó ver a Reme así. No me gustaba ver triste a mi amiga, quien

parecía tener bastante escondido bajo sus males diarios sinsentido. Me pareció que no era feliz, que llevaba su vida con resignación, y eso era algo que se me estaba empezando a pasar por la cabeza sobre mi propia existencia, así que quise charlar un poco sobre el tema.

—¿Creéis que nos estamos conformando con poco? —les pregunté a mis amigas. Pasé el dedo por el borde de mi taza de café pensativa, sin mirarlas a la cara.

—¿Por qué? ¿A qué viene eso? —me preguntó Maite.

—No sé —dije encogiéndome de hombros—. Supongo que... a que hay más vida ahí afuera, ¿no? Gente interesante, otras maneras de vivir, otras cosas que hacer...

—Vaya, chica, qué profunda estás. ¿Te pasa algo? —me preguntó Reme.

—No, nada. Sólo preguntaba, por hablar de algo —le respondí.

—Tú también podrías salir más si estás aburrída de la rutina. Puedes coger la moto cuando quieras y llegar a la ciudad en veinte minutos. Podrías hacer algún curso, o buscar otro trabajo y dejar la tienda de tu madre —me propuso Maite.

—Sí, lo sé. Sólo quería saber si estáis satisfechas con vuestras vidas. Ya sabéis, si sois tan felices como parecéis —dije sonriendo, para quitarle hierro a la conversación.

—Bueno, supongo que sí lo somos —dijo Reme.

—¿Tú no? —me preguntó Maite.

No sabía qué contestar. ¿Era yo feliz? Siempre había creído que sí, pero de repente estaba notando una especie de desasosiego, una pequeña nube gris que empezaba a hacer sombra sobre lo que tenía a mi alrededor. Mi vida no era una aventura constante, ni mucho menos, pero era tranquila y segura. Tenía claro cómo iba a ser mi futuro, no tenía que preocuparme por él y eso era una suerte. Tenía trabajo fijo con mi madre, una casa en la que un día viviría y un buen chico que me quería y con el que tenía planes de formar una familia. Ni yo misma sabía por qué me estaba haciendo tantas preguntas, a no ser que ya estuvieran ahí tiempo atrás y yo me hubiese obligado a ignorarlas.

—Claro que soy feliz —contesté al fin—. He sacado el tema por Reme, porque es ella la que parece descontenta.

—No estoy descontenta. Pero todos tenemos problemas, nadie es completamente feliz —se justificó Reme.

—¿Y por qué no? Yo soy completamente feliz, que no pueda tomarme un café sin tenerme que levantar veinte veces para dormir a mi hijo no me hace

una persona desgraciada —dijo Maite.

—Pues eso, que hay cosas del día a día que fastidian. Pero eso no quiere decir que seamos infelices. La vida no es un paseo por la playa. O sí, pero al ir descalza por la orilla te vas pinchando con las conchas de las almejas en los pies —dijo Reme.

—Entonces, ¿no te hace infeliz que Javi no quiera tener hijos? —le pregunté a Reme.

—¡Sí que quiere! Pero no ahora —me respondió.

—¿No te gustaría que estuviera más en casa? ¿Y que te propusiera salir los fines de semana? —le continué preguntando.

Reme me miró frunciendo el ceño, como si empezara a incomodarse. A lo mejor me estaba pasando, quizá estaba proyectando en ella todo lo que me fastidiaba a mí. No sé, a lo mejor quería sentirme acompañada en mi nueva y extraña preocupación por mi vida.

—Claro que hay cosas que me gustaría que fueran de otra manera. Pero las vivo con quien quiero de verdad, y eso es lo más importante —me respondió Reme.

—¿Te refieres a Javi? —le pregunté.

—Pues claro. ¿A quién me iba a referir? —me respondió.

—Ya —asentí—. Qué pregunta más tonta —añadí forzando una sonrisa.

La respuesta de Reme me dejó mucho peor. Me hizo pensar que quizá mi problema era ese, que para mí Marcelo ya no era lo más importante en mi vida. Sabía que le quería pero, ¿de qué manera? Llevábamos tantos años juntos que estar con él era algo natural que quizá hacía por inercia. ¿Le estaba dando la razón a mi madre? Seguramente no, sólo estaba pasando por un mal momento. Eso era. Me acercaba a la crisis de los treinta, o algo así.

—Me chifla tu cocina, Maite. Me encantan estos muebles verdes con la pintura desgastada, quedan genial con los electrodomésticos de aluminio —le dije mientras los admiraba desde mi silla.

—Es bonita, ¿verdad? Podríamos ir un día a la tienda donde los compré, para que cojas ideas para la tuya —me respondió.

—Sí, estaría bien. Necesitaré amueblarla —accedí, animándome un poco al pensar en mi cocina nueva.

—Podemos ir un día las tres y quedarnos a comer por ahí —propuso Reme.

—Me parece bien —le dije sonriente.

—Hecho. Me saco leche y le dejo el niño a la madre de Quique —dijo

Maite.

—Un momento, ¿y qué hago con Javi y mi suegro? Vienen todos los días a comer a casa —dijo Reme.

—Pues no creo que pueda sacarme leche para tantos, tendrás que dejarles hechos unos macarrones —dijo Maite.

—No digas esas cosas. Qué asco —la reñí.

—¿Seguro que no tienes ahí dentro para tres? Son enormes —le dijo Reme riendo a Maite, señalándole la delantera.

—Espero que vuelvan pronto a su tamaño natural. Hasta el cura se ha quedado bizco mirándomelas esta mañana —le comentó Maite.

—Venga ya. El cura es asexual, no siente la tentación de la carne —le dijo Reme.

—Que te lo crees tú, que esté comprometido con Dios no quiere decir que no le ponga los cuernos... —le dijo Maite asintiendo lentamente, con mucha seguridad.

—¿Qué insinúas? —le preguntó Reme. Se levantó con sigilo para dejar al bebé en su carrito, sin dejar de mirar a Maite intrigada.

Se acercaba un succulento cotilleo. Maite apoyó los brazos sobre la mesa y echó la cabeza hacia adelante, prácticamente juntándola con las nuestras en el centro, porque las tres hicimos el mismo movimiento.

—Suéltalo ya, por Dios —le dije nerviosa.

—*Chist*. No blasfemes —me regañó Maite.

—¿De repente te has vuelto creyente? Te vi escupiendo la Hostia en el bautizo de tu hijo, no hace falta que finjas —le recriminó Reme.

—No la escupí. Se me quedó pegada al paladar y me estaba ahogando —se excusó Maite.

—Pero si ni siquiera sabes lo que es blasfemar, Azahar no lo estaba haciendo —le dijo Reme.

—Sí. No lo estaba haciendo —dije poniéndome erguida. Aunque, la verdad, tampoco tenía muy claro qué era exactamente blasfemar. Mi madre me había criado como atea y esos términos no iban conmigo, no me preocupaban.

—Mírala, qué leída. Supongo que te pasas el día repasando el libro ese de los Salmos —le dijo Maite.

—Pues sí, me enorgullezco de leer todo lo que cae en mis manos —admitió Reme.

—Eso está muy bien, Reme. Pero no sólo de lectura vive el habitante de

Fuente del Limonar, también está genial empaparse de la cultura popular de forma oral —le dije—. ¡Que nos cuentes ya lo del cura! —le pedí a Maite impaciente. Se estaba haciendo tarde, ya eran cerca de las cinco y temía que me tendría que ir a abrir la tienda sin enterarme de la historia.

—Vale, no te pongas así. Madre mía, qué chafarderas sois —dijo Maite negando con la cabeza. Reme y yo nos miramos poniendo boca de pato, lo que en leguaje hablado vendría a decir: ya, mira quién fue a hablar—. El cura no es virgen. Bueno, me refiero a que no es santo. O célebre —nos explicó.

—Célibe —la corrigió Reme.

—Sí, no todos los curas son famosos —añadí a su observación.

—Vamos a ver, podría haber dicho que se ha hinchado de meter el nabo en la olla, ¿vale? Pero está aquí la Ministra de Cultura y he preferido hablar en plan fino en su presencia —se quejó Maite refiriéndose a Reme.

—Ya... Nunca más volveré a ponerle nabo al caldo —dijo Reme asqueada.

—Pues así comenzó todo —dijo Maite.

—¿El qué? —le preguntó Reme.

—¿Qué va a ser? Lo del cura con Bernarda —respondió Maite.

—¿¡Qué!?! —exclamé asombrada.

—Le hacía visitas en la sacristía y le dejaba meter el tubérculo en la olla. Mi madre lo presencié en persona —nos contó.

—¿¡Qué estás diciendo!?! —exclamó Reme, alucinando divertida.

—Ay... Esas sotanas dan mucho juego... Ahí debajo cabe de todo, hasta una mujer de rodillas —dijo Maite. Hizo un chasquido con la lengua levantando un hombro. Intentaba permanecer seria, pero no pudo, enseguida empezó a partirse de risa.

—Es mentira, ¿verdad? —le pregunté pasmada.

Seguro que lo era. Se lo estaba inventando. Bernarda era una señora casada y tradicional, de las que se escandalizan por todo, y Don Pancraccio, pues eso, un cura.

—No es mentira, me lo contó mi madre hace un tiempo. Y me hizo prometerle que jamás saldría de mi boca, así que no se os ocurra traicionarme —nos dijo Maite, ahora preocupada.

—Claro que no. ¿Por quién nos tomas? —le dije ofendida.

—Sí. ¿Alguna vez hemos contado algo que no debíamos? —se quejó Reme.

—Lo sé. Sólo quería asegurarme —dijo Maite—. Fue hace muchos años, antes de que nosotras naciéramos. Ya sabéis que mi madre siempre ha

limpiado la iglesia y, en fin, desde el altar se ven muchas cosas.

—¿Qué cosas? —la urgió Reme a detallar.

—Mi madre llegó dispuesta a remangarse con la sacristía. Pero cuando iba acercándose entre los bancos se dio cuenta de que el cura estaba dentro y como le sabía mal molestarle se entretuvo limpiando el altar. La puerta de la sacristía estaba entreabierta y al mirar de reojo hacia allí lo vio de espaldas, con la sotana levantada por detrás y los pantalones bajados hasta los tobillos. Había alguien frente a él de rodillas, pero la sotana le tapaba la cabeza y mi madre no podía ver quién era. Aunque se podía imaginar lo que estaba haciendo esa persona ahí agachada, y no era atarle los cordones... —nos dijo Maite levantando una ceja, a lo que nosotras asentimos—. Mi madre se quedó muerta, no sabía qué hacer. Oyó al cura decir “Puede ir en paz, hermana”, y seguidamente a Bernarda contestar “Más en paz se habrá quedado usted”. Mi madre se escondió rápidamente detrás del Cristo, abrió los brazos y hasta puso la misma cara de agonía que él por si la veían de refilón. Entonces la puerta de la sacristía se abrió y Bernarda salió. —Las tres nos miramos un instante sin saber qué decir. O qué decir primero, porque aquello daba para mucho. Pero fue cuestión de segundos que comenzáramos a reír a carcajadas y lo hicimos tan fuerte que el bebé de Maite se despertó, poniéndose a llorar de nuevo—. La cosa no quedó ahí, Bernarda visitó la sacristía más veces después de ese día. Pero a mi madre le daba mucha vergüenza sólo de pensar qué podían estar haciendo allí encerrados y cuando sabía que estaban dentro salía de la iglesia y volvía un rato después, cuando calculaba que ya habrían acabado —finalizó Maite su sorprendente relato. Se cogió el estómago por el dolor muscular de la risa y empezó a ladearse en su silla, se estaba quedando floja.

—¿Pero cómo se atrevían a hacer eso en la iglesia? —preguntó Reme, llorando de tanto reír.

—¡No me lo puedo creer! ¡Si ayer mismo me dijo Bernarda que no le daba el aire en la almeja! —exclamé.

—Pues será ahora, porque la tuvo muy bien ventilada es sus tiempos —dijo Maite. Me pareció que estaba empezando a ponerse azul por el ataque de risa, pero se levantó a coger al bebé, que no callaba, y al ponerse de pie el oxígeno le volvió a fluir por el cuerpo con normalidad.

—Madre mía, Don Pancrancio me ha roto un mito. Pensaba que todos los curas eran gays —comenté impresionada.

—Pues ya ves. No es gay, es zoofílico, le gustan las jamonas como

Bernarda —me dijo Maite.

—¡Por favor, en este pueblo hay un montón de secretos! ¿Cómo se han podido mantener escondidos sin ser descubiertos por nosotras? —preguntó Reme, de repente indignada.

—Y que lo digas, parece que nuestras calles esconden mucha historia entre sus geranios —admití.

—Pero que esto no salga de aquí, ¿vale? —nos volvió a pedir Maite.

—Que no, pesada. ¿Quién te crees que somos, Sole y Anita? Nosotras no vamos por ahí dándole a la lengua —la tranquilizó Reme.

Mis amigas y yo siempre recurriamos a esas dos para conseguir datos complementarios, pero en realidad no las tragábamos y no les devolvíamos el favor. Nos guardábamos nuestros hallazgos más suculentos y de esa manera nos hacíamos con las exclusivas.

—Qué pena, me tengo que ir. Con lo bien que me lo estoy pasando —dije fastidiada.

Era verdad, me lo estaba pasando en grande con aquel escándalo. Hasta se me había olvidado por completo mi desagradable preocupación. Sólo estaba pasando por un mal momento, seguro que era así. Reírme con mis amigas me había hecho volver a la realidad, a esa tan tranquila y feliz que yo disfrutaba cada día.

—Intenta averiguar algo sobre el forastero —me pidió Maite.

—Sí, hija. Teniendo un puesto de control como tu tienda no sé cómo no te has enterado ya de algo importante —me regañó Reme.

—No es tan fácil, ¿sabes? Este asunto se resiste, es complicado con una mujer sorda y un urbanita hermético. No se si te has dado cuenta, pero él no está dispuesto a colaborar —me justifiqué.

—Bueno, haz lo que puedas —me dijo Maite.

Mi madre, además de rara y cambiante, era un taladro. Se ponía a cantar y no paraba. Le daba igual una saeta que un rock and roll, e incluso se atrevía con la ópera. No me hacía falta poner la radio porque la tenía a ella y para mí era muy molesto intentar escuchar una canción cuando mi madre cantaba a todo pulmón, algo completamente diferente, en la trastienda. No sabía qué hacía siempre ahí dentro, pero a veces me imaginaba que vendía droga. En la trastienda había una ventana que daba a un callejón y no me extrañaba nada que pasara la mercancía por ahí. Sí, seguro. Por eso cantaba siempre, para disimular.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó mi madre. Había sacado la cabeza por la cortina de la trastienda y se quedó ahí, abriendo el hueco con las manos.

—*Show me the money, brother* —le dije haciéndome el negro rapero.

—¿Qué te pasa en el cuello? ¿No te sujeta la cabeza? —me preguntó, me imaginé que por el movimiento culebreante que me marqué.

—¿Y a ti qué te pasa en la cabeza? ¿No sabes que podrías ir a la cárcel por eso que haces ahí dentro? —le pregunté.

—Así empezó tu abuela, y terminó contestándole a las caracolas. Se las ponía en la oreja y decía que le hablaban. Así que míratelo —me advirtió.

—Ya... —respondí, asintiendo y mirándola de medio lado.

Podía ser que mi madre no vendiera droga a través de la ventana de la trastienda, la verdad es que era bastante probable que no fuera así. Pero en lo que no estaba equivocada era que la única que estaba mal de la cabeza allí era ella, no yo.

—¿Es que no tienes nada que hacer aparte de quedarte ahí mirándome? —me regañó.

—Oh, perdón. ¿Qué quiere, señora? Como es usted tan translúcida no la había visto —dije volviendo a mirar al frente. Hacia nadie, porque allí no había nadie comprando. Pero mi madre no pilló mi ironía, o no la quiso pillar.

—Igualita. Igualita que tu abuela. Por suerte parece que estas cosas se saltan una generación —me dijo.

—Pues mi abuela tenía mucha razón, cuando te pones una caracola en la oreja se oye el mar. No sé si lo sabes —le respondí enfadada.

—Pero eso no da lugar a tener conversaciones intercontinentales a través de una caracola —me contestó.

—Pues mira qué baratas le salían las conferencias —le dije.

A lo mejor era cierto que comenzaba a desvariar un poco. Pero a cualquiera le pasaría oyendo a mi madre cantar sin parar durante horas, aquella tarde me tenía de los nervios.

—Paso de ti —me soltó, y metió la cabeza de nuevo en la trastienda.

—Oh. ¡Mamá! —la llamé. Salí de detrás del mostrador y fui a su encuentro—. ¿Han llegado los bizcochos? —le pregunté.

—Pues claro, aquí están. Si me echaras una mano podrían estar expuestos hace un buen rato —me recriminó.

—Estaba haciendo la contabilidad, alguien con cabeza tiene que encargarse de esas cosas —le respondí—. Voy a llevarle el suyo a la señora Aurora.

Cogí uno de los bizcochos que había apilados sobre la mesa de la trastienda y me puse en marcha.

—Mira, qué atenta... —dijo mi madre a mi espalda.

—¿A qué viene eso? Lo hago siempre. A la pobre mujer le cuesta mucho subir y bajar los bordillos —le respondí, parando para girarme hacia ella.

—Pero siempre te lo tengo que recordar yo.

Eso era verdad. Era habitual llevarle a la señora Aurora el bizcocho cada semana, junto a otras cosas que consumía de la tienda. Pero nunca lo hacía por iniciativa propia porque, a causa de su sordera, me costaba mucho que me entendiera y prefería que fuera mi madre. Sin embargo, aquel día era diferente, quería colarme en su casa como fuera.

—¿En qué quedamos? ¿No me has preguntado hace un momento si tenía algo que hacer? Pues sí lo tengo —le contesté.

Crucé la calle y subí la cuesta. Hacía un calor para morir, tanto que me parecía que mis sandalias de suela de goma se quedaban pegadas al asfalto. Eran unas de esas de dedo con plantilla de cáñamo y al dar un mal paso se me torció el pie y me doblé el tobillo. Abrí la boca queriendo gritar, pero ahogué el sonido, miré a mi alrededor para comprobar que nadie me había visto y seguí caminando cuesta arriba. No es que sintiera que estaba haciendo algo

que no debiera, pero lo normal en Fuente del Limonar era que al mínimo sonido los visillos de las ventanas cobraran vida, por las cotillas escondiéndose detrás, y no me apetecía que supieran a dónde me dirigía. Mi objetivo era el mismo que el de ellas y no quería que me interrogaran en busca de información cuando acabara mi visita. Aquello era de Maite, de Reme y mío; algo que no queríamos compartir con nadie más.

Con el bizcocho en las manos frente a mí, asomé primero la cabeza por la esquina de la calle de las azaleas, donde vivía la señora Aurora. Al ver que no había ningún curioso a la vista hice un movimiento rápido y doblé la esquina como en una puerta giratoria. Me quedé de espaldas a la pared y caminé de lado rápidamente hasta su puerta. Ciertamente era que, de todas maneras, era difícil encontrarse con alguien a esas horas en Fuente del Limonar. Sobre todo por el hecho de que cualquier persona corría el riesgo de derretirse por el sol y convertirse en una mancha sobre la acera, igual que una vela. Pero no estaba de más un poco de discreción, sabía que Anita había estado a punto de provocarle una insolación a su sobrino el día anterior sólo por encontrarse con el forastero y no creía imposible que lo volviera a intentar. Llamé con los nudillos a la puerta azul, enmarcada con las bonitas azaleas sobre la fachada blanca, volví a mirar a mi alrededor y esperé.

—¿¡TE VAS!?! —oí gritar dentro a la señora Aurora. Ese era otro problema de hablar con ella. Como no oía pensaba que todo el mundo estaba igual de sordo y cuando salías de su casa te pitaban los oídos, igual que después de haber estado toda la noche en una discoteca.

—¡Voy a abrir la puerta! —oí contestar al forastero. Y, nada más hacerlo, me dio un tembleque.

Mi reacción a su voz me pilló por sorpresa, había llegado con más sed de chismes que otra cosa, me había podido mi gran lado cotilla. Pero ahora que sabía que él estaba ahí, acercándose a mí, las piernas se me hicieron gelatina. Me pasó exactamente lo mismo que cuando fue a comprar a mi tienda: de espaldas a él no podía verlo, pero notaba que estaba cerca de mí. Tenía algo invisible que me hacía conectar con él sin mirarle ni hablar, era una sensación tan extraña como mágica que me hacía perder el control.

La puerta se abrió y, al verlo, mi corazón dio un brinco.

—¿Es para mí? —me preguntó sin saludarme, bajando la vista hasta el bizcocho. Aunque tardó en hacerlo, antes se me quedó mirando —lo que me pareció un siglo— en silencio, y lo único que pude hacer mientras tanto fue balbucear. O babear, según a quién le preguntases. Como, por ejemplo, a mi

madre.

—No... Es... Es un... un encargo de la señora Aurora —conseguí decir.

—Pues hubiese sido un detalle. Creí que eso es lo que se hace siempre en los pueblos, darle la bienvenida al recién llegado con una tarta —me respondió.

Sin embargo, no podría jurar que fue exactamente eso lo que me dijo, porque estaba embobada observando su cara. Debía de tener unos treinta años, pero su pelo rizado y crecido me recordaba al de un crío travieso y su barba de días, tan masculina, decía algo muy diferente a sus ojos castaños. Tan brillantes y llenos de vida, como los de un niño.

—Supongo que has visto demasiadas películas americanas —bromeé cortada. Pero él no me contestó. Sonrió y se apoyó de lado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, como si estuviera muy cómodo allí y tuviera todo el tiempo del mundo.

A causa de su relajada actitud, no sabía qué hacer, aparte de intentar quedarme con cada detalle suyo; como los tendones de su bonita mano derecha que sujetaba su bíceps izquierdo, o el hueso de su muñeca rodeada de la pulsera de cuero. Me sentía tonta por no saber qué decir, a pesar de que estaba allí por una razón: entregarle el bizcocho a su abuela.

—Te vi —me dijo.

—¿Qué?

—Ayer. Estaba aquí junto a mi coche y te vi en la esquina —me respondió.

De repente, me subió un calor tan grande a la cara que estuve a punto de tirar el bizcocho al suelo y salir corriendo. ¿Me había visto espiándolo? ¡Qué asco de llaves! No se me pudieron caer en un momento peor.

—Verás, es que... aquí somos como una gran familia y cuando llega un extraño pues... —dije avergonzada.

—Subías en moto por esa calle —me cortó, señalando la calle que subía en perpendicular.

—Oh... Sí, sí. Anoche. Iba a mi casa —dije rápidamente.

Sentí un gran alivio. Una cotilla que se precie nunca debe ser reconocida como una cotilla. Si es así, es que no hace bien su labor. Pero el alivio me duró poco, porque después de mi contestación él entornó los ojos y ladeó la sonrisa, haciéndome saber que de tonto no tenía un pelo. Estaba casi segura de que me acababa de tender una trampa para hacerme confesar.

—¿¡¿ES QUE VOY A TENER QUE ABRIR YO?!? —gritó la señora

Aurora, acercándose con pasos dificultosos por el pasillo.

—¡Ya me ha abierto! —le contesté alzando la voz.

—¡QUÉ VIENTO NI QUÉ VIENTO! ¡PASA YA Y CIERRA LA PUERTA, QUE ENTRA TODA LA FLAMA! —me ordenó a gritos. Se dio la vuelta y comenzó a caminar lentamente por donde había venido, con una mano sujetándose los riñones.

—Ya la has oído —me dijo su nieto.

—¿Cómo estás tan seguro? —le contesté. Miré a mi derecha y vi un flequillo rubio, enrollado en unos rulos, desapareciendo rápidamente por la ventana de la casa de al lado. Era Angustias. Con los gritos todo el mundo iba a enterarse de que había estado aquella tarde en casa de la señora Aurora.

El forastero se puso erguido para dejarme paso. Entré y recorrí el pasillo hasta el salón, con él caminando detrás, y al llegar y quedarme allí en medio se quedó a un palmo de mi espalda. Giré la cabeza hacia mi lado izquierdo para mirarle, pero él dio un paso de lado a su derecha, pegado detrás, y cuando la giré hacia mi lado derecho hizo lo mismo, dio un paso a su izquierda y no conseguí verle la cara.

—¡Su bizcocho! —le grité a su abuela.

Se había sentado en una butaca y era tan poca cosa que parecía un mosquito siendo engullido por una planta carnívora. Levantó un brazo de alambre con la piel colgando y señaló a la pared de enfrente antes de decir:

—¡QUÉ VAN A SER LAS OCHO, TODAVÍA NO SON NI LAS SIETE!

Miré hacia la pared y vi que el reloj de cuco marcaba las siete menos cinco.

—¡Lo sé, digo que le traigo su bizcocho! —le grité.

—¡QUÉ DICE! —le gritó ella a su nieto—. ¡EL NIÑO ESTE, NUNCA ME ACUERDO DE CÓMO SE LLAMA! —dijo para sí misma. Aunque en realidad la pudieron oír desde Johannesburgo.

—¡Helios! —le gritó él.

—¡CELIO! ¡VAYA MIERDA DE NOMBRE TE PUSO TU MADRE!

¿¡Helios!? ¿No había una mermelada que se llamaba así? ¿Qué clase de persona le pondría nombre de fruta espachurrada a su propio hijo?

—¡Celio, no! ¡Helios! —la corrigió.

—¿Por qué te llamas como la mermelada? —le pregunté perpleja.

Él me miró extrañado y me dijo:

—No me llamo como la mermelada, Helios era el dios del Sol.

—Ah —exclamé cortada. Virgen de la Coquina... Era un dios y un tarro de

confitura... ¿Qué más se podía pedir?—. Pues qué faena, ¿no? Me imagino que te lo dirán mucho, la gente se confundirá y te querrá untar en las tostadas.

—¿Cómo? —dijo riendo.

—Bueno, ya sabes. Que te dirán que estás para mojar pan y te pedirán que les rellenes el bollo —le expliqué.

Él se rascó la barba observándome pensativo y después me dijo:

—La verdad es que nunca me habían pedido que les rellenara el bollo. Al menos, no con esas palabras.

—Ya, supongo que en Madrid al bollo le llamáis panecillo —reconocí.

—Pues... depende a qué te refieras exactamente —me respondió.

—¿Eh? —exclamé. Madre mía. ¿No creería que me estaba refiriendo a...?
— ¡Tengo novio! —dije rápidamente.

—Felicidades —me contestó.

—Gracias. Estamos reformando una casa y todo. De dos plantas, para que quepan nuestros futuros hijos. Planeamos tener al menos cinco —añadí, para que viera lo serio que era mi compromiso con Marcelo.

—Muy bien pensado, así cabréis todos —me respondió.

Miré a la señora Aurora buscando su apoyo, quería pedirle que se lo explicara también ella para que a su nieto le quedara claro que lo que le acababa de contar era verdad. Pero se había quedado dormida en la butaca y lo que vi al abrir la boca para hacerlo me dejó con los ojos colgando. Se había quedado dormida con sus piernas de palillo abiertas y como llevaba una bata de tirantes con botones al frente, a la que no le había abotonado los cuatro de abajo, vi que no llevaba bragas. Le divisé todo el joyero. O lo que quedaba de él, porque más que un joyero parecía un pequeño acordeón.

—Vaya, se ha dormido. Le voy a poner el bizcocho encima para que al despertarse se lleve una sorpresa —dije acercándome rápidamente a su abuela, con intención de taparle con él las vergüenzas.

—Claro. Le hará mucha ilusión, aunque ya lo haya visto —me dijo Helios, el dios de la mermelada.

—¿A que sí? Imagínate, te despiertas, miras hacia abajo y ves un bizcocho donde antes de dormirte había una pasa. Eso no ocurre todos los días, y a estas edades cualquier cosa es motivo de celebración —le dije sonriente.

—¡QUÉ ASCO, UN GATO! —gritó la señora Aurora. Se levantó de la butaca de un salto y al hacerlo tiró el bizcocho al suelo. Se desmoronó un poco, pero todo tiene su lado bueno, al levantarse se le bajó la bata hasta las rodillas.

—¡No se asuste, es el bizcocho! —le dije a gritos.

—¡A QUIÉN SE LE OCURRE! —me regañó.

—¡Lo siento! —le contesté.

—¡SÍ, CLARO! ¿¡NO PENSARÁS QUE ME HE LEVANTADO PARA QUE TE SIENTES TÚ!?! —me soltó.

—¡No, mujer! ¡No le iba a quitar la butaca, le decía que lo siento! —le grité—. Hoy parece enfadada —le comenté a Helios.

—¿No es siempre así? —me preguntó él.

—No siempre —le mentí.

—Entonces puede que sea por mí —me dijo.

Uy... el momento había llegado... Se avecinaba el chisme del siglo, lo que yo había ido a averiguar allí.

—¿No le gusta que estés aquí? —le pregunté. Helios subió un hombro e hizo una mueca indescifrable. Me quedé esperando que me diera una respuesta, pero no lo hizo—. No te lo tomes como algo personal. A lo mejor no es por ti, será por tu madre —le sugerí. Él cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y continuó sin contestar—. Las cosas del pasado no deberían afectar a las nuevas generaciones —insistí haciéndome la comprensiva, pero sólo hubo otro silencio por su parte—. A mí no me importaría tener una visita como la tuya, luces mucho ahí plantado como un mueble —le solté enfadada. Me estaba dando rabia que sintiera tanto celo por su intimidad. ¿A qué esperaba para contármelo todo, eh?

—Así que te gustaría untarme en unas tostadas... —me dijo ignorando mis preguntas.

—¿Mande? —exclamé, aun habiéndole entendido perfectamente.

—Y... ¿cómo lo has dicho? ¿Que te rellene el bollo? —continuó.

—¡Qué bollo! —dije nerviosa, con lo que él se echó a reír.

—Pues no lo sé, eso es lo que me has comentado hace un momento —me respondió.

—¿Yo? Lo habrás entendido mal —le dije comenzando a sudar bajo la nariz—. ¿Te está gustando el pueblo? Es bonito, ¿verdad? Qué lástima que no hayas venido a conocerlo antes, pero alguna razón de peso tendrás... —le volví a insinuar.

—¿¡CUÁNTO ES EL BIZCOCHO, AZAHAR?! —me preguntó a gritos su abuela. Se metió la mano en el sujetador para sacar el dinero que tenía guardado ahí y me pareció curioso que llevara puesto un sujetador cuando no llevaba bragas.

—¡Lo mismo de siempre! —le respondí.

—¿¡QUÉ!?! —me gritó ella. Se sacó el sonotone y le dio unos golpes contra la madera del reposabrazos de la butaca, después le dio un fuerte soplo y se lo volvió a meter en la oreja. Pero, al hacerlo, me pareció verle las tripas rojas al aparato. Supuse que se lo había cargado con los impactos.

—¡Me parece que se le ha roto! —le dije. Me acerqué a su oreja y, cuando ya tenía dos de mis dedos agarrándolo en su pabellón auricular, me di cuenta de que no era el sonotone—. ¡Falsa alarma, llevaba puesto un cacahuete! —le grité.

Me supo muy mal, pero fue decir eso y entrarme la risa. Me la aguanté todo lo que pude pero me fue imposible porque miré a Helios y vi que él también se estaba descuajaringando. Se tuvo que poner de espaldas para disimular.

—¿¡EH!?! —me preguntó la señora Aurora. Cogió el cacahuete de mis manos, se lo acercó a los ojos y a continuación se puso a rebuscar en el bolsillo de su bata. Sacó un puñado de cacahuetses mezclados con pipas y quicos y, en efecto, allí estaba el sonotone rebozado en sal—. ¡JESÚS! ¡MENOS MAL QUE NO ME LO HE COMIDO! —exclamó.

—¡Sí, le hubiésemos tenido que gritar en el ombligo para que nos oyera! —le respondí.

—¿¡ESTÁS SEGURA DE QUE AHORA ME HE PUESTO EL CACHARRO ESE!?! ¡TE OIGO COMO SI ME HABLARAS DESDE EL FONDO DEL MAR! —me gritó.

—¡Ya, será por la sal! —le contesté mientras toqueteaba el sonotone en su oído con un dedo. Pero ya empezaba a tener la garganta irritada de tanto chillar y, entre “será” y “sal”, me salió un gallo.

—Déjalo, ya la ayudo yo —me dijo Helios—. ¡A lo mejor se ha quedado sin pilas! —le gritó a su abuela acercándose a su oreja.

—¡QUITA DE AQUÍ! ¡NO NECESITO QUE ME AYUDES! —lo despreció con un gesto de su mano.

—La cosa pinta mal, parece que te va a costar ganarte su confianza —le dije a Helios—. Si hubieras venido más a menudo, ahora tendrías mucho ganado —le volví a intentar sonsacar.

Pero él siguió dándome largas. En lugar de contestarme, se inclinó sobre mí hasta rozar mi pelo con su cara y los vellos de los brazos se me pusieron de punta, atraídos por su maravillosa energía.

—Azahar... —dijo bajito, muy cerca de mi oído. Las ondas de su

masculina voz me hicieron cosquillas en el cuello—. Te habrán preguntado muchas veces si hueles tan delicioso como tu nombre —me dijo a continuación en un tono y un volumen normal, echándose hacia atrás.

—¿Eh? No sé —respondí inquieta. Tragué saliva y le pregunté, sonriendo incómoda—: ¿Y... qué tal? ¿Huelo bien?

Él me devolvió la sonrisa. Se metió la mano en el bolsillo trasero de su vaquero y, como ya había tenido una mala experiencia con él a causa de ese gesto suyo en mi tienda, clavé mi vista en sus ojos para no saber si se le bajaba de nuevo ligeramente el pantalón.

—Hueles de la misma manera que debería oler el cielo —me respondió.

—Ji. Ji, ji, ji —reí como una boba—. Nadie sabe cómo huele el cielo —dije dispuesta a marcharme. ¿Qué estaba haciendo? No podía tontear con él, si seguía por ese camino no sería capaz de mirar a Marcelo a la cara. Necesitaba salir de allí, así que me dirigí rápidamente al pasillo.

—Yo sí sé cómo huele el cielo. Lo acabo de oler en tu pelo —me contestó.

Ya estaba cerca de la puerta para salir, de espaldas a él, pero al oírle decir eso me giré y lo vi sonriendo divertido. Volví a girar la cabeza al frente con la mandíbula colgando, desencajada por la impresión. Abrí la puerta y al poner los pies en la calle comencé a correr calle abajo, sin parar hasta llegar a mi tienda.

—Explícamelo otra vez, Melón. ¿Por qué no quieres entrar en mi casa? —me preguntó Marcelo por tercera vez.

—Ya te lo he dicho, porque necesito que me dé el aire. Paso demasiadas horas encerrada en la tienda —me excusé de nuevo.

—Pero si hace más calor en la calle que dentro, el aire que corre es caliente —me argumentó, como las dos veces anteriores.

—No es una cuestión de frío o calor. Se trata de respirar aire puro —le expliqué.

—Siempre dices unas cosas muy raras. ¿Es que no es puro el aire de mi salón? Es el mismo que el de aquí fuera.

Odiaba que fuera tan cabezota. No quería confesarle que no quería entrar en su casa por no ver a su madre, pero él seguía erre que erre y me estaban dando ganas de soltárselo, aunque eso pudiera ser el detonante de una discusión entre mi suegra y él.

—No te pongas pesado, Marcelo. Tú no lo comprendes porque tienes las fosas nasales atrofiadas por el olor de los cerdos. No detectas la humedad relativa del aire y la presión atmosférica que hay en tu casa —le dije para confundirle.

Marcelo tiró para arriba de la cinturilla de su pantalón, dejándose el asunto cargado a la izquierda, me miró asombrado y exclamó:

—¡La Virgen, parece que te hayas tragado al del *Telediario*!

—Siéntate y no digas más tonterías —le pedí. Tiré de su camiseta e hice que se sentara conmigo en el escalón de su puerta.

Lo hice porque la señora Antonia pasaba frente a nosotros en ese momento con su andador, calle abajo, y al mirar escandalizada hacia el bulto en la entrepierna de Marcelo se desvió en nuestra dirección chocando contra el bordillo.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Qué llevas ahí, muchacho! —exclamó la señora Antonia.

—¿Dónde? —le preguntó Marcelo mirándose los hombros.

Mira que se lo había dicho veces, ¡que no hiciera eso con los pantalones! Pero nada, él a lo suyo.

—¡Estarás empollando una pareja de avestruces! —le comentó ella.

—¿Eh? —exclamó Marcelo haciendo una mueca extraña.

Avergonzada, le di un codazo a Marcelo y le susurré:

—No le hagas caso. Pobrecilla, últimamente no hila bien.

—Ah —me respondió—. ¡Mejórese! —le gritó entonces a la señora Antonia.

—Qué cosas ve una, Señor. Ojalá tuviera ahora treinta años menos —murmuró ella reanudando su camino. Se la veía tan impresionada que me dio miedo que se despistara, tropezara y saliera rodando cuesta abajo con el andador.

—Mañana iré a casa a ponerme con el suelo de la cocina. Si lo termino ya podremos comprar los muebles la semana que viene —me comentó Marcelo.

—Trabajas mucho. Y no tenemos prisa, descansa un poco —lo intenté calmar.

—Ya sabes que a mí no me cuesta nada trabajar. Soy fuerte —me dijo con orgullo.

—Lo sé, pero todo el mundo merece un descanso. Y tú más —insistí.

—No te preocupes por mí, Melón. Lo hago con mucho gusto. Cuanto antes termine las obras, antes podré tenerte siempre conmigo —me dijo con una sonrisa.

Lo miré y me desinflé. Me enterneció. Era tan bruto y a la vez tan dulce, como un pan rústico relleno de crema de cacao. Tenía unas facciones duras, un porte fuerte y gestos ordinarios, pero sus ojos eran azules y amables y su pelo, algo ondulado, era suave y brillante, del color de la miel. Si se mantenía en silencio y quieto como una estatua era el chico perfecto, uno al que le echarías el ojo por su buena planta.

Aunque eso no fue lo que me atrajo de él, al menos al principio. Marcelo tenía cinco años más que yo y le conocía de toda la vida pero, por ese mismo motivo, siempre lo había visto como a alguien que me resultaba demasiado familiar. Yo tenía quince años cuando comenzamos a salir y lo único que había hecho por aquel entonces era tontear en la playa con críos de los pueblos colindantes. Sin embargo, cuando Marcelo empezó a coquetear conmigo, ya tan crecido como catorce años después, comencé a verle con nuevos ojos y los chavales de los alrededores se me quedaron pequeños.

Venía a mi tienda con cualquier excusa, se apoyaba en el mostrador y me decía las cosas menos adecuadas, como “No he visto un caballo con una crin más bonita que la tuya”, o “Hoy me he despertado pensando en ti y se me han puesto los calzoncillos como una tienda de campaña”. Al principio me ofendía, me parecía bruto y ordinario, pero pronto me di cuenta de que no lo hacía con mala intención y, al advertirle de que así jamás me conquistaría, se presentó una tarde en mi tienda con un clavel en la mano. Se puso frente al mostrador con la flor frente a su pecho, carraspeó nervioso y me dijo:

—Vengo a verte para asegurarme de que este clavel no es más bonito que tú.

—Ah... —exclamé, sorprendida por su gesto.

—Y tenía razón. Te recordaba bien y no lo es. A tu lado es la cosa más fea del mundo —continuó.

—Venga ya, Marcelo, no exageres —le dije sonriendo cortada.

—No exagero. Si tú te vieras como te ve mi corazón, lo entenderías. Para mí no hay nada más lindo que tú —me respondió. Y después me miró intranquilo, esperando mi reacción.

Nunca supe si aquellas cosas las leyó en algún sitio, seguro que no se las inventó él pero, fuera como fuese, me di cuenta de que era capaz de ser cariñoso y romántico, y que en el fondo lo era de verdad. Lo que le pasaba era que no sabía cómo hacerlo porque su mundo y sus costumbres familiares no contemplaban esas cosas, lo habían convertido en un chico demasiado simple. Pero se esforzó en agradarme para conseguir conquistarme y lo mejor de todo era que, a pesar de utilizar frases plagiadas, sabía que las decía de corazón. No conocía a nadie más honesto y buena persona que Marcelo.

Apoyé la cabeza en su hombro mientras recordaba todo aquello, se estaba haciendo de noche y los vecinos ya hacía rato que estaban sentados en sus puertas con sus sillas. Me sentía a gusto allí, sintiéndome protegida por Marcelo, pero no me apetecía hablar sobre las interminables obras de nuestra casa. Sólo quería tener la mente en blanco y disfrutar de ver pasar el tiempo.

—Podríamos casarnos al final del verano. Ya no queda tanto que hacer en la casa y en cuanto le dé una mano de pintura podremos amueblarla —me sugirió Marcelo de repente.

—¿Tan poco queda? —le pregunté con sorpresa.

—Claro, Melón. Llevamos una pila de tiempo arreglando cosas, sólo nos ha faltado tirar la casa abajo y volverla a hacer de nuevo —me contestó.

—Sí, tienes razón —le dije sonriente. Pero, en realidad, me puse muy

nerviosa. Ver tan cerca el final de las obras era mucho más que eso, significaba que dábamos un paso muy importante y comenzábamos una vida juntos. Siempre lo estábamos, nos veíamos casi todos los días pero, al pensar en vivir con él, me asusté. Ya no tendría un lugar sólo para mí en el que tener mi espacio y mi intimidad. No podría despedirme de él cuando me cargara su presencia.

—Mañana hablo con el cura. Que nos case a finales de septiembre, ¿te parece bien? —me preguntó Marcelo ilusionado.

—¿Mañana...? A lo mejor está ocupado haciendo algo —le dije, por poner alguna excusa.

—¿Es que no te hace ilusión? Está todo como tú querías, hasta te he puesto la fuente en medio del patio. Podría pasar por la Alhambra.

—Sí, lo sé. Ha quedado precioso, será genial sentarme a leer ahí —le dije agradecida, intentando que mis ganas de disfrutar de un rincón de lectura se notaran más que mi miedo—. Pero... todavía no tengo el vestido de novia, y escogerlo requiere su tiempo —me excusé. Las palabras 'vestido de novia' hicieron salir a mi suegra de su madriguera a la velocidad de la luz. O de su nido de urraca. Era pronunciarlas y verla siempre aparecer, aunque estuviera en la otra punta del mundo. Me imaginaba que ponía atención a todo lo que yo decía, estuviera cerca de mí o no. Pero, sobre todo, esas palabras en concreto salidas de mi boca la hacían manifestarse como un fantasma. Como un espíritu al que no le dejaban cruzar al otro lado por mala persona, además de por fea. Menos mal que Marcelo había salido físicamente a su padre—. ¿Qué ha sido eso...? —le pregunté a Marcelo con retintín. Estaba viendo de reojo el pelo negro y canoso de la urraca asomando por la ventana de la cocina, a nuestra izquierda. Y antes de verla ya sabía que estaba ahí, al ponerse a espiar había arrastrado una silla.

—¿Qué ha sido qué? —me preguntó Marcelo.

—Nada, me había parecido oler a azufre —le contesté.

—¿A azufre? —me preguntó, levantando el brazo para olerse la axila.

—Sí, era algo horrible. Como el olor del Diablo —le dije. Sabía que la urraca me estaba oyendo y no quise perder la ocasión de desquitarme con ella.

—Pues yo me he duchado —me dijo Marcelo con preocupación.

—Lo sé, no eres tú —lo tranquilicé—. Ay... qué felices seremos... —le comenté, volviendo a apoyar mi cabeza en su hombro.

La urraca gruñó flojito, igual que un Doberman preparándose para atacar.

—¿Seremos, Melón? Yo ya soy muy feliz, tengo al lado a la persona que más quiero en este mundo —me dijo Marcelo.

—No está bien que digas eso. La sangre es la sangre, y madre no hay más que una —le regañé de manera teatrera.

—Pero a mi madre no la puedo agarrar por el culo y darle un meneo —me soltó Marcelo.

A la urraca le rechinaron los dientes, lo pude oír desde allí.

—¡Marcelo! —le reñí haciéndome la tontorróna. Aunque, en otro momento, le habría dado una colleja por ese comentario. A solas no se habría librado—. ¿No te da pena separarte de tu madre? La pobre, te va a echar de menos —le dije, como si a mí ella sí me la diera.

—¿Pena, por qué? —me respondió.

—Bueno, porque estarás siempre conmigo. Ya no te verá a la hora de cenar, ni sabrá cuándo vas o vienes y con quién. Con lo que eso le fastidia. De alguna manera yo ocuparé su lugar y eso le será difícil de asimilar. Después vendrán los niños y querrás pasar tanto tiempo con ellos que tu madre ocupará un tercer puesto en tus prioridades. Es ley de vida —le dije encogiéndome de hombros.

La urraca comenzó a arañar el poyete de la ventana con las uñas y el desagradable sonido me dio dentera. Pero sonreí a escondidas, sabía que estaba a punto de darle algo bien gordo.

—Espero que nuestros hijos no salgan a ella. Es mi madre, lo sé, pero la pobre mujer está muy mal hecha. Las cosas como son —me dijo Marcelo, avergonzado por su confesión.

—Eso está muy feo, Marcelo. Más que tu madre —le reprendí.

Marcelo se puso de pie, se volvió a subir el pantalón dejándose el bulto de la entrepierna dividido en dos y ladeó un instante la cabeza subiendo el hombro, en un gesto de incómoda reafirmación. Me lo quedé mirando satisfecha y, entonces, mientras reía para mis adentros, un fuerte e inesperado manto de agua me empapó por detrás. Abrí la boca y los ojos de par en par, levanté las manos mirándome la ropa chorreando agua y, al mirar hacia atrás, vi a mi suegra con el cubo de fregar en las manos.

—He pensado que te gustaría refrescarte —me dijo, sonriendo con maldad.

—¡Madre...! —exclamó Marcelo asombrado.

—¿Recuerdas cuando te lo hacía a ti de pequeño? ¡Anda que no te gustaba! —le dijo mi suegra riendo, como si aquello hubiera sido una broma

inocente.

—Sí, pero... —dijo Marcelo confundido.

—No creo que a él le tirara el agua sucia de fregar el suelo —le recriminé a mi suegra.

—Mi casa está tan limpia que te puedes beber el agua del cubo después de fregar, no como la de otras —me soltó ella. Cosa que no era verdad, llevaba puesta una blusa blanca y podía verme perfectamente los cercos oscuros del agua sucia. Lo había hecho con tan mala intención como todo lo que ideaba y decía en mi contra, no me podía ni ver.

—Pues, ¿sabe qué? Que por muy limpia que estuviera el agua, no me ha hecho gracia que me la tirara —le dije.

Solía callarme siempre que mi suegra intentaba humillarme y ponerme las cosas difíciles, pero algo en mí estaba empezando a cambiar en los últimos días. Parecía que los astros se habían alineado de manera extraña afectando mi rutina, un montón de pequeñas cosas se estaban amontonando obligándome a reflexionar.

—Eso es porque eres muy sosa. Ni siquiera sabes aguantar una broma —me dijo la urraca. Se dio la vuelta cojeando con el cubo en las manos y, mientras se alejaba, la oí riendo bajito, con la misma risa que un octogenario fumador.

—*Gurrrrr* —grazné sin cortarme un pelo. Ella se dio la vuelta con cara de asesina, la que tenía, y me hizo una peineta rápida para que Marcelo no la viera.

—Estás muy guapa así, pareces una de esas guarrindongas que salen mojadas medio en pelotas en los calendarios de los mecánicos —me intentó consolar Marcelo.

—Marcelo... cállate —le dije, mirándole enfadada.

—Vale —me dijo él.

Me despedí de Marcelo y me fui chorreando a casa. Me quiso acompañar, pero yo no le dejé. No estaba molesta con él, Marcelo no tenía la culpa de nada. Pero no quería hablar de lo que acababa de pasar para que no se sintiera entre la espada y la pared, entre su madre y yo, y preferí pasar el enfado de manera privada. Necesitaba insultar a la urraca en soledad, sin tener que frenarme delante de él. Bastante tenía Marcelo con tenerla como madre, sólo por eso ya se merecía el cielo.

Me sentía tan humillada que al llegar a casa me fui directa a mi habitación. Aunque no sin antes verme obligada a deslizarme por el pasillo igual que un soldado para evitar a mi madre, quien estaba haciéndose su café nocturno en la cocina. No quería que me viera así, empapada, sabía que me iba a preguntar qué me había pasado. De modo que corrí de puntillas al pasar frente a la puerta de la cocina y la saludé sólo cuando ya estuve fuera de su vista. Subí las escaleras hasta mi habitación, cogiendo los escalones de dos en dos, me quité la ropa y me senté en mi cama a llorar. Me sentía tan impotente por no poder hacer nada para evitar los problemas con mi suegra que la angustia me comenzó a ahogar. Jamás me iba a ver con buenos ojos, ella era así, odiosa y resentida, y su provocación de un momento antes se convirtió en la gota que colmó el vaso. Fue algo que me hizo dudar todavía más de mi relación con Marcelo. Quizá me había acomodado en una rutina que ya no me hacía feliz y darme cuenta hizo que sintiera pena por él, tuve un sentimiento de culpabilidad tan grande que me dieron ganas de hacer la maleta y huir. Marcelo estaba muy ilusionado con un futuro juntos. Conmigo, suyo y mío. Y yo, no sabía por qué, ya no parecía estarlo. Incluso que me provocara compasión era un motivo de remordimiento para mí. ¿Cómo se podía sentir pena por alguien de quien se suponía que estaba enamorada? No era normal, el amor debía de ser algo menos humillante para la otra persona, seguramente admiración.

Me recogí el pelo, me puse un vestido corto de algodón y me volví a poner mis sandalias de dedo. Necesitaba lavarme y respirar aire fresco. Y hacerlo en soledad, donde nadie me preguntara qué me pasaba ni pudiera ver que había estado llorando. Salí de mi habitación y me asomé por las escaleras para localizar a mi madre, las bajé con mucho sigilo, me agaché y pasé rápidamente por delante de la puerta del salón. Ella estaba sentada en el sofá con su taza de café en la mano y una novela sobre el regazo y, por suerte, lo que estuviera leyendo la tenía concentrada. Al salir a la calle le quité el pedal

a mi Vespino y caminé sigilosamente con ella hasta alcanzar una distancia prudencial —desde la que mi madre no pudiera reconocer su sonido—, la arranqué, me senté sobre la moto y me dirigí a la playa.

Respiré agradecida el aire perfumado de jazmín que me daba en la cara, de la dama de noche en las últimas casas del pueblo y, por fin, del salitre del mar. Caminé descalza por la arena y, sin quitarme el vestido, entré lentamente en el agua. Me quedé sumergida hasta la cintura disfrutando de mi unión con el mar. La luna estaba tan llena que iluminaba lo suficiente como para verme mis manos flotando en el agua. Era de noche y estaba sola, a excepción de un hombre pescando en el espigón. Pero no tenía miedo, creía que era peor lo que estaba sintiendo aquellos días que lo que me pudiera pasar allí.

Me solté el pelo y lo dejé caer sobre mis hombros, di un par de pasos al frente y me sumergí por completo en el mar. Me habría quedado bajo el agua para siempre, donde no me podía afectar nada de lo que pasaba fuera pero, como es natural, pasados unos segundos necesité tomar aire para no morir. Escurrí mi corta melena a un lado de mi cara y, al mirar por encima de mi hombro, estuve a nada de que se me parara el corazón.

—La luna, el mar y Azahar —dijo Helios. Estaba sentado en la arena detrás de mí, con las manos apoyadas detrás de su espalda. No sabía cuánto rato llevaba allí, pero se le veía cómodo.

—No sabía que tenía público —dije sonriendo nerviosa. Salí del agua y me recogí el pelo de nuevo, me estrujé el vestido y entonces me di cuenta de que no había llevado toalla.

—¿Siempre te bañas vestida? —me preguntó.

—¿Eh? No —le contesté.

—Bien, pues avísame cuando vengas a bañarte sin ropa —me dijo.

—Sí, claro —respondí cortada—. Bueno, ya te avisará mi novio. Es muy servicial, a él no le importa darse un viaje hasta tu casa —insistí en informarle sobre mi compromiso.

Helios sacudió la cabeza divertido y después miró hacia otro lado.

—Toma —me ofreció, sacando una toalla doblada de detrás de su espalda.

—No, gracias, no hace falta. Ahora me seco en la moto —la rechacé.

—¿Ya te vas? —me preguntó.

—Sí, supongo que sí.

Se levantó y se puso frente a mí. Abrió la toalla, me la puso alrededor de los hombros y me dijo:

—Ese 'supongo' quiere decir que no te apetece irte, así que date el gusto y quédate.

Era verdad, no me apetecía marcharme, y todavía menos después de ese gesto suyo. Me sentí en la gloria cuando me abrigó con su toalla, tan cerca de mí. Levanté un poco la vista mientras lo hacía y, mis ojos, a la altura de su barbilla por la diferencia de estatura, se quedaron clavados en su boca.

—Gracias —le dije inquieta. Y me senté con él en la arena, frente al mar.

Helios miró distraído la luna y, como pasaba el rato y no hablaba, le pregunté:

—¿Qué haces aquí?

—¿Aquí? ¿En la playa o en el pueblo? —me preguntó.

—Bueno, en los dos sitios —le dije, aprovechando la ocasión.

—He venido a pasear —me respondió—. Me gusta la soledad de la playa a estas horas. Y el sonido de las olas rompiendo en la orilla. Es como si el mar cantara una nana.

—Sí, es una suerte tener esto en la puerta de casa —le dije. Esperé a que me diera información sobre lo otro, sobre la razón de su llegada a Fuente del Limonar pero, como era habitual en él, no lo hizo—. Me imagino que tu madre te habrá hablado mucho de esto, siendo de aquí y habiéndose marchado tan joven lo habrá echado de menos. Tendrías ganas de conocer tus raíces. Y a tu abuela y todo eso... —le insinué.

Él me miró, arrugó la frente y me dijo:

—Me parece raro que hayas venido a bañarte sola a estas horas. Te he estado observando mientras lo hacías y me ha parecido que te pasaba algo.

—¿A mí? ¿Por qué? —le pregunté, poniéndome un poco a la defensiva.

—Estabas muy quieta mirando la luna, con los brazos caídos, y te he visto suspirar como si te quitaras un peso de encima. ¿Tienes problemas con tu familia? ¿Con tu novio? Me lo puedes contar todo —me dijo, retándome con una sonrisa.

—¿Por qué iba a tener problemas con mi novio? —le pregunté sobresaltada—. Además, no te conozco, no tengo por qué confiarte nada.

—¿Cuándo os casáis? Eso es lo que se hace por aquí, ¿no? El siguiente paso después de reformar la casa es la boda y los hijos. Eran cinco, si no me equivoco —insistió. Y entonces me di cuenta de que lo que estaba haciendo era demostrarme lo que se sentía siendo interrogado por una extraña. No le faltaba razón, era una cotilla.

—Muy bien, lo he pillado. No me cuentes nada que no me quieras contar

—le dije muy a mi pesar. Estaba perdiendo la oportunidad del siglo pero, ¿qué podía hacer? No podía atarlo y torturarlo hasta que hablara. Era más fuerte que yo. Primero debía drogarlo. Sí...

Helios se tumbó boca arriba, con las manos bajo la nuca, miró el cielo unos instantes y me dijo:

—A veces es genial no saber nada de alguien, ni que ese alguien lo sepa de ti. ¿No te parece una suerte? No tienes que darle ningún tipo de explicación. No te conoce y puedes ser quien quieras. Sigues teniendo un pasado pero puedes crear un mundo nuevo. Nadie más te va a ver como esa persona y siempre será algo único entre ella y tú.

Virgen de la Coquina...

Visto así, la privacidad parecía algo maravilloso. Casi tanto como él. Me moría de ganas por saber qué hacía en Fuente del Limonar después de tantos años y la historia exacta de la marcha de su madre, pero me acababa de sugerir algo tan ideal que no lo podía rechazar. Una vida nueva, secreta y sólo para mí. Lo miré alucinada y le pregunté:

—¿Podrías contarme al menos por qué tu abuela y tu madre no se hablan?

Lo sé, esa no era la pregunta adecuada después de lo que me acababa de decir, pero no lo pude evitar, era deformación profesional.

Helios me miró sorprendido, se puso de pie y me dijo:

—Dame mi toalla.

—Perdona. No quería molestarte —me disculpé avergonzada.

—Dámela —me repitió, haciendo un gesto con su mano hacia él.

Me quité la toalla, me puse de pie y se la di. Me sentí fatal, había estropeado mi momento con Helios por ser una fisgona sin remedio. Había desaprovechado una oportunidad de vivir algo diferente para mí, ser quien y como quisiera sin que me cuestionaran. Pero, entonces, se quitó los vaqueros y la camiseta y me di cuenta de que le había interpretado mal.

—¡No! Ya estoy medio seca —le dije, poniendo mis manos entre él y yo.

—¿Y qué más da? Pues te secas otra vez —me respondió divertido.

—Mi madre me estará esperando —le dije como excusa.

—¿Para qué? ¿Es que todavía va a taparte a la cama? —me preguntó.

—Pues casi. No me extrañaría nada que llamara a la puerta de mi habitación antes de acostarse —le dije.

Pero no era eso lo que me preocupaba realmente, era el hecho de estar a solas de noche con él: un forastero en calzoncillos al que las cotillas del pueblo perseguían para sacarle información. Me parecía una situación

peligrosa pero, por eso mismo, un plan irresistible.

—Vale. Veo que lo que dijiste el primer día que hablé contigo no era verdad, debería habérmelo imaginado —me dijo con despreocupación.

—¿El qué? —le pregunté.

—En tu tienda, que te podía pedir cualquier cosa. Pero ya ves, sólo te estoy proponiendo un baño y ya me has dicho que no —me respondió cruzándose de brazos—. Ah, gente de pueblo... —dijo con una exhalación—. Cómo agradezco que mi madre se fuera a Madrid, todas esas cosas que me ha contado que vivió en este sitio ahora tienen mucho más sentido —dijo sacudiendo la cabeza, mirando el mar.

—¿Si? ¿Qué cosas? —le pregunté, abriendo los ojos de par en par.

—Bueno, no es nada. Intimidades de familia —me respondió.

—¿Te refieres a secretos? —le dije salivando.

—No sé, supongo que también podrías llamarlos así —me respondió.

Estaba claro que intentaba engatusarme pero, aun sabiéndolo, su treta estaba funcionando.

—Pero... secretos, secretillos, o súper *top secret* secretos —le pregunté de todas formas. No sabía lo que decía, tenía tantas ganas de que me los contara que las palabras se me amontonaban en el cerebro.

—No voy a confiárselos a una desconocida. Pero, supongo que si nos diéramos un baño juntos, al salir del agua ya podríamos considerar que tenemos algo de confianza —me contestó.

Lo miré y no supe si me sentí más atraída por conocer su vida o por él. Estaba allí, prácticamente sin ropa, y ver algo que nadie más del pueblo había visto —sus brazos, sus hombros y su satinado pecho— me hacía sentir especial. Sabía que no era para tanto, tampoco había una gran diferencia entre llevar puesto un slip y un bañador. Pero me parecía un momento íntimo, a lo mejor porque Helios me resultaba demasiado atractivo, y tanta piel suya a la vista me estaba deslumbrando.

—No puedo bañarme, no me he traído el biquini —le dije como una tonta. Me estaban dando tantas ganas de abalanzarme sobre él que me parecía que le estaba siendo infiel a Marcelo.

—Pensaba que eso era lo que estabas haciendo hace un momento, bañarte —me dijo, señalando con el pulgar hacia el agua—. Pero, está bien, no voy a obligarte a que cometas un pecado. Me imagino que aquí, bañarse con alguien del sexo opuesto en millones de metros cúbicos de agua, debe ser un motivo para ir derecho al infierno —se rió de mí.

—Te equivocas, aquí no somos tan retrasados. El cura le pone los cuernos a Dios —me defendí.

Helios echó a andar hacia el agua y me dijo juguetón, sin volver la vista atrás:

—Irás al infierno de todas formas, por tus pensamientos impuros...

Me quedé boquiabierta. ¿Tanto se me notaba que babeaba por él? Seguro que sí, pero tampoco hacía falta que me lo recalcara.

—¡Soy atea! —le grité, poniéndome las manos en las caderas.

Pero él no me contestó, siguió adentrándose en el agua y, cuando le llegó por la cintura, levantó los brazos y se lanzó de cabeza al mar.

Pasados unos segundos salió a la superficie y se dio la vuelta hacia mí. Se sacudió el pelo salpicando agua y extendió un brazo en mi dirección. Me tendía su mano para que fuera junto a él, pero yo no estaba segura de si debía hacerlo. Pasé el peso de mi cuerpo de un pie a otro, cogiéndome los lados del vestido nerviosa, pero Helios asintió animándome con una sonrisa, y yo, ya no me pude resistir más. Di unos pasos yendo a su encuentro y mientras me acercaba fue como si me atrajera un imán. Me saqué el vestido por la cabeza, quedándome en ropa interior, lo dejé tirado en la orilla y entré en el agua. Acepté su mano y, nada más cogerme a ella, el mundo se me olvidó. Sentí esa corriente suya que siempre me parecía que irradiaba. Era como si conociera su tacto de toda la vida, como si él estuviera hecho para mí.

—¿Lo ves? No era para tanto —me dijo.

—Ya... —contesté mirándolo alelada. Estaba a un palmo de él, pero en mi imaginación estábamos mucho más cerca. Había pasado la mano que tenía libre por detrás de mi cintura y aquello me pareció demasiado sugerente.

—¿Por qué te preocupa tanto lo que puedan pensar de ti? Aquí no hay nadie más que tú y yo —me comentó.

—No me preocupa —le respondí. Y estaba siendo sincera, me sentía tan bien cogida de su mano, bajo la luna y acompañados sólo por el sonido de las olas, que todo lo demás dejó de tener sentido. El pueblo, la urraca, mi boda y Marcelo dejaron de existir.

—Recuerda que esa gente de ahí arriba no sabe que estás aquí. Todos estarán durmiendo y no te pueden oír hablar, ni reír... —me dijo bajando la voz. Y, mientras lo hacía, lo único que podía hacer yo era observar el movimiento de sus labios. Al principio no me di cuenta, pero nuestras caras estaban cada vez más cerca. Él había agachado la cabeza ligeramente sobre mí y yo estaba comenzando a levantar la cara para encontrarme con la suya

—. Ni siquiera se enterarían si te apeteciera bañarte sin ropa interior, ¿lo sabías? —añadió. Subió su mano lentamente por mi espalda, dejándola en el cierre de mi sujetador, y entonces nos acercamos tanto que nuestros labios se rozaron.

Una ola nos golpeó de repente desestabilizándonos y tuvimos que agarrarnos el uno al otro con más fuerza. Por suerte, eso me devolvió de golpe a la realidad. ¿¡Qué estaba haciendo!?. Había perdido el norte. ¡Tenía novio, Marcelo! Di un brinco hacia atrás y me retiré rápidamente de Helios.

—Vale, no te asustes —me dijo riendo. Me solté de su mano y comencé a correr hacia la orilla—. ¡No hace falta que corras! —me gritó.

—¡No corro, me arrastra la corriente! —le mentí.

Alcancé tierra firme faltándome el aire y después me puse mi vestido con el corazón a mil. Había estado a punto de serle infiel a Marcelo. Y, esa vez, de verdad. No había sido una simple fantasía. ¡Qué me estaba pasando!

—Tranquila. Esto no va a salir de aquí, es entre tú y yo —me dijo Helios al llegar junto a mí.

—No, si estoy tranquila —le contesté sonriendo asustada—. ¡Adiós! —le dije demasiado alto. Y eché a correr.

Entre que corría como un pollo sin cabeza y que mi corazón latía mucho más deprisa de lo normal, respiraba con dificultad y creí que no llegaría con vida a mi Vespino. Al subir el último escalón que llevaba a la carretera tropecé, caí de rodillas y me quedé a cuatro patas sobre la acera. Avergonzada, me levanté y le dije adiós a Helios de nuevo con la mano, soltando una carcajada para disimular, y entonces me di cuenta de que con ella agarraba su toalla. Me la había llevado sin querer, pero sentí tanta vergüenza al verle llevarse las manos a la cabeza por mi caída que subí a mi moto y no se la devolví. Me la até al cuello, arranqué mi Vespino y, al coger velocidad, flotó a mi espalda haciéndome parecer Superman.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo has podido salir de esa casa sin un sólo dato? Estás perdiendo facultades —me recriminó Maite.

—Sí, ¿qué te pasa? Tenía toda mi confianza puesta en ti —me echó en cara Reme.

—Ya os lo he dicho, con él no funcionan nuestras tácticas. Le da la vuelta a todo y no suelta prenda —les volví a explicar.

—¿Ni siquiera te ha funcionado bajarte un poco la blusa por el hombro? Eso siempre ayuda con los hombres —me dijo Reme.

—¿Eso haces tú? —le preguntó Maite con asombro.

—¿Qué tiene de malo? Después bien que te gusta que te pase la información que consigo —le dijo Reme.

—Vale, es verdad —admitió Maite—. Podrías probar, quizá te funcionaría ponerte una falda más corta... —me sugirió.

—¿¿Qué?? Estás loca, tengo novio —me negué. Lo hice escandalizada, como si Maite me hubiese pedido que me acostara con Helios a cambio de información. Pero, en realidad, le puse tanto énfasis a mi respuesta porque me asusté. No quería oír nada que hiciera referencia al sexo en una frase que incluyera a Helios, por lo que pasó la noche anterior. Prefería hacer como si nunca hubiera sucedido y no podría conseguirlo si mis amigas se enteraban.

—Hija, cualquiera diría. Pues la chismosa de Anita dice que está como un dios —me reprochó Reme.

Salí de detrás del mostrador y me puse a ordenar botes de pepinillos, fingiendo naturalidad. Ese era otro tema que tampoco quería tocar, el físico de Helios. Me preocupaba que notaran que me encantaba, como si con eso pudieran adivinar que había estado a punto de besarle.

—Bueno, no está tan bien. Es... normalito. Pero en una cosa ha acertado Anita, tiene nombre de dios —le dije a Reme.

—¿No se llamará Mahoma? —me preguntó Maite.

—Claro, porque Mahoma era el dios de la mahonesa —se burló de ella Reme.

—Ese era Hellmann's —bromeó Maite. Supongo.

—Pues... no vais tan mal encaminadas. Se llama Helios —les conté.

—¿Qué has dicho? —me preguntó Reme echando la cabeza hacia atrás.

—Se está riendo de ti —le dijo Maite.

—No. Se llama Helios de verdad —les dije. Le eché el aliento a un bote de alubias y le saqué brillo con el bajo de mi vestido. El cristal estaba impoluto, pero no sabía qué hacer con las manos porque hablar de Helios me ponía muy nerviosa.

—¿¿Helios?? —repitió Maite, arrugando la nariz extrañada—. ¿Qué clase de nombre es ese? ¿No hay una mantequilla que se llama así?

—Una mermelada —la corregí.

—¿Qué te ha pasado en las rodillas? —me preguntó Reme.

—¡Nada! —dije rápidamente—. Anoche me caí de la moto —le tuve que mentir. Solté el bajo de mi vestido y dejé el bote de alubias en su sitio. Me había olvidado por completo de mis rodillas magulladas y llevaba un rato enseñándolas.

—¿Te has caído de la moto? —me preguntó Reme preocupada.

—Sí, pero no fue nada. Estaba parada, me caí al ponerle el pedal —le contesté.

—¿Te has caído de la moto estando parada? ¿No estarías borracha? —me cuestionó Maite.

—Pues deberías ir a que el médico te mire esas rodillas. Las lesiones aparentemente inocentes son las más peligrosas. Mira lo que me ha pasado a mí con la picadura del mosquito, casi tienen que cortarme un brazo —me dijo Reme.

—Sabes que eso no es verdad —le rebatió Maite.

—¡Lo tengo prácticamente inservible! ¿No lo ves? —insistió Reme. Levantó un poco el brazo e hizo como si intentara cerrar la mano una y otra vez. Pero sólo hasta la mitad, como si no pudiera hacerlo—. Creo que de ahí me viene mi problema de cervicales. Hoy ni siquiera puedo tocarme el esternón con la barbilla, y todo por un asqueroso mosquito —se quejó.

—¿Y para qué quieres tocarte la cosa esa con la barbilla? ¿Es que no tienes manos? —le dijo Maite.

—Te entiendo, Reme, debe de ser muy doloroso —la consolé.

—¿Eh? —exclamó Reme sorprendida—. Ah, pues sí —admitió sonriente. Asintió varias veces con la cabeza mientras lo hacía y con tanta energía que podría haberse tocado con la barbilla donde le diera la gana. Hasta en el

ombliigo.

—No le des coba —me advirtió Maite.

—Déjala, pobre. A saber qué dolores estará pasando —le contesté.

—Eso. ¿Qué sabrás tú? —le dijo Reme—. Tú nunca has tenido mis problemas de oído. Es como si tuviera a alguien dentro de la oreja todo día, dando golpes con un martillo y un cincel.

—A lo mejor es Anita. Hay que ver lo poco que ha crecido esa chica —dijo Maite.

—Eso debe de ser horrible, Reme —le dije comprensiva.

—¿Pero, qué te pasa? —me preguntó Maite.

—¡No seas tan insensible, Maite! —la regañé—. Volví detrás del mostrador, le di un pellizco a una barra de pan y me apoyé de lado en la caja registradora, dándole decididos mordiscos al cuscurro. Estaba haciendo un papel, no estaba enfadada con Maite, por supuesto. Pero me interesaba que Reme siguiera hablando de sus dolencias psicológicas, psicosomáticas o lo que fueran para no tener que hablar de Helios, y Maite la estaba intentando frenar.

—¿No se te estará pegando lo de Reme? No sé si podré aguantar a dos hipocondríacas —me dijo Maite.

—Esta chica sufre, ¿sabes? —le dije como si sus palabras me dolieran, señalando a Reme con el cuscurro de pan. Reme asintió con los ojos cerrados, igual que una mártir. Pero, de repente, abrió los ojos y dijo con mucho entusiasmo:

—Sole me ha dicho que Bernarda le ha contado que el padre del forastero es alguien del pueblo, uno que nunca lo confesó porque hubiera sido un escándalo.

—¡Venga ya! —exclamó Maite, felizmente impresionada.

—¿¡Quién!? —le pregunté.

—No lo sabe, pero intuye que es así, y que ese es el motivo de que se fuera sin despedirse después de que la forzaran —contestó Reme.

—¡No hubo ninguna violación, Reme! —le recordé.

—Bueno, nosotras no estábamos allí. Ella podría haber dicho que no y él insistir. Eso lo debería decidir un juez —me respondió.

—Pero, ¿qué va a decidir un juez? ¡No la violaron! —insistí.

Reme hizo un chasquido con la lengua y un gesto de despreocupación con la mano, su teoría le parecía más escandalosa y por eso no quería deshacerse de ella.

—Bernarda le ha dicho a Sole que la madre del forastero era alcohólica perdida, igual que te contó a ti —me dijo Reme, a pesar de que a mí Bernarda no me había dicho tal cosa. Y me olió mal que de ser simplemente una “fresca” hubiera pasado también a beber como un cosaco. Reme ya estaba empezando a adornar la historia—. Dice que siempre le gustó hacer... felices a los hombres... Así que el padre podría ser cualquiera, desde el policía al carpintero, o desde el agricultor al hijo de Pepa, el que es impotente.

—¿Has visto? A ver si aprendes. Mira de todo lo que se ha enterado Reme, y sin tener al forastero frente a frente como tú —me echó en cara Maite.

—Parad de llamarle forastero, se llama Helios —dije molesta.

—Uy, qué perfeccionista te estás volviendo —me dijo Reme.

—Es que no me parece bien vuestra falta de rigurosidad. Ese chico tiene un nombre y a lo mejor su madre no era tan horrible como la pinta Bernarda. Buena es ella para criticar a nadie después de haber estado sacándole brillo al sable del cura —les recordé, a lo que mis amigas asintieron a regañadientes—. Puede que la madre de Helios tuviera un amor prohibido, que fuera una bonita historia de amor —la defendí poniéndome romántica—. Además, ¿qué tiene de malo acostarse con varios hombres? No todo el mundo tiene tan mala suerte como nosotras.

—Bueno, perdone usted, pero la única que se ha acostado aquí con sólo un hombre eres tú —me dijo Maite.

—Podrías haber sido un poco más solidaria en tu juventud, soy tu amiga —le dije ofendida.

—Todo esto nos indica que Helios ha venido a conocer a su padre... —murmuró Reme, comenzando a dar lentos y cortos paseos frente a mí.

—¿Cómo es? ¿Se parece a alguno de nuestros vecinos? —me preguntó Maite.

—No, es demasiado guapo —se me escapó—. Quiero decir, que su padre no tiene por qué ser de aquí. No vivimos en medio de la nada —añadí enseguida—. Tenemos más pueblos alrededor y una playa a la que viene gente de fuera, su padre podría ser de cualquier sitio.

—Pues yo me inclino a pensar que su padre es de Fuente del Limonar, y que sería un bombazo que alguien descubriera su identidad —dijo Reme convencida.

—Sí, yo también —asintió Maite.

—Pues yo no estoy tan segura. Existe la posibilidad de que sólo haya

venido a ver a su abuela, querría conocerla antes de que se fuera al otro barrio —discrepé. Pero, en realidad, lo hice para proteger a Helios. Aunque yo siempre había tenido la misma sensación que mis amigas, que Helios escondía una historia explosiva, de repente, me sentí mal porque se criticara con tanta crueldad a su madre. Me estaba empezando a parecer una incomprendida a la que los vecinos de Fuente del Limonar no habían dejado ser feliz, y Helios un chico que podría haber sufrido creciendo sin un padre. Me vi reflejada en él, yo tampoco tenía padre y ahora también escondía un secreto que no podía confesar.

—Qué sosa estás, para una vez que pasa algo excitante en el pueblo. No estropees un chisme que pinta tan jugoso —me regañó Reme.

—Sí, luego dirás que te aburres —me dijo Maite.

—Vale, si yo no digo nada. Sólo os aviso, para que luego no os llevéis una desilusión —disimulé, poniéndome a limpiar el mostrador con un trapo y el limpiacristales.

—Me estás dando la mañana —se quejó Maite.

—A mí también. Lo que tienes que hacer es volver a casa de la señora Aurora hoy mismo y no salir de allí hasta que el de la mermelada confiese. Tú eres la única que tiene una excusa para entrar en casa de su abuela, llévale un paquete de compresas para las pérdidas de orina —me pidió Reme.

—Creo que no hace falta... —dijo Maite.

—¿Cómo que no? A su edad debe tener el muelle flojo —le dijo Reme.

Pero al momento descubrí a qué se refería Maite. Por el rabillo del ojo vi que alguien se acercaba a la puerta de mi tienda y tuve que mirar hacia allí dos veces muy seguidas para asegurarme de que veía lo que creía estar viendo.

—Madre mía... Ya no me duele nada —exclamó Reme al ver a Helios, quedándose con la boca abierta.

A Maite se le dibujó una sonrisa muy boba, una que parecía no poder borrarse de la cara, detalle que también noté en Reme un segundo después. Las dos se apoyaron de lado en el mostrador, dejándole un hueco a Helios frente a mí, y mientras se acercaba a nosotras lo hizo mirándolas intrigado. No sé si me dio más vergüenza la actitud de mis amigas o la mía propia, me puse tan nerviosa que tuve que cruzar las piernas para no hacerme pis.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—¡Muy bien! —le dije con demasiada alegría.

—Lo sé, te estoy viendo —me respondió. Agachó un poco la cara y sonrió

con disimulo.

Virgen de la Coquina, ¡qué estaba haciendo! ¡Delante de mis amigas no!

Ya no sólo me hacía pis, ahora me había dado un retortijón. Pero Reme y Maite no paraban de sonreír mirándolo embobadas, no parecieron darse cuenta de su comentario. Maite le dio un codazo a Reme, mirándole el culo a Helios, y las dos soltaron una risita.

—¿Os pasa algo? —les pregunté muy seria.

—Hola —le dijo Reme a Helios, poniéndose erguida de repente.

Maite carraspeó e hizo lo mismo. Helios les devolvió fugazmente el saludo y me dijo:

—Ayer te fuiste tan rápido que se te olvidó algo.

—¿Eh? —dije asustada.

No...

¡La toalla!

Pero, ¿por qué tenía que pedírmela en ese momento? ¿Es que no tenía otra? ¿Era el recuerdo de unas vacaciones en Marina d'Or? Estuve a punto de meterme debajo del mostrador, no sabía cómo podría justificar delante de mis amigas que la tuviera yo.

—Te fuiste sin cobrar el bizcocho —me respondió.

Solté la magdalena que estaba espachurrando sobre el mostrador, destrozándola en mi puño cerrado a causa de los nervios, sonreí y le dije:

—Ah... Sí, es verdad. Con lo del acordeón y el cacahuete se me olvidó.

Reme y Maite se miraron extrañadas y después volvieron a mirar a Helios como dos bobas. Maite dio un paso sigiloso hacia él, levantó la barbilla y le olisqueó disimuladamente el hombro. No sé a qué olería, pero ella puso cara de estar en el cielo.

—Qué bien tenerte por aquí. Nos encanta que hayas venido a Fuente del Limonar. ¿Lo has hecho por algún motivo especial? —le preguntó Reme.

—Curioso color de pelo. ¿Es teñido? —le preguntó Helios.

—¿Qué? —dijo Reme confundida.

—Sí, tiene una especie de reflejo violeta —le comentó él.

—Ah, ya. Es por unas cápsulas moradas que tomo —le dijo Reme tocándose el flequillo.

—¿¿Si?? ¿Y para qué las tomas? —le preguntó Helios como si le intrigara muchísimo.

Pero sospechaba que el pelo de Reme le traía sin cuidado, ya comenzaba a conocerlo un poco y sabía que lo que estaba haciendo era responderle con

preguntas indiscretas, como hacía conmigo.

—Pues resulta que tengo varios problemas de salud. A veces me las tomo para una cosa y a veces para otras —le contestó Reme.

—Son de remolacha. O sea, que es lo mismo que si se tomara un azucarillo, se las recetan en la herboristería para que se calle. Y sí, se tiñe el pelo —le dijo Maite.

—¡No es por el tinte! Es un efecto secundario de la remolacha —le negó Reme—. Me las tomo principalmente para la anemia, ¿sabes? Nací baja de hierro. Por eso algunas veces se me va la vista —le explicó a Helios. Estiró el cuello todo lo que pudo y le miró de nuevo el culo. Pero Helios, o bien no se dio cuenta, o le dio igual.

—¿A quién te encuentro parecido? No has salido a tu abuela, desde luego —le intentó sonsacar Maite. Lo miró sonriente y le habló con voz dulce y pausada, como si fuera un niño pequeño.

—Bueno, ¿por qué tendría que parecerme a mi abuela? ¿Te pareces tú a la tuya? —le preguntó Helios.

—No. Pero no es el mismo caso —le dijo Maite.

—¿Y cuál se supone que es mi caso? —le preguntó Helios.

Maite hizo un leve gesto de rabia y me dio miedo que le soltara algo como “Yo sé quién es mi padre”, o “En mi familia no hay trapos sucios”. Pero, por suerte, se contuvo y se desarmó cuando, un segundo después, Helios le dedicó una arrebatadora sonrisa. La tenía en el bote y no pensaba ceder un milímetro, no iba a contarle nada.

—¿Qué tal está tu madre? Hace mucho tiempo que no la vemos por aquí —lo volvió a intentar Reme.

—¿Hace tiempo que no la ves? Me parece raro, por tu edad yo diría que no la habrás conocido —le dijo Helios.

—Bueno, pero he oído hablar de ella —se excusó Reme.

—¿De verdad? ¿Y qué es lo que has oído hablar? —le preguntó él, fingiendo que le sorprendía.

Reme se quedó cortada. Como es natural, no podía decirle todas las cosas horribles que nos habían contado sobre ella y, después de pensárselo unos instantes, puso expresión de rendirse. Helios no quería hablar de su intimidad y me alegré de que se lo demostrara a mis amigas. Ahora comprenderían que yo no había perdido mis facultades, el problema era que había dado con un hueso demasiado duro de roer.

—En realidad he oído poca cosa, sólo que era muy guapa —le mintió

Reme.

—Sí, y que se fue a Madrid a trabajar —añadió Maite para disimular.

Las tres bajamos la mirada y reinó el silencio. Me estaba sintiendo fatal por Helios, porque sospechaba que sabía que lo que se decía de su madre no era algo agradable. Lo miré, levanté un hombro con una sonrisa amable y le dije, deseando cambiar de tema:

—El bizcocho son cuatro con cincuenta.

Reme y Maite se retiraron del mostrador gesticulando entre ellas, comentando mediante mímica lo mal que les había salido la jugada. Helios sacó un billete del bolsillo de su pantalón y lo puso sobre el mostrador, lo deslizó hasta mi mano y al llegar a ella me la tocó adrede con los dedos. Se me volvieron a poner los vellos de punta, me gustaba tanto su tacto que no lo podía soportar.

—A lo mejor nos volvemos a encontrar esta noche —me dijo.

—Puede ser, este pueblo es bastante pequeño —dije cortada.

Él sonrió, sin dejar de tocar mi mano con sus dedos, y me susurró:

—Estaré en la misma playa de ayer, a lo mejor nos vuelve a unir la casualidad.

Asentí asustada y retiré mi mano de la suya, cogí el billete y lo metí temblorosa en la caja registradora. Después me rasqué la cabeza y sonreí nerviosa, pero él no paraba de mirarme fijamente y no conseguía recobrar el control. Me tenía bajo su hechizo y no era capaz de romperlo.

—Bueno, pues dale recuerdos a tu abuela —le dije a modo de despedida.

Estaba tan nerviosa que quería que se fuera, pero pasaron los segundos y él no se movió del sitio. Asintió y continuó mirándome.

—¡Que pases un buen día! —lo volví a intentar, en un tono súper simpático.

Helios apoyó los brazos sobre el mostrador y siguió mirándome en esa postura, ahora doblado hacia mí cómodamente. Me puse las manos en las caderas mirando hacia la calle, solté un “Ji, ji” y le dije:

—Hoy va a hacer calor, ¿eh?

—¿Me das el cambio? —me preguntó.

—¿Eh? —le pregunté yo.

—Te he dado un billete de diez —me dijo.

—¡Oh! Sí, sí, claro.

Helios se rió y cogió el cambio de mis manos, lo contó, me devolvió dos billetes de veinte que le daba de más y por fin me dijo adiós.

—Por qué nos has mentido —me acusó Maite. Se acercó rápidamente con Reme al mostrador y parecía molesta.

—¿Qué? —exclamé asustada.

No podía más con la tensión, entre uno y otras iban a conseguir que me diera un infarto. ¿Aquello iba a ser siempre así mientras Helios siguiera en el pueblo? Me parecía que era cuestión de tiempo que alguien se diera cuenta de que había algo sospechoso entre los dos, y eso me horrorizaba. ¿Qué habría pasado si en lugar de mis amigas cualquier otra persona hubiera estado en la tienda mientras Helios me tiraba los trastos? Se habría desencadenado el desastre, ya lo sabría todo el pueblo.

—Sí, ese tío está muy bueno —me echó en cara Reme.

—Pues será para ti, yo no creo que sea para tanto —le dije, aliviada al ver que el tema no iba por donde temía.

—¿Pero tú lo has visto? ¡Si hasta tiene nombre de dios! —me dijo Maite.

—¿Qué sabrás tú? Si hace un rato creías que 'Helios' era una marca de mantequilla —le contesté.

—Te lo estoy diciendo, se te está pegando lo de Reme. ¿Quién eres ahora, la secretaria de la Ministra de Cultura? —me soltó.

—A mí no me metas, que yo ahora no he dicho nada —le advirtió Reme.

—¡Ay, por favor! ¡Cómo os ponéis por un tío de nada! —las acusé.

—Un tío de nada, dice —le dijo Maite a Reme, señalándome con la cabeza.

—De verdad, no sé qué te pasa últimamente, pero creo que estás más enferma que yo —me dijo Reme.

—A ver, es resultón, pero tampoco es para que os pongáis así —medio admití.

No se podría decir que Helios estuviera hecho con un molde de facciones perfectas y que tuviera un cuerpo de anuncio de desodorante. Pero era muy atractivo, tenía esa mezcla de chico travieso y hombre que me encantaba, y una presencia cautivadora. Entendía perfectamente que Reme y Maite lo vieran también de esa manera.

—Dios, qué bien olía... —dijo Maite sin hacerme caso, como si fuera a derretirse.

—¿A qué? —le preguntó Reme con entusiasmo.

—No sé. A fresa o a melocotón, a alguna fruta —respondió Maite.

—La imaginación juega malas pasadas, habrá sido por lo de su nombre —le dijo Reme riendo.

—No huele a fruta. Es algún perfume muy personal —les informé.

—Yo sé bien a qué olía, la única que le ha olido aquí el hombro he sido yo —me dijo Reme orgullosa.

—Ya —murmuré.

Me hubiese encantado darle envidia contándole que estaba muy equivocada, que la noche anterior lo había tenido tan cerca que casi le besé. Pero no podía, no quería que lo supieran porque me sentía mal por Marcelo. Si lo hacía tendría que confesarles mis dudas sobre nuestra relación y no me creía preparada para dárselas. Ni siquiera yo sabía todavía a qué eran debidas exactamente.

—¿No os da vergüenza babear así por un tío estando casadas? Y lo tuyo es aún peor, Maite, estás recién parida —bromeé, para darle naturalidad a la situación.

—¿Qué tonterías estás diciendo? No tiene nada de malo reconocer que un chico está bueno. Sigo teniendo ojos a pesar de haber parido un bebé —me dijo Maite.

—Déjala, está tan emocionada por lo de las obras de su casa que no sabe lo que dice. Ya se dará cuenta cuando lleve unos cuantos años casada —le dijo Reme.

—Será por eso —contesté.

Reme y Maite continuaron hablando sobre Helios, sobre su olor, su manera de moverse y su forma de sonreír; mientras yo limpiaba distraída el estropicio que había formado con la magdalena. No podía dejar de pensar en él, en sus dedos tocando mi mano y en su tentadora invitación y, al recordar lo cerca que estuvieron sus labios de los míos la noche anterior, tuve que darme la vuelta para que mis amigas no me vieran cerrar los ojos, suspirar y sonreír.

—Cuidado, Melón, no pises por ahí —me advirtió Marcelo.

—Es muy tarde. Deja ya eso —le pedí.

Pero él hizo oídos sordos, a pesar de haber estado arrancando el suelo antiguo de nuestra cocina durante horas, siguió colocando las nuevas baldosas con plena dedicación.

—Quiero terminarlo esta noche, ya sabes que yo no necesito dormir mucho —me dijo.

—¿Por qué haces siempre eso, Marcelo? No es necesario que intentes ser más fuerte que nadie. No eres una máquina, eres una persona.

Marcelo se puso de pie, con las manos y la ropa llena de cemento, y me dijo:

—El trabajo duro es lo que nos hace personas. Un vago es una máquina, pero con los cables pelados. Los hombres de verdad son los que mantienen a sus familias.

No había manera, Marcelo siempre tenía que demostrarse a sí mismo que podía con todo. Su filosofía de vida era la fuerza y el tesón, como si ese fuera su deber por haber venido al mundo. Sabía que lo habían educado así, que tenía esa mentalidad porque se la había moldeado su familia. Pero él ya era mayorcito y no había necesidad de que demostrara que era “un hombre de verdad”. Esa expresión tan ridícula era de mi suegra.

—Los hombres también se cansan, Marcelo. Eso no te hace menos hombre que a otros.

—¿Por qué me dices esas cosas? Lo hago por ti —me dijo impresionado.

—Pero, ¿por qué? Yo no te pido que lo hagas. Al contrario, lo que te estoy pidiendo es que te lo tomes con calma. No tenemos prisa por terminar la cocina —le respondí.

—No te entiendo, yo sí tengo prisa. Quiero casarme contigo y que tengamos nuestra propia casa —me dijo.

Después de decirme eso, ya no supe si le estaba pidiendo que parara para

que descansara o para que no terminara la reforma. Me sentí una desagradecida odiosa, una mentirosa que le estaba manipulando sin piedad. Pero sí que sentía piedad por él, ese era el problema, que me daba cuenta de que lo único que empezaba a sentir por Marcelo era compasión. ¿Cómo me había pasado eso? ¿Y cuándo comenzó? No lo sabía exactamente, pero al pensarlo me dieron muchas ganas de llorar.

—Al menos, cómete el sándwich —le dije apenada. Lo saqué de la bolsa, le quité el papel film y se lo ofrecí. Se lo había preparado en mi casa al salir de la tienda porque sabía que estaría allí, poniendo baldosas sin descanso para terminar cuanto antes nuestra casa, y era lo mínimo que podía hacer por él.

—No lo quiero. Comeré cuando haya terminado de poner el suelo —se negó.

—Marcelo... —le advertí.

—Vete a casa, Melón, estarás cansada —me dijo.

—No pienso irme hasta que te lo comas —le reté.

—No necesito comer para poner baldosas, tengo energía de sobra —insistió.

—Có-me-te-lo —le volví a decir, ahora muy seria.

—No me gusta esa cosa. Seguro que es atún con lechuga y mayonesa sin todo lo que hace que esté buena —se empeñó cruzándose de brazos.

—No lo desprecies, porque el día que vivamos juntos te vas a hinchar —le amenacé.

—Que te lo crees tú, no pienso comer nada que no haya estado bañándose en un charco de barro —me respondió.

—Ah, ¿sí? ¿Piensas comer ranas? —le dije.

Marcelo puso cara de extrañado y me contestó:

—Cerdos. Sólo comeré cerdos.

—Te estás empezando a parecer a tu madre —le avisé.

—¿Qué tiene mi madre que ver en esto, Melón? —me preguntó.

—Todo. Tiene que ver todo. Ella es quien te ha hecho así —le contesté.

—Así, ¿cómo? —quiso saber.

—No te das cuenta, pero te ha metido unas ideas tan retrógradas en la cabeza que te pierdes las cosas buenas de la vida —le dije.

—¿Reti qué? ¿Puedes hablar en español? Yo no fui de viaje de fin de curso a Canarias como tú —me dijo perplejo.

—Claro, ¿cómo ibas a ir? Mientras todos los niños estaban pasándoselo bien, tu madre te tendría ordeñando cerdos —le contesté.

—Para ser tan inteligente sabes bien poco de campo, Melón —me dijo.

—Ha sido un lapsus, sé perfectamente que los cerdos no se ordeñan —le respondí.

—No sé qué es un lupus. Pero si es algo de la tensión, que te lo mire el médico —me respondió.

—Al psiquiatra tendré que ir, ¡porque entre tu madre y tú me vais a volver loca! —exclamé desesperada.

—Pero si parece que ya lo estés. Mira la que estás formando porque no quiero comerme un bocadillo de lechuga. No sé qué te está pasando, pero la culpa no es de mi madre, ni tampoco mía —me respondió. Se me quedó mirando y vi en su cara que le empezaba a extrañar seriamente mi comportamiento. Que Marcelo fuera un chico demasiado sencillo y poco sofisticado no quería decir que fuera tonto, y a mí me estaba empezando a costar disimular.

—No te pongas así, lo estoy haciendo por tu bien —le dije.

—Vete a casa, Melón, tengo que terminar esto —me volvió a pedir. Se dio la vuelta, se puso de rodillas y continuó poniendo cemento en el suelo con la llana dentada, dando la discusión por finalizada.

Me lo quedé mirando sobre él y sacudí la cabeza. ¿Por qué no podía ser un chico normal, uno que tuviera interés en evolucionar? Alguien de su tiempo. Sabía que era capaz de hacerlo, que tenía todo lo que hacía falta para ello. Pero Marcelo no quería y eso me desesperaba porque sabía que no podía hacer nada para convencerlo. Cada uno escoge sus ideas y su camino en la vida, yo no era nadie para hacerlo por él. Lo único que podía hacer era decidir si aquello era lo que quería para mí o no.

Volví a envolver el sándwich, lo metí en la bolsa y se la dejé en el suelo; arrepentida de haberle mencionado a su madre. ¿Qué culpa tenía él? Marcelo no la había escogido antes de nacer, ni tampoco había elegido la educación que le había dado. Pero de lo que sí tenía culpa era de ser tan cabezota y eso me hacía tener siempre un dilema con él. Marcelo podía contentarme con pequeños detalles, como dejar el suelo hasta el día siguiente y sentarse tranquilamente a comer. Al menos, para que yo no me fuera a la cama sufriendo, sabiendo que estaba allí deslomándose sin cenar después de haber estado toda la mañana trabajando en la ganadería. Pero no lo hacía, necesitaba sentirse un bestia, y su falta de razonamiento me ponía furiosa.

Resoplé mientras me alejaba de él, al cerrar la puerta respiré hondo para intentar calmarme y me fui cuesta arriba a mi casa.

—¿Qué te pasa? —me preguntó mi madre. Creí que podría engañarla, pero estaba visto que no. Me había sentado en la cocina para comerme un yogur mientras ella se hacía su café de antes de dormir y enseguida me di cuenta de que había sido un error.

—¿Por qué tendría que pasarme algo? Parece que siempre estés llamando al mal tiempo —le dije.

—Yo no llamo al mal tiempo, tú solita te encargas de que te pille una tormenta —me contestó.

—¿Se puede saber a qué te refieres? Qué es lo que he hecho mal ahora, a ver. ¿He pisado el suelo recién fregado? ¿No he bajado la tapa del váter? ¿Le he dado la vuelta a mis bragas en lugar de cambiármelas? —le pregunté.

—Pues no lo sé, porque no controlo lo que haces con tus bragas. Lo mismo que le pasa a tu novio —me dijo.

—¿Qué estás diciendo...? —exclamé quedándome boquiabierta.

Se me aceleró el corazón, no sabía exactamente de qué me estaba hablando y me asusté al pensar que se había enterado de que la noche anterior había estado con Helios. ¿Cómo? No lo sabía, pero mi madre se enteraba de cosas que ni la CIA se podría imaginar. Y encima sin preguntar. A veces pensaba que además de vender droga hablaba con el más allá. Es decir, con gente de pueblos más allá del nuestro.

—Lo que te estoy diciendo es que no es normal que los sábados por la noche estés en casa. ¿Dónde te has dejado a Marcelo? ¿Le has dado bromuro para que no se le levante la bandera y lo has metido en la cama? —me preguntó.

Su comentario me sentó fatal, pero al mismo tiempo sentí un gran alivio. Al menos, no se había enterado de mi fuga nocturna a la playa.

—Mamá, échate un novio. Piensas demasiado en el sexo —le aconsejé.

—A lo mejor me podrías prestar el tuyo. Como tú no lo quieres... —me insinuó.

—No sé qué tienes últimamente contra mí, pero te recuerdo que soy tu hija —le dije. Crucé las piernas y rebañé con rabia el yogur, haciendo ruido con la cuchara.

—¿Qué podría tener en contra de ti, aparte de querer que seas feliz? —me cuestionó muy seria, con una mano en la cintura.

—Mamá, no me pasa nada, ¿vale? No sé por qué te empeñas en intentar lavarme el cerebro, yo estaba muy tranquila hasta que tú empezaste a decirme

cosas desagradables —la culpé.

Mi madre negó enérgicamente con la cabeza y me dijo:

—No te he dicho nada que tú no supieras. Te puedes hacer la tonta todo lo que quieras, pero a mí no me engañas. Necesitabas que alguien te lo dijera, y para eso estoy yo.

Su acusación me provocó un nudo en la garganta, lo hacía todo más real. Mientras lo tenía ahí dentro escondido, como un secreto hasta para mí, podía hacer como si no pasara nada, podía decirme a mí misma que todavía me ilusionaba casarme con Marcelo. Pero ahora que mi madre comenzaba a refregármelo por las narices ya no podía escondérmelo. Todo se estaba desencadenando con mucha rapidez y había una testigo: la pesada de mi madre.

—Te estás equivocando. ¿Vale, mamá? Sólo estoy un poco nerviosa por el fin de las obras. Para tu información, Marcelo está en este momento poniendo el suelo de la cocina y por eso estoy un sábado por la noche aquí —le mentí a medias. Necesitaba pensar más sobre el tema sin que mi madre me agobiara. Sólo llevaba unos días con aquel runrún, todavía podía ser algo pasajero. O esa esperanza tenía.

—Si tu padre estuviera aquí, no le gustaría nada ver esto —me dijo mi madre. Bajó el tono, pero le dio más dramatismo a su voz.

—¿Qué estás haciendo? Intento tomarme a broma tus salidas de tono, pero ya estás cruzando el límite de lo que puede tener gracia —le contesté.

—Nosotros no te tuvimos para esto. Tu padre te llevaba en el barco a pescar para que vieras los peces nadando en el mar, para que entendieras lo grande que es el mundo y lo importante que es la libertad. Te pusimos el nombre más bonito que encontramos para que supieras lo especial que eres y te criamos sin religión para que pudieras escoger en qué creer. Y mira el camino que has elegido, ser igual que todas las cotillas de este pueblo, esa panda de amargadas que critican todo lo que ellas quisieran hacer y no se atreven —me echó en cara.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho tú con tu vida? —se la devolví sorprendida. No esperaba que se pusiera tan profunda y eso me impresionó—. Llevas veinte años casada con un fantasma, lo único que haces es sentarte a leer en el salón frente a la fotografía de mi padre. No sales con ningún hombre ni te cae bien nadie del pueblo, sólo sabes reírte de todo el mundo y decir cosas para importunar. Te gusta hacerte la rara porque te crees especial.

Mi madre asintió lentamente y, después de fulminarme unos segundos con

la mirada, me dijo:

—Yo me siento cada día a leer delante de la fotografía de un muerto, pero tú jamás sabrás qué es estar enamorada. Te casarás con Marcelo porque eso es lo que esperan de ti, y tendrás hijos que querrás sólo porque también serán tuyos. Los mirarás y recordarás que siempre estarás atada a él. Y a su familia. Y a todo lo que no te gusta. Por mucha distancia que quieras poner más tarde entre los dos, nunca será real. Marcelo, ese simplón que ya no quieres, siempre estará en tu vida.

—¿Por qué eres tan cruel? Yo quiero a Marcelo, no hables así de él —le dije con el labio tembloroso. En un visto y no visto se me llenaron los ojos de lágrimas y temí no poderlas frenar.

—No entiendes nada de lo que te digo. Y si sigues así, nunca lo harás. Ríete todo lo que quieras de mí, pero yo soy mucho más valiente que tú. A mí nada me pareció un sacrificio por tu padre. Nunca me importó lo que iban a decir de mí, porque *yo sí* lo quería de verdad —me soltó. Cogió su taza de café y se fue con ella al salón, dejándome allí pasmada, como si me acabara de dar un guantazo sin manos. Quizá yo me había pasado con ella, pero me parecía que mi madre se había extralimitado conmigo mucho más.

Cuando fui capaz de salir de mi asombro, la rabia empezó a crecer en mí. Me levanté de la silla y me fui decidida al salón. Me puse frente a mi madre, que ya estaba leyendo en el sofá como si no hubiera pasado nada, y le dije:

—Estás tan obsesionada con mi padre que tienes delirios. Fantaseas pensando que eres la protagonista de una película. Tú no tuviste que sacrificar nada por él y nadie te juzgó. Fuiste una pareja como hay millones, sosa y normal. Deja de creerte la heroína de esos libros que lees, o cualquier día de estos vendrán a ponerte una camisa de fuerza.

Mi madre me miró, levantó las cejas y me respondió:

—Qué sabrás tú. Anda, acuéstate, con un poco de suerte mañana te levantarás como nueva. Como una nueva persona, quiero decir. Aprovecha el tiempo que te queda para dormir sola en tu cama, porque dentro de poco aborrecerás a la persona con la que tienes pensado dormir. Si no lo has hecho ya. —Se puso más cómoda y reanudó su lectura, suspiró sonriente y me ignoró.

Más enfurecida que un momento antes, subí las escaleras hasta mi habitación y me metí allí dando un portazo. Apreté los puños conteniendo mi rabia, pero las palabras de mi madre me habían dolido y mi enfado enseguida se convirtió en tristeza. Di un salto y me tiré en plancha sobre la cama

llorando desconsolada. Veía que la cosa iba de mal en peor y que lo que hacía nada eran pequeñas dudas se estaban convirtiendo en un gran problema. Me sentía obligada a decidir algo que no había tenido tiempo de considerar. O sí, quizá podría haberlo hecho mucho antes y no quise darme cuenta. Quizá nunca debí pensar que era normal que con el paso del tiempo el amor se desgastara y se convirtiera en rutina. No debía haberme conformado con eso, ni dejar que Marcelo mantuviera la ilusión por los dos.

Todavía llorando, me senté en la cama y abrí el cajón de mi mesilla de noche. Saqué mi álbum de fotos —uno hecho por mí años atrás con tapas de cartón, cordón y flores secas—, lo abrí y me puse a mirar todo lo que guardaba allí: un montón de momentos que me habían hecho feliz. Observé una fotografía de Reme, Maite y mía hecha diez años atrás; sentadas en la fuente de pared del pueblo, junto al limonar. Otra de Marcelo jugando con su perro en el patio de su casa, el único animal que nunca mataría para comérselo. Y, unas páginas más allá, una foto de mi padre posando conmigo. Yo era muy pequeña, tendría unos dos años, estaba montada en un cochecito de pedales y él me había empujado desde atrás haciéndolo rodar hacia adelante. Yo tenía la boca abierta en una mueca de horror, pero mi padre reía mirando a la cámara y parecía tan vivo que era como si me mirara desde el papel. No era así, claro, sólo era una foto. Pero, de alguna manera, mi madre lo había llevado de vuelta a la vida aquella noche y yo le devolví su mirada congelada en el tiempo, preguntándome cosas como si él las pudiera oír. Miré el barquito de madera que tenía sobre la mesilla, uno que me había hecho poco antes de morir y en el que había escrito con un pincel “El Coral del Mar”: el nombre de su barco de pesca. En realidad, no recordaba haber navegado con mi padre, no era consciente de lo que me acababa de decir mi madre, sólo tenía el recuerdo de sentir que me quería como a nadie y algunas imágenes que relacionaba con él no sabía si eran recuerdos verdaderos o cosas que había oído aquí y allá. Ya no sabía qué era ficción y qué era realidad, los años estaban haciendo que dejara de recordarle con claridad. Con el paso del tiempo mi memoria se emborronaría aún más, hasta hacer que mi padre sólo fuera alguien que recordara de una fotografía. Seguiría sabiendo qué me unía a él, pero mis recuerdos serían cada vez más confusos.

Una lágrima rodó por mi mejilla y, antes de que la pudiera parar, cayó en la fotografía. Pasé la mano por encima para secarla y entonces volví a fijarme en la cara de mi padre, quien reía para mí más de un cuarto de siglo después. No supe por qué, puede que porque aquello era lo que deseaba, pero me

pareció que intentaba decirme algo. Me tomé su expresión despreocupada y feliz como un diálogo silencioso conmigo. Quizá me intentaba decir que no tuviera miedo a lo desconocido, que podía ser genial, como mi viaje en aquel cochecito en el que me empujaba en la foto a pesar de que yo parecía horrorizada. A lo mejor me animaba a hacer lo que me apetecía en aquel momento, sin pensar en las consecuencias, sólo en pasarlo bien. Quizá me empujaba a acudir a esa cita a la que tanto miedo me daba ir...

Fui hasta mi armario, lo abrí y saqué con sigilo lo que tenía escondido dentro: la toalla de Helios. Hundí mi cara en ella intentando encontrar su olor y al notarlo ligeramente cerré los ojos pensando en él. Volví a oír el sonido de las olas y a sentir la agradable soledad de la playa. Tuve de nuevo la sensación de que agarrada a él el mundo no existía, que teniéndolo cerca no me preocupaba nada de lo que pudiera pasar. Cogí mi biquini, me cambié de ropa y, sin pensármelo dos veces, me dejé llevar por ese momento místico con mi padre. Tomé las mismas precauciones que la noche anterior y me volví a fugar.

Suspiré ilusionada antes de acercarme a él. Lo había visto tumbado en la arena cerca de la orilla, desde los escalones que bajaban de la carretera, pero paré un momento para observarlo en secreto antes de que me viera. Al aproximarme por detrás y llegar hasta Helios sonrió sin mirarme. Siguió contemplando el cielo como si mi llegada fuera algo natural, como las olas que iban y venían en el mar. Me senté a su lado, miré también hacia el cielo estrellado y le dije:

—Qué casualidad volver a encontrarte aquí.

—La vida está hecha de casualidades, ya lo ves —me respondió. Giró la cara hacia mí y rió un instante.

—Puede ser, pero sospecho que algunas cosas no pasan por azar —bromeé en vista de la evidencia.

Tenía muchas ganas de volverlo a ver pero, ahora que estaba allí, no sabía cómo comportarme. Empecé a sentirme cohibida imaginándome sus intenciones. No sabía qué era lo que esperaba de mí, ni cómo reaccionar si se me insinuaba.

—Yo tampoco lo creo. Todo pasa por algo —me comentó. Y miró hacia el horizonte, ahora pensativo y ausente.

Me pareció que le daba vueltas a algo que yo mataría por saber. Pero se quedó callado y, a pesar de que lo miraba mostrando curiosidad, estaba claro que eso le daba igual.

—¿Qué es lo que escondes? —le pregunté, cada vez más intrigada. Pero en aquel momento no lo hice para conseguir un cotilleo en exclusiva, ni para que mis amigas se sintieran orgullosas de mí, fue porque Helios en realidad me interesaba. Me empezaba a apasionar todo lo que viniera de él.

—Seguro que no escondo tanto como tú —me respondió.

—¿Como yo? Yo no escondo nada —le dije.

Helios se puso boca abajo, apoyó los brazos en la arena y giró la cabeza hacia mí, en una posición más cómoda para iniciar una conversación.

—A mí no, pero a los demás sí les escondes algo. Sé que soy el único que conoce tu secreto —me dijo.

Me imaginé que se refería a nuestra cita, o a nuestro tonteo, y me dio corte que lo mencionara.

—Esto es una gozada de noche, ¿verdad? —le pregunté haciéndome la tonta. Apoyé las manos en la arena detrás de mi espalda, eché la cabeza hacia atrás y solté un suspiro, para fingir lo tranquila que estaba.

—¿Por qué sigues con él? —me preguntó.

Mi estómago se encogió de repente.

—¿Con quién? —le pregunté nerviosa. Era obvio a quién se refería, pero me pilló por sorpresa que fuera tan directo y no supe cómo esquivar la pregunta.

—Algo falla y no quieres verlo, ¿verdad? Quizá le quieras, pero ya no estás enamorada... —me dijo. Me miraba como si intentara leer mi mente y me sentí tan indefensa que pensé que había sido un error presentarme en la playa.

—¿Pero qué dices? —exclamé riendo. Se me estaba acelerando el pulso y no quise que se diera cuenta—. Claro que estoy enamorada de mi novio. ¿A qué viene eso? Ni siquiera me conoces, no sabes nada de mí.

—No necesito conocerte para saber que si estás aquí es porque algo va mal. Si fueras tan feliz con él no habrías venido —me respondió. No lo hizo con superioridad, me habló mostrándose comprensivo, y eso hizo que bajara la guardia. Agaché la cara y me mordí el labio, sin importarme ahora que supiera que había dado en el clavo—. No te sientas culpable por algo que no puedes evitar. A veces las cosas no salen como habíamos planeado y cancelar esos planes siempre afecta a los demás. Pero todo el mundo tiene derecho a rectificar. Estás a tiempo y en tu derecho de dar un paso atrás, si eso es lo que quieres —me comentó.

—No es tan sencillo —admití.

—Bueno, las cosas importantes nunca lo son —me respondió.

—Pero también son importantes para él, no puedo hacerle eso —le expliqué con tristeza.

Helios negó con la cabeza, desaprobando mi excusa.

—¿Crees que le harás un favor casándote con él? Le estás negando la oportunidad de pasar su vida con alguien que le quiera de verdad, a mí eso no me parece generosidad —me contestó.

Me quedé pensando en eso. Visto así, tenía razón. Pero yo sí quería a

Marcelo. Quizá ya no sentía mariposas en el estómago al verlo aparecer, ni soportaba cosas de él que antes no me importaba pasar por alto, pero seguía teniéndole un cariño muy grande. Marcelo era como de mi familia, me resultaba muy difícil romper esa conexión que teníamos.

—Sea lo que sea lo que siento por él, es de verdad —me defendí haciendo garabatos en la arena.

Helios me miró asintiendo. Pero no dándome la razón, fue más bien un gesto de retirada, no iba a continuar intentando convencerme.

—Está bien. No quiero meterme donde no me llaman, pero... intenta disimular delante de los demás. Has puesto una cara de culpabilidad en cuanto te lo he mencionado que te has delatado tú sola —me advirtió.

Genial, ya había dos personas que se habían dado cuenta de lo que me pasaba. Cada vez me sentía más acorralada, presionada para que tomase cartas en el asunto. Uno que me daba pavor. La cosa se estaba poniendo demasiado seria, yo no había acudido a la cita con Helios para estar triste ni para volver a la conversación que había tenido con mi madre. Sólo quería verlo y pasármelo bien, así que intenté cambiar de tema.

—Acabo de caer en tu trampa, ¿verdad? Me has provocado para sacarme información, y se suponía que la cotilla era yo... —le dije mirándolo con picardía.

—Eso está muy bien, el primer paso para la rehabilitación es reconocer el problema —me dijo dándome ánimos.

—¡Para mí no es un problema! ¿Qué tiene de malo interesarse por la vida de los demás? Eso es de agradecer, el mundo se está volviendo un lugar muy solitario donde todo el mundo va a lo suyo —me justifiqué. Aunque su comentario me hizo gracia, si hubieran puesto una clínica en Fuente del Limonar para rehabilitar chismosas se hubieran quedado sin plazas.

—Tienes razón. Vamos a ver, ¿qué vas a decirle a tu novio cuando se acerque el día de la boda y ni siquiera te apetezca hacer la lista de invitados? Porque me interesa saberlo. Sentarás a gente que se odia en la misma mesa y la celebración acabará en tragedia, ya lo verás. En cuanto beban un poco la masacre se desatará —me aseguró.

—Mi vida es muy aburrida, hablemos mejor de la tuya —lo volví a intentar.

—¿Aburrida? A mí tu vida me parece apasionante —insistió—. ¿Cómo es posible que lleves catorce años saliendo con él? ¿De verdad? ¿¡Catorce! —exclamó fingiendo estar impresionado. Aunque no era necesario que lo

fingiera, a cualquiera le habría impresionado. Me estaba empezando a asombrar incluso a mí—. Se te habrán acabado las excusas para no casarte — me dijo divertido.

—No estés tan seguro, tengo mucha imaginación —le respondí. Me lo podía haber tomado mal, pero esa verdad era tan ridícula que parecía de chiste. Además, estaba hablando de algo que sólo había podido compartir con él y hacerlo, en cierta manera, me había aliviado un poco. Parecía que ya no me pesaba tanto como antes de llegar. Lo había dejado salir a la luz y estaba tranquila sabiendo que mi secreto estaba a salvo con Helios.

—Anda, ven —me dijo. Se tumbó boca arriba agarrándome la mano y entendí que quería que yo también lo hiciera. Pero no nos tumbamos uno justamente junto al otro, lo hicimos en un ángulo de cuarenta grados, unidos por las manos con nuestras cabezas tocándose como si fuéramos las manillas de un reloj—. ¿Ves esas estrellas de ahí? —me preguntó, a lo que yo asentí a pesar de que era difícil saber a cuáles de ellas se refería—. Nadie les dice dónde estar, ni tienen que dar una razón para estar ahí. Están tan lejos que parecen cosidas al cielo. Pero no es así, algunas viajan. ¿Y sabes qué indica que el desplazamiento de una estrella sea mucho más grande que el de las demás?

—No —le respondí. En realidad me daba igual su contestación, sólo quería que siguiera hablando. Estaba en el paraíso oyendo su voz con el sonido del mar de fondo, sintiendo su mano en la mía y la brisa pasando sobre mí. No pude evitar pensar cómo sería aquella conversación si la estuviera teniendo con Marcelo. No habría conversación, ni siquiera la entendería.

—Que está muy cerca del sol —me dijo.

—Ah —contesté. Me sentí un poco Marcelo, me quedé pensando en lo que me acababa de explicar porque supuse que vendría a cuento de algo, de alguna cosa relacionada conmigo y mi problema. Algo así como una metáfora, pero no conseguía pillarla.

—¿Me estás comparando con una estrella? —le pregunté mirando el cielo como él, cada uno tumbado en una dirección.

—Ajá —me respondió.

—Me intentas decir que sólo yo tengo derecho a decidir qué camino tomar —le sugerí.

—Eso es —me contestó.

—¿Pero qué tiene que ver el sol con eso? —le cuestioné.

Helios no me contestó. Giró su cara hacia mí para mirarme, se rió y después volvió a su posición de antes, dejándome igual.

—¿Te apetece dar un paseo por la orilla? —me preguntó poniéndose de pie.

—Bueno. ¿Pero a qué venía eso? —le volví a preguntar.

Él me dio la mano y tiró de mí ayudándome a levantarme.

—Venga. Sólo era una tontería —me respondió.

Me quedé frente a él todavía dándole vueltas a aquello, observándolo mientras intentaba descifrarlo, y pensé que era curioso que estuviéramos cogiéndonos confianza con tanta rapidez. Consideré que, en mi caso, a lo mejor era debido a que estaba demasiado desesperada y que necesitaba que alguien, quien fuera, me rescatara. Pero no podía ser sólo por eso, porque observé en silencio sus ojos tan brillantes, su bonito pelo rizado y su sonrisa, y me pasó como siempre: me derretí como un helado bajo el sol. Helios me gustaba muchísimo. Para mí era una pasada estar con él, cerca de esa energía que sentía que tenía. No habían podido ponerle un nombre mejor, el del Dios del Sol.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres irte? —me preguntó al ver que no me movía.

—No... —le respondí. Sonreí mirándole de medio lado, porque acababa de descubrir de qué iba aquello de las estrellas y el sol. Tenerle cerca podía hacer que yo acabara poniéndome en movimiento, haciendo cosas que entonces no me atrevía a hacer ni a decidir. En cierta manera, que Helios era un peligro para mí. Estaba empezando a girar alrededor de su órbita atraída por su magnetismo y parecía que no lo podía evitar—. ¿Por qué entiendes del cosmos? ¿Eres profesor de ciencias naturales, o algo así? —le pregunté.

—Soy astronauta —me respondió.

—¿De verdad?? —exclamé asombrada.

—No —me contestó.

Solté una carcajada y le dije:

—Eres muy tonto.

—¿Te has creído que soy astronauta y el tonto soy yo? —me dijo riendo.

—Bueno, es que aquí somos así. Cuando llega un desconocido siempre sospechamos que viene del espacio —le dije.

—Claro, es la opción más probable —me respondió.

—Pues no estoy tan segura de que tú no encajes en esa probabilidad. Dime, ¿a qué has venido? ¿Eres de otro planeta y estás haciendo un estudio de mi especie? ¿Quieres llevarte nuestras muestras biológicas para

analizarlas...? —le pregunté en un tono intrigante.

Helios se cruzó de brazos y me miró con la cabeza ladeada, después miró un momento hacia el mar y me dijo:

—Vale, me has descubierto. Ahora tendré que raptarte y llevarte conmigo para que no vayas largándolo por ahí.

La idea de que me llevara con él me encantó. Donde él quisiera. Sonreí cortada y bajé la mirada, pero conseguí recomponerme y continué con lo mío.

—¿Y qué has descubierto hasta ahora? ¿Podría ver tus anotaciones? Me interesa saber si hay algo ahí relacionado con la señora del sonotone. Ya sabes, la que dice ser tu abuela. Esa que no se habla con tu madre... —le insinué.

—¿Por qué eres tan pesada? —me preguntó al darse cuenta de mis intenciones.

—¿Yo? ¿Pero qué he hecho ahora? —dije haciéndome la inocente.

—No tienes remedio. Voy a tener que diseccionarte y estudiarte en profundidad, lo tuyo es tan inaudito que me tiene fascinado —dijo observándome con impostado asombro, con su cara a un palmo de la mía.

—Bueno, no te pongas así. Yo también quiero estudiar tu especie —le contesté. Estaba tan cerca de mí, mirándome con toda su atención, que pensé que volvería a intentar besarme. Pero finalmente se movió hacia atrás y eso me salvó la vida, estaba conteniendo la respiración y ya me estaba empezando a faltar el oxígeno.

—¿Por qué sientes tanta curiosidad por mí? —me preguntó. Parecía que realmente no lo entendiera.

—Habrás notado que aquí no hay demasiado que hacer —le respondí.

—¿Y es sólo por eso? —me preguntó.

No sabía qué contestarle, claro que no era sólo por eso. Pero no podía confesárselo, en mi situación con Marcelo no era plan.

—¿Y tú? ¿Por qué querías quedar conmigo esta noche? —le pregunté para no tener que responder.

—¿Me lo estás preguntando en serio? Hace mucho tiempo que no quedas con un hombre, ¿verdad? —me preguntó. Abrí los ojos sorprendida, pero al instante Helios se echó a reír. Aunque no supe si fue porque aquello me lo había dicho en broma o porque le hizo gracia mi cara de asombro—. Me alegro de haberme encontrado contigo. Me estás haciendo mi estancia aquí mucho más llevadera de lo que creí que sería —me dijo.

Lo miré y sentí el impulso de interrogarle utilizando alguna técnica de

tortura china. Noté verdadero agradecimiento en su cara y en su tono de voz y quise saber a qué se debía que hubiera pensado que su estancia en el pueblo iba a ser difícil. Pero no lo hice porque, por una vez, pensé que no estaba bien que me entrometiera en su vida. Supuse que no debía escarbar en algo que parecía que le incomodaba. O que quizá le dolía. Sólo quería estar allí con él y no lo pensaba estropear.

—Yo también me alegro de que hayas venido —le respondí.

Helios suspiró y me acarició la mejilla. Las olas continuaron acompañándonos con su vaivén en la orilla y por un momento no hicimos nada más, ni siquiera hablar.

Paseamos por la playa hasta bien entrada la madrugada. Me lo pasé tan bien charlando y riendo con él que las horas se me pasaron volando, no quería que la noche acabara. Sabía que cuando saliera el sol tendría que hacer como si nunca hubiera estado allí con Helios, como si nada hubiera pasado. Pero eso no era verdad, algo importante estaba ocurriendo. Ya nada era como antes, yo no era la misma de siempre, y me angustiaba darme cuenta de que tampoco quería volverlo a ser.

—Esto es muy raro. ¿A qué viene que nos encontremos aquí? —le susurró Reme a Maite.

—Tiene lo mismo de raro que cualquier otro sitio. Nada. Y es más seguro que mi casa, en este momento la tienen vigilada —le respondió Maite, susurrando también.

—¿Qué tiene eso de novedoso? Aquí se vigilan todas las casas, sólo nos falta tener que fichar al entrar y al salir —le comenté bajito.

—No os quejéis tanto y confiad mí, Sole sospecha que sé cosas importantes —dijo Maite.

—¿¿Sabes cosas importantes?? —le preguntó Reme subiendo la voz.

—¡*Chist!* —la calló Maite.

Las pocas personas que estaban en misa, en los bancos frente al nuestro, volvieron la cabeza para mirarnos. Yo tampoco entendía por qué teníamos que encontrarnos en nuestra pequeña iglesia un domingo por la mañana, cuando jamás aparecíamos por allí. Me parecía más sospechoso que nos vieran en misa que hablando en plena calle.

—Sole fue ayer a mi casa a llevarme los melocotones de su huerto y me oyó hablando con mi madre sobre la madre de Helios. Creo que no llegó a enterarse de los detalles de la conversación, pero la vi pasando por delante de la ventana de mi salón, esperé y no llamó al timbre. Me levanté del sofá sin hacer ruido porque empecé a sospechar. Abrí la puerta de la calle y casi se cae de boca al suelo, estaba apoyada poniendo la oreja —nos explicó Maite.

—¡Qué asco de cotilla! —exclamé dando un respingo. Lo dije para disimular, porque lo que realmente me sobresaltó fue que mencionara a Helios, por muy normal que fuera entre nosotras hablar de él. Era oír su nombre y el corazón se me aceleraba, pensaba automáticamente en nuestros encuentros secretos. Volví a sentir miedo de que alguien se enterara de que nos estábamos viendo. ¿Y si alguien me había visto con él en la playa? ¿Y si Marcelo acababa enterándose? Me sentía en una montaña rusa. Me hacía feliz

tener aquella relación platónica con Helios, pero al mismo tiempo me horrorizaba poder pasar de ser una chismosa a convertirme en la protagonista de todos los cotilleos.

—Algo oyó, porque al instante me preguntó si mi madre sabía algo de la madre de Helios. Prácticamente la tuve que echar, no quería dejarla pasar y ella sujetaba la puerta con el pie para que no la cerrara. Era mejor que no os viera entrando en mi casa un domingo por la mañana, habría sospechado que nos hemos reunido de urgencia para hablar del tema —nos contó Maite.

—Chica, ¿pero qué es lo que sabes sobre el tema? Me tienes al filo de una embolia. No me hagas esto, ya sabes que tengo la tensión arterial por las nubes —le advirtió Reme. Se agarró al respaldo del banco de enfrente y puso los ojos en blanco, como si estuviera perdiendo el conocimiento.

—Creí que tenías la tensión baja. A ver si te aclaras —le dijo Maite.

—Sólo dice que la tiene baja cuando le apetece darle un tiento al vino que te lleva tu padre —le recordé.

—¿Qué insinúas? —dijo Reme ofendida—. El vino es lo mejor que se puede tomar para subir la tensión. Pregúntale a cualquier médico —se justificó recuperando la conciencia.

—Mírala, ya se le ha pasado la embolia —se rió de ella Maite.

—¡Milagro! —exclamé divertida.

Don Pancracio, el cura, dejó de recitar el texto de su Biblia, nos miró por encima de sus gafas y todos volvieron a girar la cabeza hacia nosotras.

—Al oír esto, Jesús le dijo a Jairo: “No tengas miedo. Cree nada más y ella será sanada” —retomó el cura su lectura.

—Amén —dije cortada.

—¡Olé, Jesús! —exclamó Maite aplaudiendo.

—¡Quiere decir aleluya! —la excusó Reme rápidamente. El cura nos volvió a mirar, ahora con cara de apetecerle fusilarnos—. ¿¿Olé, Jesús?? ¿Qué crees que es esto, un tablado flamenco? —le recriminó a Maite en un susurro.

—Bueno, la sacristía tampoco es un club de carretera, y ya sabes qué estuvo haciendo el cura ahí dentro... —le respondió Reme.

—En eso tiene razón —admití—. Oye, qué fresquita se está aquí. La próxima vez me traigo unas patatas fritas y una Coca-Cola —dije maravillada.

—Pues no creas que es mala idea. ¿Habrás wifi? Tengo Spotify —dijo Reme.

—Podrías tener un poco más de respeto, esto es un templo de fe —nos riñó Reme.

—No me hables de respeto. Cuando te cuente lo que sé te va a importar bien poco el cura y este *sa-gra-do* lugar... —le dijo Maite misteriosa.

—¿Pero qué es lo que sabes? —le pregunté intrigada. Miré a mi alrededor intentando encontrar alguna pista. Pero no lo conseguí, todo me parecía normal. Menos que la señora Antonia estuviera desgranando guisantes en misa. Tenía una bolsa de plástico a su lado, de la que sacaba las vainas, y otra sobre su regazo, en la que metía los guisantes ya desgranados.

—Ayer le pregunté a mi madre sobre la madre de Helios y resulta que la recuerda muy bien. Me ha dicho que siempre le llamó la atención, que era una chica extraña —nos contó Maite.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que extraña? —le preguntó Reme.

—Casi nunca sonreía. Era muy alocada, siempre iba para arriba y para abajo como si no encontrara su lugar. Salía mucho a divertirse, cosa que desesperaba a la señora Aurora, pero aun así parecía deprimida. Supongo que por eso a nadie le extrañó la versión oficial de su huída, que la habían internado en un psiquiátrico —dijo Maite.

—Esos son signos de alcoholismo, ya nos lo dijo Bernarda —dijo Reme.

—A mí no me dijo eso, no sé de dónde te lo has sacado —repliqué.

Sentí pena por la madre de Helios. La imaginé deambulando por el pueblo, triste y perdida en sus pensamientos, y supuse que debió de haberlo pasado mal. Me pareció horrible que su propia madre le hubiera hecho la cruz de esa manera tan cruel, anteponiendo su vergüenza de que se hubiera quedado embarazada a ayudarla en ese difícil momento, y no me extrañó nada que la pobre chica quizá necesitara empinar el codo para soportar vivir allí. Fuente del Limonar era un pueblo tan bonito que parecía una postal, pero la mentalidad de la mayoría de sus habitantes dejaba mucho que desear. Si ya era así en mis tiempos, no quería ni imaginarme cómo sería décadas atrás.

—Muy bien, era una cabra loca y le gustaba salir de fiesta. Pero eso ya lo sabíamos. Dime que te estás guardando algo gordo para el final, porque hace un momento me has creado muchas expectativas —le advirtió Reme a Maite.

—Tiene razón. Era un culo inquieto y parecía asqueada de vivir aquí. ¿Qué tiene eso de raro? —le pregunté a Maite.

—Por cierto, era amiga de tu madre —me dijo Maite.

—¿Eh? —exclamé.

—Sí, la madre de Helios y la tuya. Se las veía juntas en la plaza del

pueblo, les gustaba sentarse en la fuente a charlar por las noches —me respondió.

—¿Mi madre? —le pregunté extrañada.

—Sí, tu madre. ¿No sabes quién es? ¿Cuántas tienes? —me dijo Maite.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. En cuanto llegues a casa bombardéala a preguntas —me pidió Reme, haciendo que sintiera el peso de esa responsabilidad sobre mis hombros.

A mi madre no le gustaba participar en nuestros menesteres de cotillas. Odiaba que yo hubiera salido tan chismosa, no lo podía soportar, y por eso sabía que se iba a negar a colaborar. Empecé a sentirme presionada cuando Reme me encomendó aquella tarea. Si no conseguía sacarle información, Reme seguiría insistiendo y no me dejaría en paz.

—Algo muy raro ocurrió. La madre de Helios comenzó a pasarse por la iglesia justo unos meses antes de marcharse. Cosa que nunca había hecho, no era conocida precisamente por ser creyente y practicante, os lo podréis imaginar. Así que a mi madre le extrañó. Se presentaba aquí de vez en cuando a última hora de la tarde y, adivinad qué, se encerraba con el cura en la sacristía... —nos susurró Maite, dejando la duda en el aire.

Reme y yo nos miramos un instante con caras de sorpresa y Reme le preguntó:

—¿Qué insinuas con que se encerraban en la sacristía? ¿La estás metiendo en el mismo saco que a Bernarda?

—No estoy segura de que sea el mismo caso. La madre de Helios sería más apetecible. Ahora lleva dentadura postiza pero ya sabéis que Bernarda nunca ha tenido dientes. En su foto de boda ya le faltaban por lo menos diez —dijo Maite. Eso era cierto, el fotógrafo le podía haber pedido que llorara en lugar de reír. Cada vez que pasaba por delante de su casa veía la gran foto de su boda colgada en la pared de su salón, a través de la ventana, y no podía evitar que me entrara la risa. Parecía que un niño le hubiera rellenado los dientes con bolígrafo, sólo le faltaban las típicas gafas mal hechas y la verruga con pelos—. Mi madre estaba fregando el suelo de la iglesia y la puerta de la sacristía se abrió de repente —continuó Maite—. Golpeó la pared con fuerza y el estruendo hizo que mi madre diera un brinco hacia atrás. La madre de Helios salió corriendo de la sacristía en ese momento. Pasó a mi madre de largo sin saludarla y un segundo después el cura salió llamándola a voces. Estaba claro que intentaba disculparse con ella, pero al ver a mi madre se peinó el pelo con los dedos y sonrió, fingiendo que no había pasado nada.

Al terminar Maite su relato, las tres miramos hacia el púlpito observando mudas a Don Pancracio. Las teorías de lo que podía haber sucedido allí mismo muchos años atrás comenzaron a agolparse en mi mente y me imaginé que mis amigas y yo estábamos llegando a una conclusión muy similar.

—Tengan todos en alta estima el matrimonio y la fidelidad conyugal, porque Dios juzgará a los adúlteros y a todos los que cometen inmoralidades sexuales —sentenció el cura.

—Hijo de su madre, qué falso... —susurró Reme.

—¿Has visto? Es un cerdo con alzacuellos. ¿Cómo puede predicar todas esas tonterías sobre el sexo con lo que carga sobre su conciencia? Y pensar que ha bautizado a mi hijo —dijo Maite.

—¿Me creéis ahora? Ya os dije que esa chica sufrió una horrible violación —insistió Reme.

—No empieces con eso, Reme. Está claro que vivió algo desagradable aquel día en la sacristía, pero no estamos seguras de qué fue —la intenté calmar.

—Da igual que fuera consentido o no. Maite ha dicho que estuvo viniendo a menudo por aquí y que se encerraba con el cura ahí dentro. ¡Igual que hacía Bernarda! Creo que no me equivoco si digo que podemos considerar a este guarro depredador como un firme candidato para ser el padre de Helios —me respondió, mirando fijamente a Don Pancracio.

—¿Eh? —exclamé.

No me podía creer el giro que podía estar dando aquello. La vida real podía resultar ser mucho más sorprendente que una delirante suposición de cotilla. ¿Don Pancracio podía ser el padre de Helios? A ver, no era materialmente imposible, pero la idea me daba un poco de repelús. ¿Quién era ese hombre, un gigoló con una Biblia bajo el sobaco? Siempre había sospechado que los curas hacían “sus cosillas” a escondidas, pero no con tanta afición como el nuestro, quien parecía haberse cepillado a medio pueblo.

—¿Se parece a Helios...? —dijo Maite, mirando a Don Pancracio con la cabeza ladeada.

—¿Cómo se va a parecer a este? —le negué.

—Bueno, hay que reconocer que no es un adefesio. Y con treinta años menos estaría algo mejor —dijo Maite.

—Helios debe de parecerse a su madre, los curas suelen ser de genes flojos —dijo Reme.

—¿De verdad creéis que la madre de Helios tuvo un lío con Don Pancracio? Pero, ¿por qué? Ya sabemos que en Fuente del Limonar la mercancía no está para tirar cohetes, pero algo más tendría para escoger —les comenté.

—¿Qué es lo que te extraña de esta historia? ¿Que el cura no sea *célebre* o que en su juventud tuviera éxito con las mujeres? No se puede decir que la sotana sea una pieza de ropa, lo que se dice, sexi, pero el hombre no tiene tan mala planta —me dijo Maite.

—Por eso se fue del pueblo. Este era el escándalo que la señora Aurora intentó esconder mandando lejos a su hija. Y por eso jamás volvió a hablarle, esto debió de sentarle como un tiro entre los ojos —dijo Reme.

En aquel momento me sentí culpable por haber insistido en hurgar en la intimidad de Helios con tan poco tacto. Su silencio podía tener ahora mucho más sentido. Yo tampoco querría contarle algo así a cualquiera, sobre todo a alguien del pueblo, y me molestaría tanto que una extraña me lo intentara sacar como a él. Hay gente que te juzga por cosas en las que ni siquiera tú has tenido algo que ver, te señalan como si fueras un mono de feria sólo por ser el hijo del cura.

—Tengo hambre, yo me voy —dije poniéndome de pie. Sentí la necesidad de proteger a Helios y no quise seguir analizando aquel asunto a sus espaldas. No me parecía bien en mi situación, creía estar traicionando nuestra especie de amistad.

—Tranquilízate y míralo por el lado bueno. Helios nació y ahora tenemos un tío bueno más por el mundo —me dijo Maite.

—No es eso, estoy tranquila. Pero soy atea, así que no sé qué estoy haciendo aquí —me excusé.

—Se va a librar porque el tema ya ha prescrito. Pero este guarro se merece que todo el pueblo se entere de lo que hacía con una chica tan joven. Se aprovechaba de ella porque estaba tarada. ¿No lo veis? Debería caérsele la cara de vergüenza, esto se debería saber —dijo Reme.

—¡No! —la frené asustada—. ¿Qué pretendes, Reme? ¿Es que estás loca? Como alguien se entere de esto no van a dejar vivir a ese pobre chico, tendrá que irse antes de tiempo para que lo dejen respirar. Además, no estamos seguras de que Don Pancracio sea realmente su padre —le recordé.

—No estarás segura tú, pero yo sí. Todo encaja a la perfección —me respondió.

—En eso tenemos que darle la razón. Las fechas, la razón de irse para

siempre, los antecedentes del cura con Bernarda... Todo encaja —dijo Maite.

—Pues yo no estaré segura hasta que le hagan una prueba de ADN —dije cruzándome de brazos.

—Vale. De acuerdo. Pues se la haremos —dijo Reme convencida.

—¿Eh? —exclamé asombrada.

—Que me presto voluntaria para recoger sus fluidos corporales. Cambio las sábanas todos los días, Javi nunca se enterará. Pero los del cura los recoges tú —me respondió Reme.

Maite se echó a reír y entonces yo también reí aliviada. Por un momento, pensé que lo de la prueba del ADN lo decía en serio.

—Sabes que las muestras no se recogen así, ¿verdad? No hace falta que ese tío bueno se baje los pantalones —le dijo Maite a Reme divertida.

—No hará falta, pero sería un detalle por su parte. Una se cansa de ver siempre lo mismo —le contestó Reme.

—Por favor, qué desesperada estás —la acusé. Pero imaginarme a Helios quitándose la ropa a mí también me hizo suspirar. Es más, ya lo había hecho delante de mí, y recordarlo me hizo sentir un agradable escalofrío.

—Y tú estás muy mojigata últimamente. Pues te voy a contar un secreto, los tíos también hacen este tipo de comentarios sobre las mujeres. Incluso tu santo novio. Es algo normal —me dijo Maite.

—Ay, sí, hija. Te estás volviendo de un soso que no hay quien te aguante —me recriminó Reme.

Estuve a punto de confesarles en ese momento que me veía con Helios, para hacerme la moderna y poder defenderme de sus comentarios, pero la angustia de mi dilema con Marcelo me lo impidió. Aun tratándose de una anécdota emocionante, no era algo de lo que me sentía demasiado orgullosa si tomaba a Marcelo en consideración.

—Las señoritas del fondo, hagan el favor de sentarse y mantenerse en silencio. Esto no es un gallinero, es la casa de Dios —nos riñó Don Pancraccio desde el púlpito.

—Sí, ya... Esto no es un gallinero, es el coño de la Bernarda... —murmuró Reme.

—¿Pero qué os ha dado hoy? Como nunca aparecéis por misa no sabíais que aquí no se viene a charlar, ¿puede ser? —nos dijo la señora Antonia girándose hacia nosotras.

—Lo que no sabíamos es que aquí se viene a pelar guisantes —le dijo Maite.

—Los hago para no dormirme. Después de toda la vida oyendo el mismo sermón a los cinco minutos me entra sueño —le respondió la señora Antonia.

—Salgamos ya de aquí, estamos molestando —les dije a mis amigas. Estaba deseando irme. Ya no sólo por la historia de los líos del cura, también porque estar en la iglesia me hacía pensar en mi boda. Yo quería casarme por el juzgado, pero Marcelo y su familia eran creyentes y decía que a su madre le daríamos un disgusto si no pasábamos por el altar. Nunca entendí su argumento, el disgusto se lo iba a dar igualmente casándose conmigo. No quería ni pensar cómo sería nuestra boda. En lugar de una celebración, con la cara que tendría mi suegra, iba a parecerse más a un funeral.

Bajamos los escalones de la puerta de la iglesia y respiré hondo, exhalando hasta no dejar ni una gota de oxígeno en mis pulmones. Hacía un calor de mil demonios, pero salir a la calle fue una liberación para mí. Estaba empezando a obsesionarme con el intrigante pasado de la madre de Helios y sufría porque me sentía identificada con ella. Quizá no de manera exacta, pero yo también tenía mis motivos para tener ganas de largarme del pueblo.

—Míralas, qué sorpresa —le dijo Sole a Anita con retintín.

—Anda... Se conoce que ha habido asamblea de marujas... —dijo Anita. Esa chica, además de medir un metro cuarenta escaso, hablaba de una manera muy rara. No sabíamos por qué siempre acababa las palabras en 'iño' e 'iña' y nos hacía gracia pensar que creía que el idioma oficial de nuestro pueblo era el gallego.

—¿Qué asamblea? Hemos salido a que nos diera el aire —les dijo Maite.

Nos las encontramos nada más cruzar la calle y me pareció que nos estaban buscando. Debían de haberse pasado por casa de Maite y, al no encontrarla allí, habrían ido a comprobar que Reme y yo tampoco estábamos en casa.

—¿Habéis salido a que os diera el aire, con la solana que hace? —la cuestionó Sole recelosa.

—Esto es muy rariño, Sole. Aquí hay gatiño encerrado... —le insinuó Anita. Se cruzó de brazos, bajó la cara y nos miró arrugando la frente.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Maite.

—Que nos parece que nos estáis escondiendo información —le contestó Sole molesta.

Maite, Reme y yo nos miramos con la boca abierta, fingiendo asombro, negamos con la cabeza y Reme le dijo:

—No tenemos información. Si te refieres al tema del nieto de la señora

Aurora, todo está en el mismo punto. Ni siquiera sabemos cómo se llama.

—Pues nosotras sí. Tiene nombre de marca de cereales, pero no os lo vamos a decir hasta que Maite nos cuente qué sabe su madre —nos sobornó Sole.

—No se llamará... Chocokrispis —le dijo Maite mirándola de medio lado.

Sole y Anita se echaron a reír, rodaron los ojos creyéndose más listas que nosotras y Anita le contestó:

—¡Nunca lo adivinaréis, traidoras!

—Eh, eh. No os hemos traicionado. Tenemos tantas ganas de saber qué pasó con la hija de la señora Aurora como vosotras, pero no hay manera —dije fingiendo frustración—. ¿Os habéis enterado de algo más? —les pregunté con entusiasmo, para resultar más convincente.

Sole me miró dubitativa, a continuación miró a mis amigas con los ojos entornados y finalmente dijo:

—No sé si creeros, pero... ¡Qué narices! Necesito soltarlo.

—¡Lodelchinovioladoresunaleyendaurbana! —nos contó Anita de carrerilla.

—Bueno, eso de que es una leyenda urbana dejémoslo en cuarentena. La información me llegó de una fuente muy, muy fiable —le respondió Reme.

La miré asombrada negando con la cabeza, pero no abrí la boca para no dejarla de mentirosa delante de aquellas dos. ¿Cuál era esa fuente tan fiable? ¿Un emoticono de WhatsApp?

—Pues no es así. Angustias me ha dicho que la madre de Helios tuvo un novio antes de marcharse —arrancó Sole con su relato—. La señora Aurora se empeñaba en que lo llevara a su casa para conocerlo, me imagino que porque ni ella misma se creería que su hija fuera capaz de sentar la cabeza. Ya sabemos cómo era... —nos dijo, frunciendo los labios unos instantes al acabar la frase—. Pero ella no quería presentárselo. Decía que jamás pondría un pie en la casa de su padre, que no era digna de que su novio la pisara. Ya ves, ¡ni que fuera el Papa! Tendría alucinaciones por lo que se fumaba... —concluyó con toda su mala intención.

Siendo una cotilla de nacimiento, pero *low cost*, Sole no pudo guardarse aquello. Tenía tantas ganas de soltarlo que incluso se le escapó el nombre de Helios. ¿Qué sentido tenía para ella enterarse de algo si no podía gritarlo a los cuatro vientos? Aquella era la regla número uno de las chismosas de marca blanca.

—¿Quién dices que te ha contado eso? ¿Angustias, la vecina de la señora

Aurora? —le preguntó Reme.

—Sí, ya te lo he dicho. Se lo dijo en su día la misma señora Aurora. Aunque a lo mejor se lo inventó para que su hija dejara de estar en boca de todo el pueblo. Quién sabe —le respondió Sole.

—Claro, puede ser —le siguió Reme la corriente.

Miré a mis amigas y casi me pareció ver sus pensamientos dando vueltas dentro de sus cabezas, intentando conectar los detalles de la historia de Sole a los que ya teníamos de la nuestra. Sospeché que las tres estábamos llegando de nuevo a la misma conclusión, nuestras mentes solían funcionar de manera parecida. Bueno, menos la de Reme, la suya seguramente estaba somatizando alguna extraña enfermedad.

—Hala, pues yo me voy. Tengo cosas que hacer —dije mirando la hora en mi reloj.

—Uy, sí, qué tarde es —dijo Maite haciendo lo mismo.

—Gracias por la información. Si nos enteramos de algo más, no dudéis que seréis las primeras en saberlo —les dijo Reme de manera cómplice.

—Eso espero. Recuerda que sacrifiqué a mi sobriniño por el bien de esta causa. El pobre tiene los braciños llenos de ampollas, estaba demasiado blanco para exponerse tantísimo al sol —le echó en cara Anita.

—Pobre criaturiña. Que se mejore —le dijo Maite mientras echábamos a andar.

—¡Sí, dale graciñas de nuestra parte! —le dije yo, girándome hacia ella un instante.

—¿Por qué habláis así? —nos susurró Reme riendo.

—Yo qué sé. Para que nos entienda mejor —le contesté.

—¿Nos están vigilando? —preguntó Maite.

—Ahora te lo digo. Seguid caminando —dijo Reme. Abrió su bolso y sacó un pequeño estuche de sombras. Lo abrió y lo movió de manera estratégica a la altura de su hombro, haciendo servir el espejo como retrovisor—. Están susurrando entre ellas, pero creo que ya se ponen en marcha. Sí, míralas, se van. Acaban de desaparecer por la esquina —nos informó.

Fue decir eso y dejar de andar las tres, haciendo corrillo en medio de la calle.

—El novio de la madre de Helios era el cura —aseveró Reme.

—Quizá no, estoy empezando a pensar que la razón de que visitara a Don Pancracio era porque estaba embarazada. Pero no de él, del chico con el que estaba saliendo. A lo mejor sólo le pedía consejo porque no sabía qué hacer

—les sugerí, a pesar de que esa teoría me la acababa de inventar para proteger de nuevo a Helios.

—No, no, no —me rebatió Maite—. ¿Es que no has oído lo que ha dicho Sole? Con quien fuera que estuviera saliendo, para la madre de Helios su casa no era digna de ser pisada por él. ¿Y qué hay más digno y honorable que un cura, eh? Bueno, el nuestro no lo es, desde luego, pero eso es lo que se presupone.

—Estoy contigo, Maite. De todas formas nunca hubiese podido presentárselo a su familia. ¡Es un cura! Seguramente se inventó esa excusa para darle largas a su madre —dijo Reme.

—Eso es. Lo que presencié mi madre en la iglesia aquella tarde tuvo que ser una pelea de amantes —dijo Maite—. Puede que ella fuera a comunicarle que estaba embarazada de él. Él se negó a hacerse cargo del bebé, y ella, como haría cualquiera, se cabreó y salió cagando leches de allí. Después de eso tuvo que marcharse del pueblo. ¿Cómo iba a poder vivir tranquila aquí siendo el centro de un escándalo tan gordo? Lo mejor que pudo hacer fue desaparecer.

Me rasqué la nuca pensativa y no supe qué contestar ni qué añadir. A mí esa teoría también me parecía bastante válida. Nadie desaparecía con tanto misterio por nada. Que se hubiera quedado embarazada de un chico normal no era algo tan escandaloso, no era la primera a la que le pasaba. Esa no era razón suficiente para que su madre la borrara a ella y a Helios de su vida, ni para que se inventara que estaba internada en un psiquiátrico.

—Vale. Pues entonces podemos dar el caso por cerrado, ¿no? —les comenté.

—¿¿Qué?? ¿Estás loca? Aquí hay mucho mejunje que exprimir, interroga a tu madre —me pidió Maite.

—Sí, eran amigas. No dejes que se te escape por la tangente —me dijo Reme.

—Está bien... —accedí a regañadientes—. Veré qué puedo hacer.

—Bueno, ahora sí que me voy de verdad. Quique debe de estar preguntándose dónde estoy, al niño le toca mamar —dijo Maite.

—Qué cosa tan bonita. ¿No te parece maravilloso que los bebés se alimenten de sus madres? Es como un milagro —dijo Reme sonriendo enternecida.

—No es tan maravilloso como crees. Siento que mi hijo me utiliza, como si yo fuera una vaca lechera secuestrada en una granja. Los bebés son muy

egoístas —le dijo Maite.

—¿Cómo puedes decir eso de tu precioso bebé? A mí me gustaría tener en este momento, por lo menos, tres —le recriminó Reme enfadada.

Personalmente, me había hecho gracia el comentario de Maite. Sabía que en el fondo lo había dicho en broma, que ella tenía ese tipo de humor. Pero Reme parecía haberse molestado de verdad. Es más, hubiese jurado que estaba a punto de que se le saltaran las lágrimas.

—Reme, no te pongas así. Sólo era una broma —la quise tranquilizar.

Ella se cruzó de brazos y miró hacia el suelo, repiqueteó en el asfalto con la punta del zapato y al cabo de unos segundos dijo:

—Ya, bueno. Me voy. Tengo que tomarme la cápsula de la una y Javi viene a comer dentro de nada. Está haciendo una chapuza por ahí.

—¿Quieres que quedemos dentro de un rato para hablar? —le sugerí preocupada.

—Sí, podéis pasaros por mi casa después de comer. Las siestas de los domingos de Quique duran hasta la madrugada, podemos charlar tomándonos un café —propuso Maite, con la misma expresión de preocupación que yo.

—No hace falta —dijo Reme con una sonrisa forzada—. Nos vemos mañana —se despidió.

Maite y yo nos miramos como si pudiéramos comunicarnos por telepatía, pero no comentamos lo que acababa de pasar. Puede que fuera debido a que nos pareció que el tema era demasiado evidente para discutirlo. Nos despedimos también y cada una se fue a su casa, yo intentando refugiarme en los pequeños trocitos de sombra que encontraba por el camino.

—¿Tienes más hambre? Queda otro filete de pollo en la sartén —me dijo mi madre.

—No, gracias. Ni siquiera sé por qué me he comido este, estoy pensando hacerme vegetariana.

—Eso le encantará a tu suegra. Has caído en la familia ideal para hacerte amante de la verdura —me comentó.

—Sí, lo sé. —Jugué un poco con el tenedor en mi plato, moviendo inquieta la pierna bajo la mesa de la cocina, y cuando me sentí preparada le pregunté—: Mamá, ¿qué sabes de la hija de la señora Aurora? Eras amigas, ¿verdad?

Mi madre se quedó con el tenedor en el aire, con un trozo de filete a medio camino de su boca ligeramente abierta. Noté que le había sobresaltado mi pregunta.

—¿Rocío? Sí, supongo —me dijo—. ¿Por qué quieres saberlo? —me preguntó, volviendo a comportarse con normalidad.

—Por nada. Su hijo está en el pueblo y me ha parecido curioso que ella nunca haya aparecido por aquí. Creí que a lo mejor tú sabrías el porqué —le dije encogiéndome de hombros.

Pero fingir indiferencia no me sirvió de nada. La había fastidiado. Había sido demasiado directa y además había cometido un error de primero de cotilla: mencionarle que sabía que habían sido amigas.

—Ya estás corriendo por las calles buscando de qué hablar —me acusó.

—¡Yo no hago eso! El tema está en boca de todos —me justifiqué.

—¿En boca de quién?

—Da igual, mamá. Sólo sentía curiosidad, no hace falta que me cuentes nada —le dije. Me giré de lado en mi silla, apoyé el brazo en el respaldo y miré la calle a través de la ventana, para demostrarle que ya no quería saber la respuesta.

—Sois una pandilla de marujas. Os debería dar vergüenza, con lo jóvenes

que sois —me recriminó.

—¿Qué tiene de malo mi pregunta? Cualquiera diría, después te quejarás de que yo no te hable de mis cosas —salté, volviendo a ponerme recta para mirarla de frente.

—¿Sabes lo que tiene de malo? Que no lo hacéis por una curiosidad sana. O por querer ayudar a la gente, ni para intentar comprenderla mejor. Os gusta hurgar en los problemas de los demás porque sois unas morbosas a las que les encanta juzgar a las personas. Parece mentira, con lo que tenéis vosotras encima... —me insinuó.

—¿A qué te refieres? —le pregunté asombrada.

—Lo tuyo ya lo sabes. Y lo de Reme te lo puedes imaginar. Pobre chica, ¿no? Debe de ser muy triste estar casada con un hombre que no la quiere —me soltó.

¡La muy bruja! ¿Cómo podía darse cuenta de todas esas cosas? Qué envidia, lo que hubiera dado yo por enterarme de todo sin tener que figonear.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees de verdad que Javi no la quiere? —le pregunté, rebajando el tono de la conversación.

—No. Si te soy sincera, a mí no me lo parece —me respondió mi madre. Lo dijo mostrando empatía y, entre ese detalle y que antepuse mi preocupación por Reme a mi enfado, se me pasaron las ganas de discutir—. Esa chica está deprimida, ¿no lo ves? Cuando no le duele una cosa le duele otra y es porque Javi no le hace ni puñetero caso. Lo exterioriza de esa manera. Me apuesto lo que quieras a que él nunca está en casa porque en realidad no le apetece verla, aunque creo que a Reme eso también le va muy bien. Debe de ser un tostón respirar el mismo aire que un tío al que no le gusta ni salir a pasear —me comentó.

—Ya... No me hace gracia tu teoría, pero puede que tengas razón —reconocí. Apoyé los codos en la mesa y la barbilla en mis manos, pensando en lo que me acababa de comentar mi madre—. Javi le está dando largas con el tema de los niños y mientras tanto a ella se le cae la baba con el bebé de Maite. Debe ser difícil no tener a nadie más en la vida que a tu suegro y a un tacaño con el que compartir almohada, supongo que es demasiado joven para no tener padres —le dije.

—Sí que lo es —admitió mi madre—. Y seguramente por eso está tan desesperada por tener hijos, lo verá como una manera de sentirse querida y acompañada. Pero se está equivocando, ahí fuera debe de haber alguien

esperándola que le podría hacer feliz.

—Bueno, no sé... Ella dice que es feliz, y también que quiere a Javi —le comenté.

—¿Que lo quiere, o que no quiere hacer nada para cambiar su vida? Hay personas a las que los cambios les dan demasiado miedo, aunque sepan que pasar por ellos merece la pena. Dime, si te invitaran a una fiesta y tuvieras dos vestidos para escoger, ¿te podrías el feo y cómodo, o el que te hace sentir como una princesa? —me preguntó, mientras se acercaba con los platos al fregadero.

¿Qué tenía eso que ver con Reme? ¿Era una pregunta trampa? No estaba segura de que en ese momento estuviéramos hablando de ella y no de mí. Pero no tuve tiempo de preguntárselo, oí que alguien golpeaba con los nudillos en el marco de la ventana y al desviar la vista hacia allí vi que era Marcelo. Asomaba sonriendo encorvado y me sentí fatal por pensar que parecía tonto. Llevaba una gorra de tela blanca con visera, de esas que regalan con el logo de productos para hacer publicidad. Concretamente era de “Piensos el Tragaldabas” y la llevaba tan encasquetada que le hacía orejas de soplillo, las tenía dobladas hacia fuera.

—¡Sorpresa! ¡Aing! —dijo haciéndose el gracioso.

—Aquí lo tienes, tu vestido de algodón de la posguerra —murmuró mi madre.

—¿Me abres la puerta? —me preguntó Marcelo.

—¿Eh? Sí, ya voy —le dije poniéndome de pie. Pero tardé unos segundos en hacerlo, el sarcástico comentario de mi madre me había dejado alucinada. Cómo sabía yo que estaba hablando de mí... Esa mujer nunca se rendía.

—¿Cómo andamos, Lucía? —saludó Marcelo a mi madre al entrar en la cocina.

—No tan bien como tú. Menuda gorra chula te has agenciado, ¿no? —le respondió ella irónica.

Marcelo se agarró la visera y empujó la gorra más hacia abajo. Levantó la barbilla y dijo, sonriendo orgulloso:

—Está guapa, ¿eh? Mis cerdos me comen tan bien que cada vez que voy a por pienso me llevo una pila de cosas por la cara.

—Qué suerte —le dijo mi madre—. Ya veo a vuestro primer hijo saliendo de la maternidad con una gorrita de “Piensos el Tragaldabas”, estará monísimo —le comentó, pero mirándome a mí.

—¡Anda que no! Y verás como nace ya con dientes, igual que mis

lechones —le dijo Marcelo, como si eso le hiciera ilusión.

—Mira qué bien, así podréis darle pienso. La leche en polvo sale carísima —le respondió mi madre.

—Mamá... —le advertí. Aunque Marcelo no pareció ofenderse, creo que ni siquiera pilló el sarcasmo de mi madre.

—Ya he terminado de poner el suelo —me dijo Marcelo ilusionado.

—¿De verdad? —le pregunté asustada.

—Sí, y esta tarde pienso ponerme a pintar. ¡Estoy hecho un machote! —exclamó frotándose las manos.

Mi madre, que se había puesto a fregar los platos, me miró por encima de su hombro, levantó las cejas e hizo como si se aguantara la risa.

—Marcelo, descansa. Hoy es domingo —le dije. Cosa que a él, como el día anterior, le sentó mal. Se le fue borrando la sonrisa que traía y mientras sucedía supliqué en silencio que no me recriminara nada sobre el tema de nuevo. No quería que mi madre viera cómo Marcelo y yo discutíamos por mis pocas ganas de que se terminaran las obras de nuestra casa, eso iba a ser demasiado revelador—. ¿Por qué no me enseñas ese suelo que has puesto? —le pedí, cogiéndole del brazo para sacarlo de allí.

Marcelo se quitó la gorra, me miró con semblante serio y me dijo:

—Claro.

—Oh, espera —le dijo mi madre. Se secó las manos en el delantal y fue hasta la esquina donde estaba la lavadora, rebuscó entre la ropa doblada que tenía apilada allí y le dijo a Marcelo:

—Toma, te he lavado tu toalla.

De repente, noté cómo el sudor intentaba salir a propulsión por los poros de mi piel. Me dio un sofoco propio de la menopausia al darme cuenta de que era la toalla de Helios. Me la debí de dejar fuera del armario la noche anterior y mi madre se la había encontrado.

Marcelo miró la toalla y le dijo a mi madre:

—No es mía.

—¡Es de Maite! —salté rápidamente—. Se la dejó en la tienda el otro día, la tenía puesta en el carrito del bebé para que no lo ensuciara. —Mi madre miró la toalla, a continuación levantó la vista lentamente en mi dirección y supe que, por alguna razón, no se había tragado mi historia. Probablemente fue por mi cara de horror. Pero no pensaba intentar convencerla de que la toalla era realmente de Maite, sólo quería que Marcelo saliera de mi casa lo antes posible—. Nos vamos —le anuncié, y me llevé a Marcelo a la calle

tirándole del brazo.

—¿Quién hay ahí? —le pregunté a Marcelo escondiéndome asustada detrás de él. Acabábamos de abrir la puerta de nuestra casa y oí a alguien merodeando dentro. Pensé que se nos habían colado para robarnos pero Marcelo caminó con decisión por el pasillo y al oírle hablar me di cuenta de que el intruso no era un delincuente, era una urraca.

—¿Qué hay, madre! —la saludó—. ¿Te gusta? —le preguntó a continuación, señalándole orgulloso el suelo.

—*Pfff*. No está mal —respondió ella. Caminó en círculos cojeando, con las manos cogidas bajo su pecho y la boca fruncida. Miró del techo al suelo, de izquierda a derecha y murmuró—: Tantas horas invertidas aquí para nada.

Era un suelo precioso, una cerámica que imitaba a una tarima de madera oscura. No había ninguna pega que ponerle pero, claro, a mi suegra no le parecía bien nada que tuviera que ver conmigo. No sabía qué estaba haciendo allí, aparte de cotillear. Y además, ¿cómo había entrado en mi casa? ¿¡Tenía llaves!?

—¿No habrá entrado usted por la ventana? No tiene la cadera como para dar esos saltos —le insinué. Pero ella no me contestó, se limitó a sacudir las llaves en el aire sonriéndome con victoriosa malicia. Marcelo estaba de rodillas inspeccionando una junta del suelo y, como siempre, no la vio provocarme—. ¿Por qué tiene llaves? —le cuestioné a Marcelo enfadada.

—Alguien tiene que tener una copia, Melón. ¿Y quién mejor que alguien de nuestra familia? —me respondió mientras se ponía de pie.

—¿Si? Pues mi madre no tiene una copia —le eché en cara.

—Bueno, eso tiene fácil solución. Hazle una —me dijo él.

—¿Para qué? Ya la tiene tu madre, y a la mía no le gusta meterse en casas ajenas sin avisar —se la lancé a mi suegra.

—Menuda mujer antipática y descastada te has buscado, hijo. No entiendo cómo todavía estás pensando casarte con ella —le dijo a Marcelo sin cortarse un pelo.

—No empecemos, madre. Cada uno es como es —le respondió él.

—¿Cómo que cada uno es como es? ¿Le estás dando la razón? ¿Te parezco una antipática y una descastada? —le pregunté sorprendida.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —exclamó.

—Ahora mismo —le contesté.

—No he sido yo, lo ha dicho mi madre —me dijo, señalándola confundido

con el pulgar.

—¿Pero con tu respuesta lo has insinuado! —le reproché.

—Pero si ni siquiera sé qué quiere decir *escarpada* —se defendió levantando las manos.

Me dio pena. Era muy probable que no supiera qué significaba 'descastada' y, por eso mismo, sentí piedad por él. Marcelo era tan plano que no daba para más, era más simple que el mecanismo de un chupete. Pero no dejé ahí la discusión sólo por eso, mi suegra estaba frente a mí, mirándome por encima del hombro de Marcelo con expresión de estar disfrutando, y me di cuenta de que ponerme a discutir con él delante de ella había sido un error. Probablemente era lo que quería.

—El suelo ha quedado precioso —le dije a Marcelo en un tono más amable.

—Parece madera de verdad, ¿a que sí? —me respondió—. Voy a empezar a pintar, si me pongo ahora podré darle una mano a media casa antes de que se haga de noche.

—¿Quieres que te ayude? —me ofrecí.

—No, Melón. Vete y te echas una siesta —se negó, como sabía que haría. Necesitaba sentir la satisfacción de que lo había hecho todo él. Como un “hombre de verdad”, sin tomarse un respiro. Y yo, ya no tenía ganas de intentar impedirselo, sobre todo delante de mi suegra.

—Qué pena me das, hijo. Con lo que tú vales... —le dijo la urraca acariciándole la espalda.

—Madre —la riñó Marcelo.

—¿Qué? —le preguntó mi suegra con cara de ingenua—. Me pone muy triste que te quedes aquí doblando el espinazo. Mientras Azahar está por ahí rascándose el higo. De jarana.

—¿Qué esta diciendo, señora? —le pregunté con desprecio. Mi primera intención no fue llamarle señora, fue llamarle urraca. Pero la cosa ya estaba demasiado tensa entre nosotras, cada vez nos cortábamos menos a la hora de clavarnos puñales delante de Marcelo y alguna de las dos debía mostrar un poco de educación, aunque sólo fuera por tener algo de consideración con él.

—No seas así, madre, si últimamente no la saco —le dijo Marcelo—. Ni a Azahar, ni a esta tan gorda que tengo aquí —bromeó agarrándose el paquete.

No supe qué me dio más rabia, que se refiriera a mí como si fuera un perro al que tuviera que sacar a pasear, o que le contara a su madre nuestras intimidades sexuales. ¿Por qué tenía que decir siempre cosas como esas!?

Uysh... ¡No podía más con él!

—Pues en su casa no se queda. Anoche oí su moto corriendo pueblo abajo, y era bien tarde... —dijo mi suegra con retintín.

Se me cortó el riego sanguíneo, abrí inconscientemente los ojos de par en par y me dio miedo que Marcelo lo hubiera notado. No sabía qué decir, no me esperaba algo así y temí que, además de mi expresión, mi silencio me hiciera parecer culpable. No es que no lo fuera, pero no era plan admitirlo así, por las buenas.

—¿Dónde ibas? —me preguntó Marcelo. No lo hizo exigiéndome una explicación, me lo preguntó con naturalidad, quizá con algo de curiosidad. Sonrió al hacerlo, pero pude ver en sus ojos que aquello le parecía un poco raro, aunque lo intentara disimular.

—A la tienda. Me había olvidado el móvil allí —le respondí. Me pareció una excusa perfecta, me sentí bastante orgullosa de mi capacidad de reacción. De hecho, me di la vuelta y me sonreí a mí misma asombrada. Pero no podía sentirme igual de orgullosa de mí, se podría decir, traición a Marcelo. No sólo estaba jugando con fuego, también lo estaba haciendo con sus sentimientos.

—Voy a ponerme a trabajar —dijo Marcelo perdiendo el interés en la conversación.

Aunque no supe si en realidad sentía desinterés o lo estaba fingiendo. Estaba comenzando a volverme paranoica. ¿Tan extraño podía ser que me hubiese dejado el móvil en la tienda y hubiera ido a buscarlo? Era una cosa que le podía pasar a cualquiera.

—Ay, Señor, lo que tiene que aguantarse una... —murmuró mi suegra marchándose con su cojera. Pero no se refería a mí. Al agarrar el pomo de la puerta de la calle paró un momento, se encorvó haciendo fuerza y soltó un “misil” que hizo temblar las paredes del pasillo. El estruendo fue de tal magnitud que supuse que necesitaría ir al hospital para que le dieran puntos.

—¿Eso no iría dedicado a mí? —le pregunté a Marcelo asombrada.

—Tendrá que cambiarse la faja, porque yo diría que hasta te lo ha firmado —me respondió boquiabierto.

Estaba entre la espada y la pared. No podía seguir viéndome con Helios y arriesgarme a que la cosa fuera a más, alguien podía verme con él y llegar a oídos de Marcelo. O aún peor, a oídos de mi suegra. Se me habían acumulado dos problemas: mis dudas sobre mi relación con Marcelo y mis ganas irrefrenables de ver a Helios. Sentía una atracción tan grande por él que actuaba de forma irreflexiva y peligrosa, pero estar a su lado me hacía tan feliz que me olvidaba de lo que pudiera pasar. No quería dejar de sentir esa ilusión que me alegraba los días. Sin embargo, a pesar de que me moría por hacerlo, aquella noche no acudí a nuestra cita en la playa. Me obligué a dar un paso atrás, a ponerle freno a mi locura por Helios, y cancelé nuestro encuentro mediante un WhatsApp. Después del soplo de mi suegra ya no me atrevía a coger mi moto por miedo a que alguien la oyera. No podía ir andando a la playa por la carretera, que apenas tenía arcén y estaba oscura, y tampoco podía arriesgarme a subir a su coche con él. ¿Qué excusa habría puesto si nos hubieran visto entrar o salir juntos del pueblo a aquellas horas? Ninguna creíble, lo mejor era que me resignara y que agradeciera los impedimentos para ir a su encuentro que me estaba poniendo la vida. Seguramente era una advertencia para que no continuara por ese camino que podía ser mi perdición. O así me consolé, porque, de todas formas, Helios ni siquiera contestó a mi mensaje.

Me quedé sentada en mi cama mordiéndome las uñas más de una hora, mientras esperaba que se iluminara la pantalla de mi teléfono, y al ver que no iba a suceder me metí avergonzada en la cama. Me quedó claro que había sido una tonta, Helios no sentía lo mismo que yo cuando estábamos juntos. Él era un chico de ciudad que ya tendría mucho corrido y yo una ingenua romántica que no solía salir del pueblo para otra cosa que no fuera ir a pasear a un centro comercial. Ni siquiera me había acostado con otro hombre que no fuera Marcelo, cada vez que veía una salchicha ajena en televisión me la quedaba mirando asombrada, como si estuviera viendo al monstruo del Lago

Ness.

Después de dar un montón de vueltas en mi cama sin conseguir coger el sueño me levanté y bajé a la cocina para beber agua. Me acerqué al fregadero con el vaso en la mano y, al levantar la vista frente a la ventana, la boca me llegó a las rodillas. Helios paseaba en ese instante delante de mi casa. Miraba la pantalla de su teléfono mientras tecleaba en él y supuse que me estaba escribiendo a mí. Me costó reaccionar a causa de la impresión, pero finalmente golpeé flojito el cristal con los nudillos y Helios al oírlo miró hacia mí. Abrí la ventana, él me sonrió y le pregunté en un susurro:

—¿Qué haces aquí?

—Busco a una chica cotilla y preciosa. A lo mejor la conoces —me respondió apoyándose en la ventana.

—Uy, pues no estoy segura, aquí hay cotillas para parar un tren —le susurré.

No lo podía creer. ¿Había ido a buscarme? Supuse que sí, porque me parecía raro que estuviera cazando grillos. ¿Quién hacía eso? ¿Y para qué?

—Me ha dejado plantado. Y no lo entiendo, la verdad, anoche estuve con ella y pensé que se lo había pasado tan bien como yo —dijo subiendo un momento el hombro. Después desvió la mirada y sonrió con picardía.

Me gustaba tanto... Eso era a lo que se refería mi madre. ¿Cuándo me había sentido así por Marcelo? Nunca. Me dolía admitirlo, pero Marcelo era el vestido cómodo y Helios un sofisticado vestido de gala.

—¿Por qué no has contestado a mi mensaje? He estado más de una hora esperando que lo hicieras, creí que te daba igual —le dije, intentando que no notara que estaba dolida.

—Pensé que podía ponerte en un aprieto teniendo una conversación contigo por WhatsApp. No sé qué tipo de relación tienes con... tu novio —dijo haciendo una pausa—. He preferido esperar para asegurarme de que estabas sola.

Supuse que tenía razón, que su prudencia era lo más acertado dada mi situación. Pero que estuviera hablando conmigo a través de mi ventana a aquellas horas tampoco era algo tan sensato y comenzó a darme miedo que alguien lo viera allí.

—No puedes quedarte aquí, te pueden ver —le dije temerosa.

—Pues déjame entrar —me pidió, con total naturalidad.

—¡No! Mi madre está arriba —me negué.

—¿Y qué? Nosotros estaremos abajo —me respondió.

—Estás loco —exclamé, sonriendo ilusionada.

—Y tú estás más asustada que las abuelas que viven aquí. Algunas se cambian de acera cuando me las cruzo, ¿lo sabías? —me comentó.

—¿De verdad? Pues a mí no me das ningún miedo —le dije riendo. No entendía cómo alguna mujer podía hacerle eso, con esos rizos tan monos que tenía y esos hombros tan bien puestos bajo su camiseta de algodón. La luz de la farola, a unos metros de la ventana, le iluminaba uno de los lados de su cara, le hacía brillar uno de sus ojos y aquello casi le hacía parecer mágico. Esas abuelas no sabían lo que se perdían. Y yo, no me lo quería perder—. Espérame al final de la calle, donde están las escaleras. La gente que vive allí es tan mayor que no los despertaría ni una excavadora. Yo incluso diría que están muertos, ella tiene muy mala cara —le dije.

—No me había escondido tanto desde que me fugué de la cárcel —me comentó.

—¿¿Has estado en la cárcel?? —le pregunté asombrada.

—Unos meses. Abusé sexualmente de un peluche —me respondió.

—De verdad, mira que llegas a ser tonto —exclamé riendo aliviada.

—No tardes —me pidió, riendo también.

Cerré la ventana y subí rápidamente las escaleras de puntillas. Me cambié de ropa con una sonrisa de oreja a oreja y al salir a la calle corrí al encuentro de Helios, desesperada por estar con él.

Llegué con la lengua fuera al bonito rincón en el que habíamos quedado, aunque lo intenté disimular para hacerme un poco la interesante. Me faltaba el aire cuando me senté junto a Helios, en la parte más elevada de los escalones de piedra que llevaban a las últimas casas de la calle, y tenía el corazón tan acelerado que no sabía decir si era a causa de mi carrera o por la emoción de encontrarme con él. No me había sentado allí desde que era pequeña y en ese momento era tan feliz como cuando lo solía hacer. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien, tan positiva y contenta de existir.

—Cómo huele —exclamó Helios. Levantó la cabeza respirando hondo y la nuez le sobresalió en el cuello. Me dieron ganas de comérmelo, seguramente se libró porque estaba haciéndome vegetariana.

—Es el jazmín y la dama de noche. Todas las calles del pueblo están llenas de esas flores y cuando anochece desprenden ese olor —le comenté.

Helios miró a su alrededor, contemplando las macetas colgando de las fachadas, después me miró a mí y me dijo:

—Ah, ¿huele a jazmín? Llevas tanto perfume que no lo distingo.

Qué vergüenza me dio. Llevaba un conjunto de pantalón corto y camiseta de tirantes tipo jugadora de voleibol. Es decir, más de estar por casa que una bata de boatiné. Peroapestaba tanto a perfume que tiraba para atrás y aquello no pegaba nada con mi atuendo supuestamente casual. Estaba tan emocionada mientras me cambiaba de ropa que la mano me tembló y me eché medio bote encima. Incluso yo misma me estaba asfixiando.

—Qué va, es la dama de noche —intenté disimular.

—No lo creo, a mí me huele a Azahar —me dijo.

—No es posible, por aquí no hay naranjos —le contesté. Vale, que sí, quizá podría haberle provocado un coma irreversible a cualquiera con aquel pestazo, pero habría sido un homicidio involuntario—. Me he dado cuenta de que sólo sales de noche. ¿Hay alguna razón para eso? ¿Tienes una enfermedad en la piel, como Michael Jackson? —le pregunté.

—Soy un vampiro —me respondió. Pero esa vez no iba a caer. ¿Cómo iba a ser un vampiro, si había ido a comprar pan a mi tienda a pleno sol? Había cometido un desliz, me lo podría haber tragado de no habersele escapado ese detalle—. No salgo de día porque no me apetece ver a nadie de aquí. En cuanto me ven salir corren detrás de mí, me ha parecido que incluso hacen guardia en mi puerta —me explicó.

—No son imaginaciones tuyas, hacen guardia en la esquina de tu calle —le confesé.

—¿De verdad? —me preguntó mirándome sorprendido, agachando un poco la cara para darle énfasis visual a su pregunta.

—Sí. Anita. Una chica con complejo de gallega, es tan diminuta que puede colarse por cualquier rendija sin ser vista —le conté, un poco avergonzada por la parte que me tocaba.

—La naturaleza es muy inteligente, ¿te has dado cuenta? Va adaptando las características físicas del ser humano a su comportamiento, generación tras generación —me comentó.

—Sí, puede ser. Mi abuela podía pasarse un pie por detrás de la cabeza y, dos generaciones después, aquí estoy yo, pasándome los dos —le respondí.

—Vaya, qué habilidad —exclamó con admiración—. En realidad no se me ve por el pueblo durante el día sólo por eso. Supongo que, ya que estoy aquí, mi responsabilidad es cuidar de la anciana del sonotone —dijo resignado—. Además, trabajo desde casa y eso me mantiene ocupado.

—Ah, ¿sí? ¿Y en qué trabajas? —le pregunté con curiosidad. Aunque

supuse que iba a volver a reírse de mí.

—Tengo un negocio *online* con un socio, un buscador de ofertas de viajes —me contestó.

—No sé si creerte, no me fío demasiado de ti —le dije recelosa.

—¿Por qué iba a mentirte con algo tan normal? ¿Te has tragado que soy astronauta, un delincuente y un personaje de terror, y te parece raro que tenga un negocio *online*? —me preguntó divertido.

—Lo del vampiro no me lo he creído —dije algo ofendida.

—¿Seguro? —me preguntó riendo.

—Bueno, casi. Pero sólo medio segundo.

Helios rió más fuerte y acercó su mano a mi cara, retiró con ella un mechón que se había soltado de mi coleta y me lo puso detrás de la oreja. Yo miré al frente, agarrando mis rodillas. Pero mi sonrisa boba me delataba, me encantó su tierno gesto y tuve que bajar la mirada hasta mi regazo para disimular.

—Tienes unas orejas tan pequeñas... No entiendo cómo pueden servirte para recoger tanta información —me comentó.

—¿Qué tienen de malo mis orejas? —le pregunté, tocándome una asombrada.

—Nada. Son muy bonitas. Pequeñas y graciosas, como tú.

Sentí que me deshacía dentro de mi conjunto de jugadora de voleibol de mercadillo. Lo miré enterrando el cuello en mis hombros, sonriendo cortada. Me rasqué la nuca mirando al suelo sin poder dejar de sonreír y después volví a mirar a Helios feliz. Marcelo nunca me había dicho algo tan sencillo pero tan bonito. Siempre me revolvía el pelo con fuerza, como a su perro, y lo más tierno que me decía era “Te voy a dar un viaje que te voy a hacer trillizos”. Era muy buena persona, pero con eso no bastaba para que yo quisiera pasar mi vida con él. Cada vez lo veía más claro.

—Me gusta estar contigo, Dios de la Mermelada —me arranqué a confesarle.

—Me parece bien, porque a mí también me encanta estar contigo —me respondió.

Sentí muchísimas ganas de besarle, pero me las aguanté porque sabía que no debía. No quería hacerle daño a Marcelo. Estar allí con Helios ya era demasiado atrevido para mí y no podía cruzar esa línea tan peligrosa. Aquellas citas podían parecer una cosa inocente, pero sabía que en realidad no lo eran. Yo estaba colada por Helios y él ya había intentado llevarme al

huerto, si estaba allí con él era porque en el fondo deseaba que ocurriera. Al mínimo despiste podía acabar siendo infiel.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —le pregunté. Lo hice en un tono casual pero, conocer esa información, de repente me pareció muy importante. Un día u otro, Helios se iría y no sabía cuánto tiempo me quedaba para disfrutar de estar con él.

—Todavía no lo sé —respondió sin mirarme. Después me miró y sonrió—. Pero no te lo diría aunque lo supiera... —me dijo juguetón.

—¿Por qué? —le pregunté asombrada—. Estás llevando muy lejos eso de proteger tu intimidad, ¿lo sabías? Aquí no puedes permitirte tanta discreción, va contra la Ley —le advertí.

—Es mejor que no lo sepas, así aprenderás a aprovechar el momento. Eres tan indecisa que te acabarás perdiendo lo que de verdad te apetece hacer —me respondió.

—¡No sabes lo que me apetece hacer! —le mentí inquieta—. Sólo te lo preguntaba para saber si estarás en las fiestas del pueblo, viene a tocar una orquesta de pasodobles muy buena —me inventé.

—¿Qué pasaría si me fuera mañana? Puede que cuando te levantes ya no esté aquí —me dijo.

—¿Pues qué iba a pasar? Nada. Me sentaría mal que no te hubieras despedido de mí, eso es todo.

Helios asintió fingiendo creermelo, pero en realidad no lo hacía. Era obvio por su expresión.

—Me has dicho hace un momento que te gusta estar conmigo. ¿Por qué? —me preguntó.

—No sé. ¿Porque tienes sentido del humor? —le sugerí nerviosa.

—Vaya, pues es una pena. Me había dado la sensación de que tú también sentías una conexión muy especial entre los dos... —me dijo, mirando con disimulo hacia el cielo. Creí que me iba a dar algo. ¿Él también sentía aquella atracción maravillosa por mí? ¿Las chispas que notaba cuando me tocaba no eran cosa de mi romántica imaginación? Fuera como fuese, parecía que yo le gustaba y, aunque lo disimulé lo mejor que pude, no cabía en mí de ilusión. —¿Qué es lo que se dirán esos grillos? —dijo Helios ladeando la cabeza, como si intentara oírlos mejor.

Me había quedado sin palabras y eso era lo único que se oía, el cantar de los grillos.

—Estarán cotilleando sobre nosotros. Espero que no se chiven mañana de

que hemos estado aquí —le contesté cortada.

Seguramente no era lo que esperaba oír. Su comentario sobre los grillos había sido una clara indirecta para recriminarme mi silencio. Pero no podía decirle lo que sentía por él, seguía teniendo novio.

Después de su inesperada declaración y de mi falta de sinceridad, Helios ni siquiera me rozó. Lo máximo que hizo durante el rato que seguimos allí sentados charlando fue mirarme a los ojos en algún momento más tiempo de lo normal, y mi reacción a su actitud me dio que pensar. Me fastidió que no intentara nada. Eso era lo que quería de verdad, que me besara. Que lo hiciera él me haría sentir menos culpable que si lo hacía yo, así de hipócrita y cobarde estaba siendo. Sabía que tenía que hacer algo al respecto porque, por culpa de mi angustiada indecisión, ni estaba haciendo feliz a Marcelo ni me estaba permitiendo a mí misma ser feliz.

—No entiendo cómo puedes mantenerte delgada con todo lo que tienes aquí —me comentó Reme. Estaba sentada en mi mostrador zampándose una bolsa de magdalenas que me acababa de comprar. La tenía sobre el regazo y le estaban cayendo migas aceitosas sobre el vestido todo el tiempo, pero parecía que le daba igual, las miraba y no se molestaba en sacudírselas.

—Parece que te has levantado con hambre, ¿no? Madre mía, te va a dar un cólico —le dijo Maite.

—No le digas eso, Maite... —le dije entre dientes.

Como buena hipocondríaca, a Reme no se le podía mencionar ninguna enfermedad porque automáticamente comenzaba a sufrirla. Daba igual que fuera un resfriado común o el dengue, al instante empezaba a notar los síntomas. Para nosotras era un misterio que fuera capaz de coger enfermedades tropicales sin haber salido del pueblo. Pero ella las achacaba a cosas como haber comido piñas o kiwis, unas frutas supuestamente exóticas que crecían a dos pasos de allí.

—Tengo un estómago a prueba de bombas, a mí no me cae nada mal —dijo Reme con despreocupación. Maite y yo nos miramos levantando las cejas. Ese comentario no lo esperábamos viniendo de ella, lo normal habría sido que después de oír la palabra 'cólico' hubiera corrido al lavabo con una diarrea—. Me aburrís, de verdad. Ya no sois las que erais. Pasan los días y seguimos en el mismo punto con la historia de la madre de Helios, ni vamos para adelante ni para atrás —nos reprochó.

—Sí, ¿no? Pues esto es un equipo, tú también podrías aportar algo más de información —le recriminó Maite.

—Eso, eso —asentí.

—Tú eres la menos indicada para hablar —me acusó Reme—. Tenías una misión muy sencilla y no has sido capaz de cumplirla. Tienes la fuente de información más valiosa del pueblo en casa y ni siquiera has conseguido que te dé una triste pista.

Me estaba empezando a molestar bastante que me refregara eso por las narices. ¿Qué podía hacer yo, si mi madre no quería hablar? Y, además, aquel asunto ya no me importaba tanto como lo hacía al principio. Mi mente en ese momento estaba centrada en mi historia con Helios. Antes de que llegaran Reme y Maite había estado suspirando, sonriendo con los brazos apoyados en el mostrador mientras pensaba en él.

—Mira, Reme, tómate una pastillita y déjame en paz. No me apetece discutir —le dije con indiferencia, mientras reponía la estantería con botes de salsa.

—Vale, me parece bien. No necesito tomarme una pastilla para eso —me respondió Reme sin inmutarse. Cogió otra magdalena, le quitó el papel y se la metió entera en la boca, masticando bien a gusto y tranquila.

Maite y yo nos volvimos a mirar. Esa no era la respuesta que esperábamos, lo adecuado en su caso era que Reme hubiera dicho algo como “No puedo mezclar otra pastilla con las que tomo para la sequedad vaginal”, o “Antes de tomármela necesitaría un protector de estómago, y no lo llevo encima”.

—Te veo muy bien. Pero yo no me confiaría tanto, los enfermos terminales siempre tienen una mejoría un día antes de palmarla... —probó Maite a asustar a Reme.

—Eso dicen —le respondió.

Dejé la caja de botes de salsa junto a la estantería y me acerqué con lentitud al mostrador, donde seguía sentada Reme. Pasé una mano sobre él tirando las migas al suelo, de manera fingidamente casual, y le comenté:

—Oye, ¿no tienes ese tobillo un poco hinchado? Deberías hacerte una radiografía, podría ser una fractura de radio. Le señalé el tobillo en cuestión con cara de preocupación, pero Reme se lo miró un segundo y cruzó las piernas, volviendo a entretenerse con su bolsa de magdalenas.

—Se parece más a una fractura de cúbito —dijo Maite.

—Eso es imposible. Yo no estoy tan mal hecha como vosotras, no tengo los huesos del brazo en el pie —nos respondió.

—Mierda —exclamó Maite bajito.

—Ya... —musité asintiendo.

—¿Qué tal tienes hoy las cervicales? —le pregunté a Reme, volviendo a probar un instante después. Me puse detrás del mostrador y la miré sonriente.

—¿Pero qué os pasa? Parece que estéis deseando verme mal, vaya mierda de amigas —nos soltó.

Maite me miró, negó asustada con la cabeza y me dijo:

—La estamos perdiendo.

—Por Dios, qué calor —dijo Bernarda entrando en la tienda justo entonces. Venía abanicándose con el mando del televisor, vete a saber por qué.

—Acérquese al ventilador, mujer, que le va a dar una subida de leche —le dijo Maite.

Bernarda, todavía quejándose de lo acalorada que estaba, caminó hasta la pared donde tenía puesto el ventilador de pie, junto a la entrada de la trastienda. Se puso frente a él, se subió su bata de tirantes hasta la cintura y se abrió de piernas para que le diera el aire en “los bajos”. Llevaba unas enormes bragas blancas caídas, con la goma cedida a más no poder, y la raja del culo le asomaba por arriba.

Las tres juntamos nuestras cabezas sobre el mostrador y Reme susurró:

—Qué triste llegar a esa edad.

—Llévame al veterinario para que me sacrifique cuando empiece a estar así. No quiero que mi hijo me recuerde de esa manera —nos susurró Maite.

—Pues te queda nada y menos, tú te sacas la teta en cualquier sitio —le comenté.

—Eso es diferente, tengo a un lactante gourmet al que contentar —me respondió.

—Oye, que el aire del ventilador viene hacia aquí, y le está dando en la almeja a Bernarda —nos advirtió Reme bajándose de un salto del mostrador.

—De verdad, ¡qué asco! Podrías haberlo dicho antes —dijo Maite quitándose del trayecto del aire.

—¡Qué guarrería, eso se avisa! —exclamé. Me agaché detrás del mostrador y me tapé la boca con las manos, con ganas de vomitar.

—Nada, niña, que no hay nada que hacer. En este pueblo no hay un día de descanso con el calor —dijo Bernarda acercándose al mostrador.

—¿Ha probado usted con un abanico? No creo que el mando de un televisor dé mucho aire —le sugerí.

—Ya lo he probado todo y nada funciona, para qué me voy a molestar en buscar el abanico —me contestó—. Ay... hacerse vieja es tan triste... —comentó a continuación afligida. Ya estábamos con los dramas—. Entre que se te escapan los orines y que te cuelga lo de abajo como el moco de un pavo una no tiene ganas ni de vérselo —se quejó.

—Pues... a nosotras tampoco nos apetecía, y nos lo acaba de enseñar —

murmuró Maite.

—¿Eh? —le preguntó Bernarda girándose hacia ella—. Tantas cosas que tiene una que ver en la vida... —continuó sin esperar a que Maite le contestara—. Hace treinta años la madre, y ahora el hijo —comentó negando con la cabeza.

—¿A quién se refiere? —le preguntó Reme. Dio un gran paso de lado y se puso rápidamente junto a Bernarda, mirándola de reajo.

—A quién va a ser. Al andrajoso ese que no se lava, el nieto de la señora Aurora. Nada más que ha venido a darle faena a su abuela y cuando llega la noche la deja sola y se larga de cachondeo. Angustias oye el ruido de su puerta cerrándose cuando vuelve de madrugada —nos contó enfadada, como si eso último fuera un delito. Después comprobó los botones de su bata con la boca fruncida y nos miró a las tres, para asegurarse de que habíamos comprendido su indignación.

—¡Eso es mentira! —la acusé ojiplática.

—Bueno, ¿tú qué sabes, Azahar? A lo mejor es verdad —me comentó Maite.

La miré y abrí la boca para contestarle, pero me detuve a tiempo. ¿Qué iba a decir? ¿Que lo que hacía Helios por las noches era sólo charlar conmigo en algún lugar donde nadie pudiera vernos? No podía confesarlo, y menos todavía delante de Bernarda. Estaba muy asustada, iban a cogerme si la gente empezaba a perseguir a Helios también por las noches.

—¡Jamás he visto una mancha en la camiseta de ese chico! —exclamé con semblante serio, levantando el dedo a la altura de mi cara cual presidente de la Nación—. No le llame guarro y andrajoso, por Dios —le reproché a Bernarda.

—Sí, a nosotras tampoco nos parece que no se lave —dijo Reme.

—¿Pero no veis los pelos que tiene? —exclamó Bernarda—. Ahí dentro debe de tener una familia de lagartos, ese se pasa el día *espinflándose colacaína* y no se acuerda ni de echarse un agua por encima. Y mientras tanto la abuela ahí, dándole de comer y teniendo que esconder el monedero, como tenía que hacer con su hija. *Clavadiiiiito* a su madre. ¡Un sinvergüenza! La maleante esa ni siquiera vino al entierro de su padre y ahora manda al piojoso de su hijo para ver qué le puede sacar a la pobre anciana. ¡Lo único que quieren es la herencia! —concluyó indignada.

No me lo podía creer, pero estaba empezando a estar de acuerdo con mi madre. Aquel critiqueo era cruel, sólo eran especulaciones maliciosas de

gente amargada. A saber a cuántas personas le había comentado ya Bernarda esas tonterías y cuánto de verdad había en todo lo que nos había estado contado.

—¿Quería usted algo? —le pregunté para que se fuera ya.

—Pues no quería nada, sólo he entrado para que me diera el aire del ventilador —me contestó. Y, tal como vino, se fue.

—Vaya, hija, cómo te has puesto. Ni que te hubiera criticado a ti —me comentó Maite.

—Es que Bernarda me está empezando a caer fatal. No soporto que hable así de nadie, con todo lo que esconde ella —me excusé.

—Ya. Pero su paso por aquí ha sido productivo, no lo negarás. Nos ha contado que Helios visita un burdel por las noches —dijo Reme.

—¿Qué? —exclamó Maite.

—¿No la has oído? Sale de su casa cada noche y vuelve despeinado. Las prostitutas suelen hacer eso en los clubs de alterne, sentarse en las rodillas de los clientes y revolverles el pelo para camelárselos —respondió Reme.

—No ha dicho que vuelva despeinado, ¡ha dicho que no se lava! —le recordé asombrada. Qué manía tenía Reme de inventarse los detalles de cualquier conversación. ¿¿Por qué hacía eso?? ¡No había necesidad!—. De verdad, cada día estás peor —le solté.

—¿Tú crees? Pues yo cada día me encuentro mejor... —me contestó ella.

—Eso es verdad, hoy pareces muy sana —le comentó Maite.

—Pues estará sana del cuello para abajo, porque de la cabeza está fatal —le dije.

—A ver, sólo intento esclarecer este asunto, por el bien común —se justificó Reme.

—Vale. Pero, por una vez, haz el favor de ceñirte a los hechos —le pedí agotada. Estaba cansadísima de oír rumores sin contrastar, así era imposible llegar a la verdad, y los cotilleos sobre la familia de Helios estaban tomando un tono que me provocaba mucho rechazo.

—Bueno, yo me voy. Tengo que darle de mamar al niño —dijo Maite mirando su reloj.

—Yo también. Me voy a echar la siesta del borrego en el sofá, hoy no pienso hacer de comer —dijo Reme.

—¿No van Javi y tu suegro a comer a casa? —le pregunté extrañada.

—Claro que sí, pero se van a tener que conformar con meterse unas lentejas de bote. Que les den —me respondió.

—Toma ahí, muy bien... —le dijo Reme, asintiendo con admiración.

—Di que sí. Si quieren una criada que suelten la pasta —la animé también, tan orgullosa de ella como Maite.

Era evidente que algo estaba empezando a cambiar en Reme de manera positiva. Y a mí eso no sólo me alegraba, me parecía genial. Debería haberlo hecho mucho antes y haberse ahorrado sufrimiento, justo lo contrario de lo que estaba haciendo yo.

—Este color me gusta para la habitación de los críos —me comentó Marcelo, cogiendo un bote de pintura feísima para mirarlo de cerca.

Habíamos ido a una tienda de decoración de un centro comercial, prácticamente teniéndome que arrastrar Marcelo hasta allí. Lo intenté, pero al final no pude negarme porque, teóricamente, aquello me incumbía a mí también.

—¿Qué dices, Marcelo? Es verde tirando a boñiga seca. ¿Cómo puede gustarte eso? Cualquier niño desarrollaría una enfermedad mental por estar expuesto a ese color —le dije con desagrado.

—Bueno, Melón, pues elígelo tú. Alguien lo tiene que hacer, y no parece que tú tengas ganas.

—Es que esto es absurdo. ¿Por qué tenemos que decorar una habitación para niños, si ni siquiera los tenemos? —le pregunté.

—¿Para qué va a ser? Para cuando vengan.

—¿Y si no vienen nunca? No creas que es tan fácil. ¿Sabías que sólo uno de entre los doscientos millones de espermatozoides que salen disparados durante la eyaculación llega a fecundar el óvulo? La mayoría mueren por el camino, y eso que es un trayecto corto y bien señalizado —le expliqué.

Marcelo se agarró la entrepierna, me miró asombrado y me dijo:

—¿Todo eso cabe aquí? Ya decía yo que tenía los huevos muy gordos.

Lo miré y no supe qué decir. ¿Para qué? A aquellas alturas, después de catorce años juntos, no había conseguido que se refinara un poco, así que no iba a hacerlo justo en aquel momento.

—¿Es necesario que a la mínima de cambio siempre menciones que tienes los testículos muy gordos? ¿Qué esperas, que te den un premio por eso? —le recriminé de todas formas.

—Yo no tengo testículos, tengo huevos. Soy un tío de verdad, de los que se visten por los pies.

—¿Si? Pues siento decirte que no conozco a ningún tío que se meta los

pantalones por la cabeza. Ya va siendo hora de que te bajes de tu burra, Algarrobo —le dije.

—¿Ese quién es? ¿Y qué tiene que ver con mis huevos gordos? —me preguntó Marcelo.

—¿Quieres parar de decir 'huevos gordos'? Abstente de hacerlo en mi presencia, por favor.

Marcelo arrugó la nariz confundido, sacó su móvil del bolsillo de su camisa y se lo puso delante de la boca.

—*Asgente* —le dictó a Google.

—¿Qué haces? —le pregunté asombrada.

—¿Qué voy a hacer? Enterarme de qué dices. Me entiendo mejor con mis cerdos que contigo.

Resoplé rodando los ojos y me puse a merodear por el pasillo. Me sentía mal hablándole de aquella manera, seguramente era injusto, pero estaba llegando a un punto en el que no lo podía evitar. Marcelo me ponía histérica.

—Este rosa es bonito para la habitación que sobra, a mi madre le gustará dormirse viendo un color así —comentó cogiendo otro bote de pintura.

Me di la vuelta hacia él a la velocidad de la luz, lo hice tan rápido que casi me rompo el cuello. De hecho, al dar el giro sobre mi pie perdí el equilibrio y me tuve que agarrar al expositor de las brochas. ¿De qué estaba hablando? Mi suegra jamás dormiría en mi casa, después de su última visita estaba pensando pedirle al cura que fuera a rociar todos los rincones con agua bendita, por precaución.

—Tu madre no necesita dormir en nuestra casa, tiene la suya —le dije. Iba a decir “tiene su nido de urraca”, pero supuse que no era plan.

—Ya lo sé. Pero se hace mayor y a lo mejor llega un momento en el que tengo que cuidar de ella.

—¿No te estás adelantando demasiado a los acontecimientos? Primero me hablas de unos niños que no existen y después de la futura incapacidad de tu madre. No te preocupes por eso. Si no se va a dar el caso, con la mala leche que tiene os acabará enterrando a todos... —le comenté, murmurando lo último.

Sólo me faltaba eso, tener a la urraca de ocupa en mi propia casa. ¡Sin escapatoria posible! Me la imaginé de pie en la cama, sacudiendo los alerones y graznando como una psicópata, y me entró descomposición.

—¿No pensarás que voy a dejar a mi madre en la calle, con todo lo que ha hecho por mí? —me dijo Marcelo ofendido.

—Esto es una broma, ¿verdad? Ahora viene cuando salen de su escondite los de la cámara oculta —dije mirando a mi alrededor.

—¿Por qué iba a estar de broma? ¿Qué pasaría si fuera tu madre a la que tuvieras que cuidar? Me apuesto lo que quieras a que entonces la cosa cambiaría —me acusó.

—Vamos a ver... —le dije, frotándome la frente con la vista fija en el suelo—. Me estás poniendo esto muy difícil, de verdad. Estás diciendo cosas absurdas, por lo menos un cincuenta por ciento más que de costumbre, y no sabes lo que me estoy esforzando para no darte peores contestaciones —le advertí.

—¿Os puedo ayudar? —nos preguntó un dependiente acercándose a nosotros.

—Si no es usted psiquiatra, no. Mi novia está loca —le dijo Marcelo.

—No tanto como tu madre —le contesté.

—Pues la tuya tampoco es que esté muy cuerda, que digamos, el otro día dijo que nuestros hijos comerían pienso —me respondió Marcelo.

—¿Pero de qué hijos estás hablando? ¡No tenemos hijos! —exclamé desesperada.

—A punto de casaros, ¿eh? Estas cosas siempre pasan antes de la boda, son los nervios —nos dijo el dependiente en modo dependiente, con las manos agarradas a la altura de sus lumbares—. A mi mujer le dio por comer, empezó con un arroz con leche y acabó con una perdiz en salsa. Cuando mi suegra se quiso dar cuenta ya se había comido el libro de recetas entero, sólo había dejado las tapas —nos explicó. Se alzó un instante sobre la punta de sus zapatos, después posó los talones en el suelo y nos sonrió.

Me dio vergüenza haberme puesto así delante de un desconocido, había perdido los nervios y la gente nos estaba mirando, así que respiré hondo y me intenté relajar.

—¿Qué color nos recomienda para la habitación de un niño? ¿Hay alguno que esté de moda? Es que mi novia es de la *jet lag*... —dijo Marcelo con retintín, hablándole al dependiente pero mirándome a mí.

—¿Qué jet lag? Se dice jet-set —lo corregí—. ¿Usted cree que es normal que quiera pintar una habitación infantil color boñiga seca? —le pregunté indignada al dependiente.

Marcelo se lo había buscado, ya me había hecho saltar otra vez.

—Felicidades por su embarazo —me dijo el dependiente.

—¿Qué embarazo? ¡No estoy embarazada! —le informé levantando de

nuevo la voz. Me estaba empezando a poner tan histérica que hasta tenía un tic en el ojo, mi paciencia con Marcelo ya no daba para más.

—Oh. Creí que... —se disculpó el dependiente.

—Pues claro, no me extraña que lo creyera, ¡porque no es normal buscar pintura para la habitación de un bebé que no está hecho! —exclamé mirando a Marcelo—. Ni siquiera tenemos fecha para la boda todavía, ¿lo sabía? —le expliqué al dependiente intentando encontrar apoyo moral en él.

—Pero mi madre sí que está hecha, y tampoco te parece bien buscar una pintura para su habitación —me soltó Marcelo.

—Qué va a estar hecha tu madre, ¡está a medio cocer! Y jamás tendrá una habitación en mi casa —le respondí.

El dependiente empezó a dar pasos hacia atrás, se puso a silbar haciendo un bailecillo de claqué y después se dio la vuelta y desapareció.

—Ah, ¿sí? Pues yo diría que ni siquiera tú tendrás una habitación allí —me dijo Marcelo.

—¿Me estás amenazando? —le reté.

Me puse las manos en las caderas y lo miré con seriedad. Marcelo resopló pasándose los dedos por el pelo, se subió el pantalón haciendo lo de siempre, dejándose marcado el paquete a un lado, miró al suelo y a continuación me dijo:

—Deberíamos darnos un tiempo.

Me quedé muerta. Aquello, así, sin previo aviso, no me lo esperaba. ¿Marcelo quería que lo dejáramos? Sabía que era lo mejor, y que incluso me estaba haciendo un favor. Pero nosotros jamás habíamos roto, ni siquiera cuando habíamos tenido alguna discusión relativamente gorda, y por eso su proposición me sorprendió tanto. Mi corazón dio un vuelco a pesar de que yo también había querido romper, que ya no estuviera enamorada de Marcelo no quería decir que no le quisiera, o que no le tuviera un cariño enorme. La situación no dejaba de resultarme muy difícil.

—Ya veo —dije rebajando el tono. Lo miré y me dieron ganas de llorar. Tantos años juntos y tantas cosas compartidas para terminar así, rompiendo después de una discusión que había comenzado por un bote de pintura color verde boñiga—. Me imagino que tienes razón. Deberíamos dejarlo por un tiempo y aclarar nuestras ideas. Algo está cambiando y no sé si podrá volver a ser como antes —le comenté apenada.

—No le echés la culpa a nada ni a nadie, el problema eres tú —me respondió.

Al oír eso la culpa me reconcomió, sabía que no le podía rebatir ese comentario. Pero yo no había planeado hacerle daño ni que las cosas fueran así, simplemente surgieron de esa manera y no fui capaz de evitarlo. Catorce años eran muchos para tomar decisiones a la ligera, esperé porque no quería equivocarme ni hacerle sufrir.

—No te echo la culpa de nada, Marcelo. Es sólo que eso de darnos un tiempo suena muy mal —le contesté.

—Suena a lo que es. No podemos seguir haciendo planes hasta que tú no tomes una decisión —me dijo.

Me sentí más presionada que nunca. ¿La decisión estaba sólo en mis manos? Parecía que a Marcelo le diera igual que tuviéramos tan poco que ver, que yo fuera la única que odiaba cosas del otro. Marcelo debía de quererme tanto que le parecían tonterías, pero para mí no lo eran y no creía que debieran serlo para él. Casi hubiera preferido que me diera la patada porque no me soportaba. Si ya me sentía mal antes, ahora me sentía aún peor. Todo había sido por mi culpa.

—En fin. Pues... supongo que tendremos que dejar lo de la pintura para otra ocasión —le comenté. Fue lo único que se me ocurrió. ¿Qué se decía en un momento así? Podía ser que aquella fuera la última vez que Marcelo y yo nos viéramos como pareja. A juzgar por el camino que yo llevaba era lo más probable, pero no podía decirle algo más profundo y cariñoso porque temía que me iba a poner a llorar allí mismo.

—Vayamos tirando, tengo que pasarme a encargarme para los gorrinos y me van a cerrar —me dijo Marcelo.

Fue así de épicamente “romántico”. Nuestra relación podía estar terminando de una manera igual de ridícula que empezó. O más. Su última frase iba a ser que tenía que hacer un recado para sus gorrinos.

—No, déjame aquí. No me apetece volver a casa —me negué entristecida.

—¿Estás segura?

—Sí. Volveré en autobús.

Marcelo asintió, carraspeó y se volvió a subir el pantalón prácticamente hasta el sobaco. Me dio un beso en la mejilla y después se fue decidido, sin mirar atrás.

Me dejó allí con un nudo en la garganta. Me sentía perdida ahora que nuestra separación se había hecho realidad, tenía miedo de enfrentarme sola al futuro. En aquel momento, por mucho que romper pareciera lo mejor, no era capaz de sentir alivio ni liberación. Marcelo había sido una parte

demasiado importante de mi vida como para sentirme feliz por quitármelo de encima.

Estuve más de una hora dando vueltas por el centro comercial, seguía tan impresionada por lo ocurrido que no podía pensar con claridad. En algún momento se me ocurrió que Marcelo sólo había querido probarme, que a lo mejor pretendía darme un escarmiento por cómo me había estado comportando. Pero, fuera como fuese, él ya había dado el paso crucial y yo no me podía permitir echarme atrás. Me lo había puesto tan en bandeja que se lo tenía que agradecer. Ya no necesitaba decidirme a romper, mi dilema sobre nuestra relación se había acabado. Cuando hubiéramos tenido tiempo de pensar si estábamos mejor separados que juntos le diría que así era, que no quería casarme con él. Lo sentía por Marcelo porque sabía que había hecho muchos planes de vida en los que yo era la coprotagonista, pero ya no tenía ninguna duda, nuestra larguísima historia había llegado a su fin.

Iba a coger el autobús para volver a casa cuando pensé en mi madre, quien seguramente se alegraría de lo que había pasado, pero todavía no me sentía con ganas de contárselo, lo que necesitaba era airear mi mente y desconectar. Cogí mi teléfono y marqué el número mágico. Fue muy extraño poder hacerlo sin sentirme culpable, sin pensar que estaba haciendo algo que no debía. Y mientras esperaba a que Helios llegara, sentada en un macetero de la entrada del centro comercial, comencé a sentir lo genial que era poder hacer lo que me diera la gana. Era libre, no tenía que esconderme ni darle explicaciones a nadie, podía irme a París o a Hong Kong, caminar por la calle haciendo el pino o hacerme rastas y no lavarme nunca más el pelo. Pero nada de eso me llamaba, lo que quería era tener una cita de verdad con Helios.

El miedo al futuro de un rato antes se me pasó al verle llegar con su manera segura y despreocupada de caminar. Empecé a ver mi nueva situación como una oportunidad de que me pudieran pasar cosas buenas. Mi vida acababa de dar un giro que tenía que aprovechar, podía empezar de nuevo de la manera que quisiera... Me merecía ser feliz, y quería intentarlo.

—¿Ha pedido usted un taxi? —me dijo Helios sonriendo, parando frente a

mí.

—Sí. Pero no tengo prisa por volver a casa... —le dije misteriosa.

Puso cara inicial de sorpresa. Pero fue sólo un segundo, al ponerme de pie nos sonreímos mirándonos de medio lado y caminamos hacia el centro, en busca de una terraza de bar en la que sentarnos.

—Así que te ha dejado —me dijo Helios divertido.

—¿Y eso te hace gracia? —le pregunté asombrada.

—La verdad es que sí. No me dirás que no es irónico, has estado sufriendo por alguien a quien no le ha dado ninguna pena dejarte a ti.

—Sé que lo ha hecho por mí. Se ha dado cuenta de que yo no me atrevía y es tan bueno que ha dado el paso él. Nunca me he merecido a Marcelo —dije sintiéndome culpable.

—¿Crees que lo ha hecho por ti? ¿Qué te hace pensar que no lo ha hecho por él? Sería lo más lógico, no le gustaba tu actitud y no quería seguir aguantándola. No veo mucha diferencia entre lo que te pasaba a ti y lo que le ha pasado a él.

—Yo sí la veo. Marcelo está enamorado de mí, nunca hubiese querido que rompiéramos. —Había sido todo tan rápido e inesperado que cada vez que me iba a la cabeza me volvía a impresionar. Marcelo ni siquiera había insistido en llevarme a casa, con decirle 'no' una vez había bastado para que se fuera sin mí. Debía de estar muy decidido a hacer lo que había hecho. Pero no podía culparle, me imaginé que ya estaba de mí y de mis excusas hasta su gorra de “Piensos el Tragaldabas”—. Esta situación es nueva para mí, no sé qué voy a hacer a partir de ahora. Fuente del Limonar es tan pequeño que me tendré que acostumbrar a encontrarme con Marcelo cada dos por tres. Todo el mundo me preguntará qué nos ha pasado y seremos la comidilla del pueblo, ahora te entiendo perfectamente —le dije a Helios riendo un instante.

Él me cogió la mano sobre la mesa y me miró comprensivo. Se había dado cuenta de que mi angustia era real y dejó el cachondeo a un lado. Quizá tenía razón en que era una ironía que Marcelo me hubiera dejado sin dudarlo ni una mínima parte de lo que lo había hecho yo. Pero yo no podía verlo así, en cierta manera, le había obligado a que lo hiciera.

—Es normal que te sientas perdida después de tantos años de relación. Es muy reciente y las rupturas siempre son complicadas, aunque puedan ser la mejor solución. Parece que el corazón esté desconectado de la cabeza, ¿verdad? Hace lo que le da la gana —me comentó Helios.

—Sí, supongo —asentí—. Aunque en realidad no sé qué se siente normalmente en estos casos. Marcelo es la única pareja que he tenido en toda mi vida, no tengo demasiada experiencia en temas de amor —dije un poco cortada. Helios miró en silencio la mano que me agarraba y me acarició los nudillos con el pulgar. Sólo con eso ya me hizo sentir mejor, así de mágico era el efecto que tenía sobre mí—. Me preocupa un poco mi nueva rutina, no estoy acostumbrada a ser independiente —dije sonriendo inquieta.

—Estás mirando esto desde una perspectiva muy estrecha. Me imagino que estás acostumbrada a tu pequeña burbuja del pueblo, a relacionarte con gente que tiene una manera idéntica de pensar y de vivir. Por eso no te das cuenta de todo lo excitante y divertido que podrías hacer con tu vida. Y ahora tienes la oportunidad, ¿no lo ves? Tienes mucha suerte —me animó.

—Ya. Puede que tengas razón...

Helios soltó mi mano, apoyó los brazos sobre la mesa y me dijo:

—Recuerda lo que te acabo de decir. Si lo vuelves a dudar sólo tienes que acercarte al mar. Siéntate en el espigón y mira a los peces nadar, así te darás cuenta de lo grande que es el mundo y...

—... lo importante que es la libertad —finalicé la frase por él.

Helios levantó las cejas, pero más sorprendida me quedé yo. Conocía esa frase porque se la había oído decir a mi madre. La había usado para recordarme todo lo que ella y mi padre habían esperado de mí y lo defraudado que él se habría sentido con mi poca valentía y mi falta de aspiraciones. ¿De dónde la había sacado Helios?

—¿Sabes que tu madre y la mía eran amigas? —le pregunté al caer en ello. Me había olvidado por completo de esa conexión. Mi madre y la suya habían crecido juntas y seguramente tenían una forma similar de hablar.

—No. Pero me lo puedo imaginar, Fuente del Limonar es un pueblo pequeño —me respondió.

Sabía que no debía, pero la curiosidad me pudo y me lancé igualmente. Picoteé de un plato de patatas que teníamos delante, hice algo más de tiempo dándole un trago a mi cerveza y le comenté:

—Mi madre no me bautizó. Dice que quería que eligiera yo misma en qué creer, pero en realidad casi me obligó a que fuera atea. ¿Tú crees en Dios?

—Sí, puede... Pero no en el sentido literal, no siento ningún respeto por la Iglesia.

—¿No? ¿Por qué? —quise saber fingiendo naturalidad.

—¿Por qué debería hacerlo? Esa gente que la lleva es igual que nosotros.

Algunos son incluso peores.

Noté cierto desprecio en su voz, o a lo mejor fue indiferencia, pero su respuesta me hizo sospechar que tenía un motivo de peso para opinar así y me podía imaginar cuál era. Qué rabia me dio no poder ser más directa. ¿Cómo podía sacarle el tema de Don Pancraccio sin pasarme de entrometida? No podía preguntarle así como así si era hijo del cura.

—Tienes razón. Llevar alzacuellos no te hace buena persona. Los curas también son humanos, y todos tenemos un lado oscuro —le comenté para dejárselo a punto de caramelo.

Helios asintió masticando una albóndiga, después pinchó su tenedor en una patata y se lo llevó a la boca, sin añadir nada más. ¿Se estaba haciendo el tonto, o realmente no tenía nada más que decir sobre el tema? A mí me pareció más bien lo primero, pero no tuve más remedio que quedarme con la duda.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó riendo.

Me lo estaba intentando imaginar con sotana para ver si así le encontraba más parecido a Don Pancraccio. Pero no me funcionó. Llevaba puesta una camiseta amarilla, un vaquero gris y sus botas negras; y tenía tanta presencia y personalidad que no podía verlo de otra manera.

—Porque te has comido la última patata, y la quería yo —le contesté.

—Pues haberte espabilado. ¿Ves como no sabes aprovechar el momento? —se burló de mí.

Miré a mi alrededor y me puse a observar las otras mesas de la terraza. Estaba hasta arriba de gente que charlaba animada entre bebidas y tapas. Era de noche y corría una brisa agradable que agradecía un montón después del calor sofocante del día, y mi ligero mareo por la cerveza me había empezando a anestesiar. Ahora me sentía relajada y bastante resuelta.

—¿Sabes...? Cuando te vi por primera vez supe que algo importante iba a pasar. Sabía que mi vida estaba a punto de cambiar con tu llegada —le dije sonrojándome. Cogí mi jarra de cerveza y me quedé mirando el fondo, para que mis ojos no se encontraran con los suyos.

Helios soltó su tenedor, apoyó la espalda en el respaldo de su silla y me preguntó:

—¿Por qué? ¿Estabas esperando que alguien viniera a salvarte?

—No. No quería que nadie me rescatara. No lo sabía, pero te estaba esperando a ti...

Lo miré sin levantar la cara, todavía con mi jarra en la mano a modo de

escudo anti-bochorno. Me daba vergüenza que pudiera encontrar mi comentario demasiado bobo y peliculero, pero era de verdad lo que sentía. No sabía dónde me iba a llevar mi confesión, pero necesitaba hacérsela.

Helios se ladeó un poco en su silla acercándose a mí y el corazón se me empezó a acelerar. No sabía qué iba a contestarme porque estaba mirándome con una expresión que no sabía cómo interpretar y me dio miedo que fuera a reírse de mí. A lo mejor sólo había estado entreteniéndose conmigo porque se aburría en el pueblo, y yo sólo había estado fantaseando con que estábamos hechos el uno para el otro porque era demasiado romántica y no tenía experiencia en el amor.

—Yo tampoco sabía que estabas esperándome. Habría venido antes de haberlo sabido —me contestó. Agarró mi nuca con su mano, acercó mi cara a la suya y, por fin, ¡le besé! O, ¡me besó! No lo sé, ¡nos besamos! Sentí que algo que tenía que pasar se había cumplido, que conocía a Helios de toda la vida, aunque sólo fuera de haber soñado siempre con él. Besaba igual que aparentaba, de manera decidida pero con un toque deliciosamente juguetón. Su barba me rascaba la barbilla pero me parecía una molestia maravillosa que lo hacía más real, quizá no me lo hubiese creído de no haber sido por ese detalle. Estaba montada en una nube mullidita de felicidad. ¿Qué había hecho tanto tiempo con Marcelo? ¿Marcelo...? ¿Quién era Marcelo...? Ya no me acordaba.

—*Treseuro* —nos dijo un hindú. Había puesto una rosa de plástico entre nuestras caras y nos miraba sonriente.

—¿Qué hace? ¿¡No ve que estamos ocupados!?! —repliqué enfadada.

Idiota... Me había cortado el rollo justo cuando Helios me había rozado una teta. Lo había hecho sin querer, al sujetar una jarra que se había tambaleado sobre la mesa, pero me había hecho la misma ilusión.

—Creo que voy a empezar a venir más a menudo por aquí. Me está gustando esto —me dijo Helios.

—Espero que lo hagas, eres lo más emocionante que ha pasado en Fuente del Limonar desde que asfaltaron las calles.

Él se echó a reír y me miró divertido. Pero después apoyó el codo en la mesa y la barbilla en su mano y comenzó a mirarme de una manera que me provocó un nervioso sofocón.

¿Me estaba proponiendo lo que me parecía...?

¡La cosa se ponía emocionante!

¿Qué bragas llevaba puestas? ¿No serían las que decían por delante “Tú

por aquí y yo con estos pelos"...? Eso me preocupaba.

—¿Qué te apetece hacer? —me preguntó sugerente.

—Ah, pues... no sé —dije nerviosa. Cogí una servilleta de papel y me puse a hacer un avioncito con ella.

—Si quieres te llevo a casa —me propuso.

¿¿Qué??

Sí, hombre.

—No, prefiero llegar cuando mi madre se haya dormido. Esa mujer se da cuenta de todo y no me apetece explicarle lo de Marcelo esta noche.

—Vale, pues entonces supongo que podríamos quedarnos aquí, corre un aire muy fresco —me dijo. Se cruzó de brazos, bajó el culo en su silla separando las piernas y miró tranquilamente a su alrededor, como si estuviera la mar de a gusto allí.

—Pues a mí no me apetece quedarme aquí. Huele a fritanga y se me está pegando el olor en el pelo —dije rápidamente.

—Bueno. Pues, ¿qué quieres hacer? —me volvió a preguntar.

—No sé... —le volví a decir, como si no lo supiera—. Bueno... —rectifiqué subiendo un hombro.

—¿Si? ¿Bueno, qué? —me preguntó haciéndose el tonto. Se estaba burlando de mí, ¿verdad? Sí, claro que sí. Se echó a reír apartando su mirada de la mía y cuando se cansó de provocarme me dijo—: Mi abuela se habrá acostado ya. ¿Quieres que vayamos a la casa más famosa de Fuente del Limonar y ser la envidia de todo el pueblo? Todo el mundo está deseando entrar... —Levantó una ceja y me sonrió.

—¿A casa de tu abuela? —le pregunté con sorpresa—. Yo... no sé. No es que vayamos a hacer algo obsceno, claro está, sólo vamos a charlar —dije enseguida—. Pero a lo mejor no está bien que yo esté allí a estas horas, puede parecer irrespetuoso.

—¿Irrespetuoso? —me preguntó riendo. Me dio vergüenza nada más terminar de decirlo porque había quedado como una mojígata. Pero estaba nerviosa y no sabía cómo llevar la situación, no estaba acostumbrada a ligar —. Deja de preocuparte por lo que piensen de ti. Además, mi abuela tiene poco que decir, esa casa en la que vive es mía —me dijo.

—¿Que es tuya? ¿Cómo que es tuya? —le pregunté desconcertada.

—Sí. Es mía desde hace años, mi abuelo la puso a mi nombre antes de morir.

—Oh... —exclamé asombrada—. Aquello no me encajaba con nada de lo

que sabía. Es más, me parecía contradictorio. Pero tampoco era el momento de intentar comprenderlo, estaba a punto de hacer algo mucho más emocionante. O eso esperaba—. Vale. Podría ir a tu casa y hacer tiempo hasta que mi madre se haya dormido, hoy no me apetece encontrarme con nadie — acepté. Aunque no lo hice sólo por la expectativa de acostarme con Helios, cosa que me apetecía tanto como me tenía inquieta; yo sólo lo había hecho con Marcelo y me sentía muy insegura. Realmente no tenía ganas de cruzarme con nadie de camino a mi casa, cada vez me sentía más extraña y fuera de lugar en mi propio pueblo.

Cuando subíamos por la carretera que llevaba a Fuente del Limonar me puse más nerviosa todavía, si es que eso era posible. En mi cabeza ya había acabado con Marcelo, pero de palabra estábamos en una pausa en nuestra relación, como en el descanso para la publicidad de una película antes de la escena final, y prefería que nadie me viera con Helios. Me escurrí en el asiento de su coche hasta que ya no pude más, tenía el cuello donde debería haber tenido apoyados los riñones y mis rodillas casi tocaban el motor. Estaba en una postura muy incómoda, además de ridícula, pero no la cambié hasta que Helios aparcó en su puerta, a pesar de todo lo que se rió de mí. De hecho, me quedé todavía así cuando él salió del coche y se me quedó mirando, encorvado junto a mi ventanilla.

—Voy a buscar una cuerda y una polea. Si subo el coche desde mi ventana no tendrás que bajarte de ahí y nadie te verá entrar —me susurró.

—Vale, sí. Me parece buena idea —le susurré yo. Me removí en el asiento y lo miré con una sonrisa. Volví a mirar al frente y nos quedamos en silencio.

Helios se puso erguido, se colocó las manos en las caderas y miró de un lado a otro como si estuviera viendo pasar el tiempo. Pero, de repente, dio tres fuertes golpes con la palma de la mano sobre el techo del coche, se volvió a agachar hasta la altura de mi ventanilla y me chilló, como si fuera sorda:

—¡Señora! ¿¡Está usted ahí!?

—¿¡Qué haces!?! ¿¡No grites! —le dije asustada.

—¿Quieres hacer el favor de bajarte del coche? Te doy diez segundos, si para entonces no lo has hecho me pondré a llamar a todas las puertas y le contaré al pueblo entero que estás aquí.

—¿Eh? ¡¡No!!

—Quita el seguro —me pidió. Lo acababa de poner para que no pudiera

abrir la puerta, se había dejado las llaves dentro, pero metió la mano por la ventanilla y me agarró la nariz—. Quita el seguro o tendrás que respirar por la boca toda la noche. Y yo de ti me lo pensaría, estás muy rara así...

—¿*Be verdá?* —le pregunté con voz nasal. Bajé la visera del coche para mirarme en el espejo y me di cuenta de que tenía razón. Como no podía respirar por la nariz no podía cerrar la boca y la movía de una manera muy rara para coger aire, como un besugo fuera del agua—. *Pueno, bero abre brimero la buerta de tu casa. Be deslizaré hasta allí con dapidez.*

—No puedo. Las llaves están puestas en el contacto —me dijo. Miré hacia allí y estiré el brazo para cogerlas, pero Helios levantó el seguro con la mano que tenía libre y consiguió abrir la puerta. Me agarré al asiento del conductor con las dos manos, pero él me agarró por las piernas y comenzó a tirar de mí hacia afuera—. ¿Quieres salir de una vez? —dijo sin poder aguantarse la risa—. ¿No ves que lo estás empeorando? Como alguien se asome y vea esta escena dentro de un momento tendremos aquí a la policía.

Quité una mano del asiento del copiloto y me giré para mirarle. Estaba haciendo un número muy ridículo, no le faltaba razón. Se me había bajado el pantalón y se me veían las bragas —ciertamente, las de “Tú por aquí y yo con estos pelos”— y parecía que Helios estuviera intentando secuestrarme. Tenía que volver al planeta Tierra, el miedo al “qué dirán” estaba haciendo que quedara como una idiota.

—Vale. Pero no hagas ruido, por favor —le pedí.

Helios asintió, sacó las llaves del contacto y dio el escaso paso y medio hasta la puerta de su casa. La abrió de par en par y extendió el brazo hacia dentro invitándome a entrar. Yo salí del coche con mucho sigilo y, cuando ya iba a poner un pie en la entrada de la casa, él cerró el coche de un fuerte portazo.

—Uy, perdón —fingió disculparse.

Lo miré a punto de darle con el bolso en la cabeza, pero al final no pude enfadarme con él y me tuve que reír; estaba riéndose con ese aire de crío travieso en un cuerpo de hombre y no fui capaz de resistirme a su encanto. Quizá todo el mundo se habría enterado de que estaba allí con Helios pero, si era así, conocía a unas cuantas que se estarían muriendo de envidia.

Subimos la escalera hasta la primera planta. Todo estaba en silencio y, aunque tenía claro que su abuela estaba completamente sorda, intenté hacer el mínimo ruido posible. Nunca había pisado otra estancia de aquella casa que no fuera el salón y la cocina, y de alguna forma me sentía una intrusa.

Helios abrió la puerta de su habitación, encendió la luz y me invitó a pasar antes que él.

—Gracias —le dije. Y al instante me di cuenta de que aquella era la antigua habitación de la persona más misteriosa y criticada del pueblo...

Me pareció viajar décadas atrás. Parecía que nada se había tocado desde que la madre de Helios se fue, había detalles personales que hablaban de ella como si todavía durmiera allí. Los muebles eran juveniles, pero lacados y ochenteros, tan pasadísimos de moda como el rosa pastel de las paredes y la colcha floreada de la cama. Del saliente del cabecero colgaban unos collares plateados que se habían ennegrecido con el paso del tiempo y el frontal estaba cubierto de pegatinas de cosas y lugares de una época que yo no había vivido. En la mesilla de noche había una fotografía y, aun sin haber conocido a la chica que me sonreía desde allí, no necesité que nadie me dijera quién era. Helios era idéntico a su madre, todo lo había sacado de ella.

—Os parecéis mucho —le comenté, cogiendo la foto para mirarla de cerca.

—Sí, eso dicen. —Me quitó la fotografía de las manos y volvió a ponerla sobre la mesilla de noche. Yo sonreí inquieta y lo miré cortada, era tan evidente lo que habíamos ido a hacer allí que no sabía cómo actuar para parecer natural—. Puedes soltar el bolso, nadie te lo va a robar —me dijo divertido. Me acababa de agarrar a las asas de mi bolso a la altura de mi hombro, tan en tensión que parecía que lo estaba protegiendo con mi vida. Al darme cuenta lo dejé en suelo y me senté en la cama, Helios se estiró sobre ella boca arriba, con la cabeza apoyada en la almohada y los pies cruzados. Tiró de mí para que me tumbara a su lado, y eso hice—. Relájate, no va a pasar nada. Te abrazaré hasta que te quedes dormida —me comentó.

¿¿Eh??

Me pasó el brazo por el hombro y cerró los ojos. Yo puse mi mano sobre su pecho, quedándome de lado junto a él.

Unos minutos pasaron y, como seguía en silencio e inmóvil, me empecé a molestar.

—Vaya, pues parece que no tengo sueño... —le dije con retintín. Tenía mi cara pegada a su cuello y su olor me estaba haciendo sonreír de gustirrinín. ¿No se lo ocurriría dormirse ahora que me tenía tan a tiro?

Helios abrió un ojo y me dijo:

—Yo tampoco tengo sueño. Pero me parece que estás demasiado asustada y no me gustaría empujarte a hacer algo que no quieras hacer.

—¿¡Quién ha dicho que no quiero!?!— me apresuré a decir.

Fue pronunciar eso y desmadrarse la situación. Helios se quitó rápidamente la camiseta y yo me bajé a toda velocidad el pantalón. La ropa empezó a volar por la habitación mientras nos besábamos y antes de que me diera cuenta lo tenía tumbado sobre mí. Paró y me miró a los ojos unos instantes como si le faltara el aire, con las manos apoyadas sobre la cama a los lados de mi cuerpo y los músculos de sus brazos en tensión. Y entonces, la prisa de un momento antes se convirtió en una pasión muy lenta, en una agonía deliciosa y excitante, pero tan segura como yo lo estaba de haberme enamorado de él.

—¡Son las cinco y media!

Había estirado el brazo hasta la mesilla de noche para mirar la hora en mi teléfono, descubriendo lo tarde que era. Me había quedado frita. Helios estaba dormido boca arriba con un brazo hacia atrás y al oírme tan exaltada abrió los ojos de repente.

—Espera, te acompaño a casa —se ofreció incorporándose.

—No, no hace falta. Pero tengo que irme ya, dentro de nada habrá gente levantándose para ir a trabajar y no quiero encontrármelos —dije saliendo de la cama a toda prisa.

Helios encendió la luz de la mesilla de noche y apoyó el brazo en la almohada, mucho más tranquilo que yo.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? Todavía está muy oscuro —me volvió a proponer.

—¿Qué crees que puede pasarme aquí? ¿Que me caiga una maceta en la cabeza, o que me arañe un gato callejero? —le pregunté riendo—. Esto es tan tranquilo que aburre a los delincuentes.

—Ya, supongo que tienes razón —me respondió. Se volvió a tumbar en la cama y me observó mientras me vestía. Su sonrisa era tan cómplice que no necesitaba hablar para que le entendiera, sabía que estaba rememorando lo de la noche anterior. Habían sido un par de horas de maravillosa pasión y yo me sentía tan feliz como parecía estarlo él.

Lo miré devolviéndole su sugestiva sonrisa, olvidando por un instante mi prisa para poder recrearme en él. ¿Qué había hecho yo para conseguir acostarme con un chico así? Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de quedarme dormida teniéndolo a mi lado. A aquella hora tenía el pelo más revuelto que de costumbre y eso le hacía aún más atractivo. Ahora sabía qué había bajo la sábana que le tapaba sólo hasta la cintura y no podía creerme hasta dónde había llegado desde que intenté imaginármelo escandalizada, cuando entró en mi tienda por primera vez. Todo aquello había pasado de

verdad y si se me ocurría dudarle sólo necesitaba acercar mis brazos a mi nariz. Todavía olía a su perfume y, de no haber sabido que podía repetir lo de aquella noche, no me habría duchado nunca más.

—Te llamo luego —le dije bajito. Me agaché sobre él y le di un beso rápido en los labios, él intentó tirar de mí para que volviera a tumbarme en la cama, pero me tuve que resistir. Tenía que irme de verdad, si no lo hacía antes de que mi madre se levantara no podría hacer como si hubiera dormido en casa, y ese era mi plan.

—Azahar... —me susurró al oído—. ¿Nadie te ha dicho que eres tan bonita como tu nombre? —me preguntó, como ya lo hizo una vez.

—Sí, creo que mi padre. Pero él no cuenta, no era imparcial.

Nos volvimos a besar entre risas. Me solté de sus manos como pude y caminé hacia la puerta pero, cuando estaba a punto de abrirla, me fijé en uno de los estantes que había junto al armario. A mi derecha, sobre la cómoda. Entre unos libros apilados y una caja floreada de cartón, había un pequeño barco de madera con unas velas de tela atadas con cordón. Casi idéntico al que tenía yo, el que me hizo mi padre. Una línea azul lo cruzaba a lo largo y, al enfocar mejor la vista en la semi-oscuridad, pude leer, escrito con un pincel, las palabras que me encogieron el estómago acompañado de un frío sudor: “El Coral del Mar”...

Me quedé tan congelada cuando me di cuenta de que aquel era el barco de mi padre, en el que salía a pescar, que no era capaz de girar el pomo de la puerta para salir. La respiración se me empezó a agitar y no conseguía cerrar la boca a causa de la impresión. Noté un cosquilleo en la cabeza por la falta de oxígeno y pensé que me iba a desmayar.

—¿Te encuentras bien...? —me preguntó Helios extrañado.

Giré la cabeza hacia él y lo miré horrorizada. Había ladeado la cabeza y esperaba atento mi contestación.

—Sí... —dije aturdida.

No supe si me creyó, pero conseguí forzar una sonrisa y finalmente pude echar a andar. Subí la cuesta de mi casa en trance, sin ni siquiera preocuparme de que alguien me viera llegando a aquellas horas. Eso ahora me parecía una soberana tontería comparado con lo que acababa de pasar. Si creía que mis preocupaciones habían acabado rompiendo con Marcelo estaba muy equivocada, mi breve felicidad estaba a punto de convertirse en la más grande de mis pesadillas.

El tictac del reloj de la cocina me estaba pareciendo una amenazante cuenta atrás de lo que podía estar a punto de confirmarse, algo que de ser cierto iba a crearme un trauma que nunca sería capaz de superar. Había salido de mi habitación justo al oír a mi madre levantarse y entrar en el cuarto de baño. Estaba tan ansiosa por que se fuera a la tienda que no pude esperar más, bajé a la cocina antes de que ella lo hiciera y puse en marcha la cafetera. Me senté en la mesa de la cocina sin poder decidir si era mejor saber la verdad o ignorarla. Estaba muy asustada, pero no podía permitir que mi madre lo notara. Tragué saliva e intenté poner buena cara antes de que me viera así. Cuando entró escondí las manos bajo la mesa para que no las pudiera ver temblar, miré hacia la ventana y esperé a que ella me hablara.

—¿A qué hora llegaste anoche? —me preguntó.

—Un poco tarde.

—Ah... —Me miró como si le pareciera raro. Y es que realmente lo era, yo nunca llegaba de madrugada un día entre semana, como estaba intentando hacerle creer. Ni siquiera lo hacía ya los viernes ni los sábados, mi vida de pareja había sido así de excitante los últimos años—. ¿Hoy no tenía que madrugar Marcelo? Le habrá costado levantarse —me comentó.

Me puse de pie y fui hasta la cafetera para servir los cafés. Mi madre no dejaba de mirarme esperando mi respuesta y, como era habitual en ella, ya se había dado cuenta de que algo me pasaba. Lo vi en su manera de observarme con los dos escáneres que tenía por ojos. Pero aquel día no iba a pillarme tan fácilmente, esa mañana tenía una excusa que iba a utilizar para esconderle el problema real.

—Marcelo y yo hemos roto —le conté. Ella agachó la cara lentamente sin dejar de mirarme con atención—. Sí, no me mires así, ya no estamos juntos. Por eso he llegado tan tarde, teníamos cosas de las que hablar.

Mi madre asintió, ahora observándome con admiración.

—Por fin has entrado en razón... —me dijo dando un suspiro.

—Supongo. Pero tampoco he tenido otro remedio, me ha dejado él.

—¿Qué? —exclamó, y después se echó a reír.

Parecía que a todo el mundo le hacía mucha gracia que Marcelo me hubiera dejado, debía de ser un chiste que yo no acababa de pillar.

—Podrías tener un poco de empatía por una vez. Me une un cariño grandísimo a Marcelo, esto no es fácil para mí —le recriminé.

—Ese ha sido siempre tu problema, que no has sabido diferenciar el cariño del amor.

—Mamá, déjalo ya. No necesito nada de esto justo ahora.

Me senté frente a mi taza de café y clavé el codo en la mesa, apoyando la frente en mi mano para utilizar los dedos a modo de visera. No quería mirar a mi madre, el miedo me salía por las orejas y no sabía cuánto tiempo lo podría disimular. Mi angustia real era mucho más grande que lo que pudiera sentir por mi ruptura con Marcelo y no veía el momento de que mi madre bajara a la tienda para estar sola.

—No te preocupes, Azahar. Todo pasará... —me dijo, ahora mostrándose cariñosa y comprensiva—. La vida sigue, y llega un momento en el que lo que parecía horrible se queda en nada. Son cosas por las que tenemos que pasar para que no nos desviemos de nuestro destino.

—No lo entiendes, mamá. Déjame pasar esto a mi manera, por favor —le pedí.

Mi madre asintió y le dio un sorbo a su café.

¿Qué sabía ella del destino? ¿Es que era mi destino acostarme con mi hermano? Apreciaba que intentara consolarme y que dejara de darle tan poca importancia al tema de mi ruptura con Marcelo, pero ella no sabía qué me pasaba y de haberlo sabido le habría dado algo incluso mucho más gordo que a mí. Le estaba haciendo un favor escondiéndoselo, aunque pudiera llegar a probarlo nunca sería capaz de confesárselo.

—Está bien... Me imagino que esto es algo que necesitas asimilar. Tómate tu tiempo y no te preocupes, no te molestaré —me dijo.

—Bajaré a la tienda más tarde, ahora mismo no me siento con ganas.

Mi madre se levantó de la mesa y me agarró por los hombros dándome un cariñoso achuchón, después me dio un beso en la coronilla y me dijo:

—Claro, échate un rato y llora a gusto. Eso siempre funciona, verás como pronto te sentirás mejor.

Dudaba mucho que llorar fuera a solucionar nada, pero su abrazo me hizo sentir protegida, como cuando era una niña y me consolaba después de

magullarme las rodillas en la calle. Su augurio de que todo iba a mejorar me dio una momentánea esperanza. Sin embargo, en mi interior, sabía que no iba a ser así, que todo estaba muy claro ya. Recrearme en ese minúsculo momento de duda era sólo una necesidad por mi parte de intentar conservar mi salud mental.

Creí que mi madre nunca se iría. No supe si fue por mi impaciencia o porque su poca prisa era real, pero me pareció que se entretenía más que ninguna mañana. Cada vez que se acercaba a la puerta de la calle parecía que se había olvidado de algo nuevo. Incluso hizo un pis antes de irse, cuando ya había puesto un pie en la acera, y a pesar de venir del cuarto de baño se volvió a peinar frente al espejo del recibidor. Pero, finalmente, después de dar todas esas exasperantes vueltas, se fue y me quedé a solas acompañada del angustiante tictac del reloj. Subí las escaleras corriendo y caminé asfixiada, a causa de la ansiedad, hasta el fondo del pasillo. Abrí lentamente la puerta de la habitación que nadie ocupaba —donde todos los recuerdos de mi padre estaban guardados—, abrí el armario, saqué las cajas de cartón que los contenían y me senté en el suelo rodeada de todas ellas. De repente oí gente hablando en la calle y eso me hizo girar la cabeza hacia la ventana, me quedé con las manos en la solapa de una caja a medio abrir, pero al no reconocer la voz de mi madre continué. Estaba sola, ella no iba a volver.

Rebusqué entre cajas de ropa, zapatos, aparejos de pesca y un montón de cosas más de las que mi madre jamás se había deshecho. Ella rara vez tocaba nada de aquello, ni siquiera yo lo hacía, pero allí seguía, como si eso fuera lo más cerca que mi madre pudiera estar de él. De no haber sentido la urgencia de dar con algo que pudiera confirmar o negar mis sospechas, el momento habría sido triste. O emotivo. Todo lo que tenía a mi alrededor eran los únicos restos de la vida de alguien muy importante para mí, de la persona que había ayudado a que yo estuviera en el mundo. Pero el miedo y el nerviosismo no me dejaban pensar ni sentir melancolía, lo que estaba haciendo era una necesidad vital.

Después de mucho rebuscar encontré una caja con papeles en la que me tuve que entretener un buen rato. Eran facturas, papeleo personal y otros documentos que necesitaban tiempo para leer. Debajo de ellos encontré otra caja de cartón más pequeña, la abrí, y entonces vi unas fotografías apiladas en un pequeño montón. Eran muy antiguas, la mayoría de mi padre de niño posando con mis abuelos y algunas personas que sólo me sonaban, todas

tomadas en blanco y negro y amarilleadas en las esquinas por el tiempo. Las pasé impaciente en mis manos y, de repente, paré en la única en color...

Mi padre era muy joven en aquella foto, debía de tener poco más de veinte años. No posaba solo y la delgada chica que lo acompañaba, a la que besaba feliz, no era para nada mi madre. Si no hubiera visto aquella cara atractiva de la fotografía unas horas antes me hubiese intentado autoengañar, me hubiese obligado a negarme lo que sospechaba. Pero no podía, reconocí al instante su larga y oscura melena rizada que era tan llamativa como inconfundible de la madre de Helios, inmortalizada en una típica escena de enamorados. Mi padre la agarraba por la cintura, sus labios y los de él estaban pegados en un apretado beso. Se miraban cómplices y se les veía contentos, llenos de ilusión.

Cerré los ojos sintiendo que iba a vomitar el café. Me tumbé en el suelo llorando y allí me quedé durante no sé cuánto tiempo intentando averiguar qué hacer. Aunque sabía que no podía hacer nada para borrar lo que había pasado; le diera las vueltas que le diera, nada iba a cambiar. Me había acostado con mi hermano, con el hijo de mi padre, y ya no podía dar marcha atrás.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no has contestado a nuestros WhatsApps? —me preguntó Maite. Entró con Reme en la tienda y las dos se acercaron rápidamente al mostrador, visiblemente excitadas.

—Estás perdiendo la curiosidad intrínseca al ser humano, y eso es el principio del fin de nuestra especie. ¿Qué habría sido del mundo si los grandes descubridores no hubiesen querido ir más allá de lo que tenían delante de sus narices, eh? —me reprochó Reme.

—Tengo que darle la razón a la Ministra de Cultura, no entiendo por qué tienes esa actitud tan aburrida frente a este hallazgo tan emocionante. Esa no eres tú —me dijo Maite.

Sabía de qué me estaban hablando, el tema iba de fotos aquel día. De repente, la madre de Helios había aparecido retratada en las casas de medio pueblo, parecía ser. Maite había encontrado un par de fotografías que estaban guardadas en casa de su madre, tomadas durante unas fiestas de Fuente del Limonar, y ella y Reme estaban ansiosas por enseñarme la cara de aquella misteriosa mujer, sin saber que sólo era un misterio para ellas.

—Es que no me encuentro bien. Creo que estoy incubando la gripe —les mentí.

—Una inofensiva gripe no es excusa para pasar de este descubrimiento —me dijo Reme.

—Pues sí que estás mejorando, sí... —le comentó Maite con admiración.

Qué irónica me parecía la vida. Ahora la que se inventaba enfermedades era yo y la que se reía de ellas era Reme. Estaba utilizando un falso virus para esconder lo que me pasaba de verdad, como seguramente había hecho ella miles de veces.

—Le veo mucho parecido a Helios, era muy mona —me comentó Maite, sacándose las fotos del sujetador con entusiasmo.

—Y adivina con quién está en una de esas fotos... —me dijo Reme sonriendo misteriosa. Casi me da un paro cardíaco. ¿Era posible que hubieran

tirado de algún hilo que a mí se me había escapado y haber llegado hasta mi padre? ¿Estaban él y la madre de Helios juntos en esas fotografías? Esperaba asustada que no. Si habían descubierto el secreto y llegaban a enterarse de que me había acostado con Helios conocerían mi gravísimo error. No quería que eso pasara, me mortificaba haber cometido incesto, planeaba enterrarlo para siempre en algún lugar recóndito de mi mente y no hablar de ello jamás. Había bajado a la tienda por la tarde para fingir normalidad, pero estaba viendo que me iba a costar mucho más de lo que creía—. ¡Con Don Pancraccio! —dijo Reme por fin.

Maite puso la foto sobre el mostrador y la señaló orgullosa. Sus padres salían en primer plano con el hermano mayor de Maite y justo detrás de ellos había un chiringuito ambulante. La madre de Helios estaba sentada de perfil en un taburete de la barra y, tal como me había anunciado Reme, el cura estaba de pie frente a ella. Parecían enfrascados en una conversación, Don Pancraccio tenía puesta la mano en el brazo de la madre de Helios y ella lo miraba con atención.

—En esta también sale, y parece que es verdad que le iba “el alpiste” —dijo Maite, poniendo la otra foto frente a mí.

Era la captura de un momento de baile en nuestra pequeña plaza. Los padres de Maite estaban bailando agarrados algo que parecía animado. Sobre sus cabezas colgaban los típicos banderines de fiesta y, a la derecha, en una esquina, la madre de Helios aparecía con un botellín de cerveza en la mano. Nada particularmente revelador.

—Sólo es una cerveza, Maite. ¿Cuántas nos tomamos nosotras cada vez que nos da la gana? Eso no la hace una alcohólica —le dije.

—Mira a tu madre a su lado. Estaba en el baile con ella —me indicó Reme.

Volví a mirar un instante aquella fotografía y cuando localicé en ella a mi madre dije despreocupada:

—Ah... Pues sí.

La tapaba un poco la cabeza de la madre de Helios pero, sí, allí estaba también mi madre. Otro detalle insulso e insignificante, por suerte mi padre no aparecía. Supuse que no venía por el pueblo cuando salía con la madre Helios y que por eso nadie había conseguido hacer una conexión entre los dos. Por el comentario de Angustias sabía que no se lo había presentado a sus padres—. Bueno, pues gracias por enseñármelas. Son muy bonitas —les dije.

—¿¡Bonitas!?! —exclamó Reme, echándose hacia atrás ofendida—. Son

una mina de oro. ¡Lo confirman todo! ¿Qué hacían ella y el cura juntos en ese chiringuito, eh? ¡De qué hablaban! Tenían demasiada complicidad... Mira cómo él le tocaba el brazo, yo diría que le estaba rozando una teta —me dijo, señalando la mano de Don Pancracio.

—¿Tú crees? —le preguntó Maite, agachándose sobre el mostrador para verla mejor.

—¿Pero, qué...? —comencé a quejarme. Estaba tan agobiada y tenía el estómago tan revuelto que no podía pensar de manera estratégica pero, gracias a lo que fuera, me di cuenta a tiempo. Lo mejor era que les siguiera la corriente, tuvieran pistas con una base convincente o no, me convenía que mis amigas creyeran que Helios era realmente hijo del cura—. Pero qué descaro, la estaba sobando delante de todos —rectifiqué.

—Y que lo digas. No entiendo cómo nunca han sospechado de él, a nosotras sólo nos han hecho falta un par de rumores y una fotografía para conocer la verdad —dijo Reme orgullosa.

—En el fondo me da un poco de pena que el misterio acabe aquí. Esto me entretenía un montón, me estaba gustando —dijo Maite melancólica.

—Seguro que hay muchos detalles jugosos más. Pero los tiene la madre de Azahar a buen recaudo, con buena hemos ido a topar... —dijo Reme con fastidio.

—No creo que mi madre sepa tanto como creéis, a lo mejor ni siquiera sabía que se acostaba con el cura. No debe de ser una cosa fácil de confesar. ¿Me contaríais vosotras algo tan escabroso si estuvierais en su lugar? —les pregunté.

Intentaba que Reme se olvidara de querer sacarle información a mi madre pero, en el fondo, mi comentario era muy sincero. Ellas eran mis mejores amigas y yo tampoco tenía ninguna intención de contarles que me había acostado con mi hermano. No era capaz de hablar de ello con nadie, ni siquiera con ellas.

—Yo sí te lo contaría —me dijo Maite—. Eres como una hermana para mí. ¿Cómo no iba a hacerlo?

La miré y me sentí fatal. Yo también veía a Maite como una hermana, pero no era capaz de reaccionar igual que ella. No sabía ni cómo estaba consiguiendo mantener la compostura mientras escondía mi oscuro y pesado secreto frente a mis amigas. Lo que yo quería en realidad era meterme en la cama y no salir de ella nunca más. Pero tenía a mi madre en casa, otra persona a la que le estaba escondiendo mi angustioso error, y no sabía qué era

peor. No tenía un lugar donde esconderme.

—Yo también te lo contaría... —me dijo Reme dubitativa—. Sí, claro, lo haría —dijo con más seguridad.

No la creímos. Reme nos había estado escondiendo sus preocupaciones últimamente y no éramos tan tontas como para no habernos dado cuenta de que le pasaba algo. Seguramente se lo había guardado por la misma razón que yo, porque prefería ignorar los problemas que enfrentarse a ellos. Pero no se lo reprimamos, parecía que Reme ya se encontraba mejor de lo que fuera que le preocupara. Ya hablaría cuando se sintiera preparada para hacerlo, no la queríamos presionar.

Una cabeza asomó tras el cristal de la entrada. Se volvió a esconder rápidamente, pero las tres reconocimos al instante a Sole. Maite puso instintivamente la mano sobre el mostrador para tapar las fotografías, nos quedamos mirando hacia la calle y esperamos el siguiente movimiento de la ruin cotilla.

—¿Qué hace? —preguntó Maite, levantando el labio con desagrado.

—No lo sé, pero seguro que nada bueno —dijo Reme.

Un culo asomó a continuación, a una altura tan escasa que supimos que no podía ser otro que el de Anita. Se oyó un cuchicheo y, al cabo de unos segundos, Sole volvió a asomar la cabeza tras el cristal de manera fugaz.

—Hoy no estoy para esto, de verdad. Me duele todo y creo que tengo fiebre —les dije agobiada a mis amigas.

No supe si oyeron mi comentario, pero el caso es que, nada más soltarlo, Sole y Anita se decidieron a entrar. Lo hicieron con lentitud, echándose miraditas conspirativas mientras avanzaban hacia mí.

—¿Qué hacéis? —nos saludó Sole con falsa naturalidad.

—¿Qué vamos a hacer? Comprando —le dijo Maite. Deslizó las fotos sobre el mostrador sin dejar de taparlas con la mano y después se las llevó con disimulo a la espalda.

—Tienes mala cariña. Será porque anoche te acostaste tardiño, ¿no? —me comentó Anita.

Empecé a temblar. Si antes ya me encontraba hecha un asco, en ese momento crucé la línea de lo que era soportable. Ya no sólo estaba triste, abatida y con un nudo en el estómago, también me moría de preocupación. De haber tenido un revólver a mano habría disparado a esas dos chismosas sin importarme que hubiera testigos delante. Supe que el comentario de Anita auguraba algo peligroso y no podía consentir que se fuera de la lengua.

—No sabía que tenía que pedirte permiso para acostarme a la hora que me diera la gana —le contesté, asustada pero mostrando firmeza.

—Claro que no, rapaciña. Sólo ha sido una observación... —me dijo Anita, sonriendo de manera inquietante.

—¿Qué tal se cena en ese bar de la ciudad? He oído decir que tienen mucha variedad de tapas... —me insinuó Sole.

¡Lo sabían! Pues claro que sí, ¡cómo no! Alguien me había visto con Helios en aquella terraza del bar la noche anterior. Después de habernos estado viendo en el pueblo, en un lugar minúsculo donde todo el mundo me conocía, nos habían acabado pillando en la ciudad. ¡Otra ironía más de la vida! Estaba preocupada por si Sole y Anita además sabían lo de mi padre. Si era así, todo el mundo sabría que me había liado con mi hermano. Me apuntarían con el dedo y no me dejarían vivir en paz.

Maite acercó su cabeza a la mía sobre el mostrador y me susurró:

—¿De qué están hablando?

—¡El padre de Helios es Don Pancraccio! —les solté rápidamente a Sole y a Anita.

—¿¡¿Quéeeee?!? —exclamaron las dos a la vez.

Sole empezó a abanicarse con la mano como si le hubiera dado una subida de tensión, estaba tan encantada con aquella revelación que empezó a reír histérica. A Anita le pasó tres cuartos de lo mismo, se agarró del pelo tirando de él porque no podía contener su morbosa excitación, mi mentira era el sueño de alguien tan asquerosamente criticaona como ella.

Al verlas tan sorprendidas solté el aire de mis pulmones y me relajé un poco. Sus reacciones me hicieron saber que no sabían lo de mi padre y que, como mucho, todo el pueblo hablaría de mi fugaz relación con un chico que no era Marcelo.

—¿Por qué has hecho eso...? —me preguntó Reme boquiabierta.

—¡El cura! ¡El padriño es el cura! —le gritó Anita a Sole fuera de sí.

—¡Ya decía yo que me recordaba a alguien, pero no sabía a quién! —le gritó Sole, agarrando feliz las manos de Anita.

—¿Quién os lo ha contado? —me preguntó Anita intrigada, haciendo una pausa en su momento de repugnante felicidad.

—Nadie. Lo hemos averiguado nosotras por nuestra cuenta —le contesté cabizbaja.

Había traicionado a mis amigas y me sentía avergonzada por ello. Pero no podía permitir que Sole y Anita indagaran hasta descubrir quién era el

verdadero padre de Helios. Estaba claro que se estaba comenzando a comentar por ahí que tenía algo con él, y esa fue la única manera que se me ocurrió de evitar un problema mayor.

—Dios, qué noticia... —murmuró Sole.

—¡Soleciña mía, esto hay que celebrarlo! —le dijo Anita desbordando ilusión.

Se dirigieron a la puerta sin ni siquiera decirnos adiós, estaban tan emocionadas que todo lo demás les daba igual. Cruzaron la calle a toda prisa y después desaparecieron calle arriba, llevándose con ellas los últimos sonidos de sus comentarios y chirriantes risas.

—No te entiendo, de verdad. ¿Qué coño te ha pasado? —me preguntó Maite.

—Se iban a enterar de todas formas. Al menos ahora nos dejarán tranquilas —le respondí.

—¿Cómo se iban a enterar, si sólo lo sabíamos nosotras? —me echó en cara Reme.

—Porque todo se sabe con el tiempo, ya lo habéis visto. Esto sucedió hace treinta años y aun así lo hemos acabado descubriendo —le dije.

Mis amigas me miraron mostrándome en silencio su malestar. Pero peor me sentía yo, estaba atrapada en una red de secretos y mentiras de la que sabía que nunca iba a poder salir.

—¿Qué pasará cuando todo el mundo se entere? ¿Has pensado en la que se puede liar cuando los rumores lleguen a oídos de Don Pancracio? —me preguntó Maite.

—¿Es que tengo yo la culpa de que dejara embarazada a esa chica? Que apechugue con su mala acción. Además, nadie permitirá que eso pase, le tienen demasiado respeto como para murmurar a su alrededor —me excusé.

Quería irme a casa. O que se fueran mis amigas, una de dos. No soportaba más la situación y necesitaba meter la cabeza en el horno y abrir el gas.

—¿Qué querían decirte esas dos cuando han llegado? Me ha parecido que te acusaban de algo —me preguntó Maite, cambiando el tema de repente.

Cerré los ojos y respiré hondo. Aquello era tremendamente angustiante, no sabía cómo me lo iba a montar para conseguir llevar una vida normal a partir de aquel día. Mi única opción era bajar andando por la carretera e intentar que me atropellara un camión.

—Parece que se han enterado de que Marcelo y yo hemos roto —les dije. No era exactamente la verdad, pero era a lo más lejos que podía llegar con mi

explicación.

—¿¡Qué!?! —exclamó Maite sorprendida.

—Lo hemos dejado por un tiempo. Pero yo ya he tomado una decisión, no vamos a volver —le aclaré.

Maite se cruzó de brazos mirando el suelo pensativa, después asintió y me agarró la mano que tenía puesta sobre el mostrador.

—Ya sabía yo que te pasaba algo. Llevabas unos días muy rara, Azahar —me dijo, apretando mi mano con cariño.

—Lo siento. No es que desconfíe de vosotras, pero necesitaba algo más de tiempo para asimilarlo —me disculpé.

—No pasa nada, lo entendemos. Ya nos lo explicarás todo cuando te encuentres mejor. Tómate algo para esa gripe antes de acostarte y mañana te sentirás más fuerte, ya lo verás —me animó.

Asentí emocionada al comentario afectuoso de Maite y, al darse cuenta de que no tenía nada más que decir, mis amigas se marcharon comprendiendo que necesitaba intimidad. Respiré profundamente, agradeciendo el silencio y la soledad que reinaba en mi tienda a excepción del sonido del ventilador. Me tapé la cara con las manos y entonces rompí a llorar. Mientras lo hacía pensé en lo difícil que iba a resultarme tener un comportamiento normal con Reme y Maite de ahí en adelante. Mi secreto siempre iba a pesarme, sería algo que me separaría de ellas aun estando juntas físicamente. Nada iba a ser igual, al menos dentro de mí. Pero, entonces, caí en algo que me desconcertó... Yo no era la única que se estaba comportando de manera extraña. Reme no había hecho el mínimo gesto para consolarme, ni siquiera había abierto la boca. Se había limitado a estar de brazos cruzados mientras yo le comunicaba a Maite la noticia y al salir por la puerta paró un instante, echándome una última mirada de reojo.

Cerré la persiana y eché el candado deseosa de enclaustrarme en mi casa y no tener que ver a nadie más. Como cada noche había vecinos sentados en sus puertas, pero aquella era diferente a cualquier otra, me pareció que murmuraban a mi paso y algunos me miraron con tanta atención que se olvidaron de saludarme. Me había convertido en el tema del momento, los rumores sobre mi relación con Helios ya habían llegado hasta el último rincón de Fuente del Limonar. Conociendo a aquella gente, porque yo misma había sido igual, estarían inventado historias. Cuanto más escandalosas mejor. Probablemente pocas de ellas se ajustarían a la realidad, se estaría

especulando con una infidelidad mía en toda regla. Y eso no era verdad, me había cuidado mucho de acostarme con mi hermano hasta que Marcelo me dejó. Dicho de esa manera sonaba fatal, pero había sucedido realmente así.

A pesar de acercarse la noche todavía hacía mucho calor. Estaba sofocada y la calle empinada me estaba dificultando mantener el buen ritmo. No veía el momento de llegar a casa, me parecía que por mucha prisa que me daba no avanzaba apenas nada. Vi venir a la señora Antonia de frente, caminando cuesta abajo con su andador, me miró y antes de llegar a mí levantó la mano para pararme. Sabía que me iba a preguntar por el tema del que todo el mundo estaba hablando, de mi supuesta infidelidad a Marcelo, pero, si tenía pocas ganas de recordármelo a mí misma, menos tenía de hablarlo con ella. Cogí la primera calle a la izquierda y me aparté de su trayecto. Corrí hasta la siguiente esquina con la intención de girar de nuevo hacia arriba y, al doblarla asfixiada, choqué contra ella, con una criatura espantosa salida de una película de terror.

—María, Jesús y José. ¡Qué cruz más grande! —exclamó la urraca—. Esto no acabará nunca, nos seguiremos encontrando hasta el día que muera una de las dos —me soltó.

—Espero que sea usted quien la palme primero.

Di un paso de lado y me bajé de la acera, dispuesta a seguir mi camino.

—Cómo sabía yo que no eras trigo limpio... —la oí decir—. Se la habrás pegado a mi hijo todos estos años, pero a mí no me engañas. Siempre te he tenido bien calada.

Paré y me di la vuelta para mirarla. Le tenía *tantas* ganas que se me pasó la prisa por llegar a casa. Aquella odiosa mujer me había hecho la vida tan imposible, me había humillado tantas veces durante catorce años que no quise desaprovechar la oportunidad. Estábamos solas en aquella esquina, ya nada nos unía y yo no tenía nada que perder.

—Pues lo mismo me pasa a mí con usted. Siempre he sabido que está poseída por el demonio. Ya no hace falta que disimule conmigo, Satanás, puede girar la cabeza como un molinillo y ponerse a vomitar —le dije cruzándome de brazos.

—Zarrapastrosa... —me insultó—. ¿Qué te pensabas, que ibas a quedarte con mis cerdos? ¿Con el negocio que tanto le ha costado a mi familia levantar? Pues ya has visto que no, has perdido todos estos años de tu vida para nada.

—Ah, así que era eso... —dije dándome cuenta, por fin, de por qué me

odiaba tanto—. Ya me extrañaba a mí que se preocupara tanto por su hijo. Para usted sus gorrinos son más importantes que él. Los de la misma especie siempre tienden a agruparse, la sangre tira —le insinué.

—Eres igual que tu madre, una aprovechada que se cree alguien aquí. En cuanto se enteró de que tu padre tenía un barco lo tuvo claro, no lo soltó hasta que consiguió que le pusiera la tienda —me dijo con desprecio.

—Cuidadito, a mi madre no la nombre —la amenacé. De repente sentí la necesidad de protegerla. ¿Eso era lo que se decía en el pueblo sobre ella, que se había aprovechado de mi padre? Ya no me sorprendía nada que odiara tanto a la mayoría de aquella gente, eran lo peor de lo peor—. Tendría que haberle hecho caso a mi madre mucho antes, no debería haber perdido el tiempo intentando agradarle a usted y teniendo en cuenta los sentimientos de su hijo. Debería haber pensado más en mí y olvidarme de lo que pensarán los demás, este pueblo es un nido de ratas que odian a cualquiera que sea feliz. Sólo hace falta ver esa cara de culo apretado que tiene usted para darse cuenta —le dije.

—¿Que tú has pensado en los sentimientos de mi Marcelo? —me preguntó con sarcasmo—. ¿Cuándo? ¿Mientras te dabas refregones con el harapiento ese? ¿Con un bastardo que no sabe ni quién es su padre? Pero mira, no hay mal que por bien no venga. No sabes lo feliz que estoy de que mi hijo por fin se haya espabilado y te haya pagado con la misma moneda —me soltó satisfecha. ¿Con la misma moneda? ¿De qué estaba hablando? ¿Había pasado algo que yo no sabía...?—. Anda, guarrilla. Nadie te lo había contado, ¿verdad? —me preguntó victoriosa al notar mi expresión de confusión—. Te pensabas que lo tenías atado a tu dedo y que hicieras lo que hicieras te iba a seguir como un perro sólo con tocarle el lomo. Pero ya ves lo equivocada que estabas, ¡bruja! Mi Marcelo es un hombre de verdad, uno que se viste por los pies.

—No sabe cuánto me alegro de saber que no tendré que volver a oír esa expresión tan rancia suya nunca más —le dije de manera automática, a pesar de tener realmente la cabeza en lo que fuera que me acababa de insinuar que había hecho Marcelo.

Me moría por averiguar a qué se refería, pero no quería darle la satisfacción de preguntárselo. Sin embargo, no me hizo falta, la urraca estaba deseando que lo supiera y enseguida me dio una pista definitiva.

—Te acompañaría ahora mismo a esa casa que nunca compartirás con mi hijo para poder ver la cara que se te queda. Pero tengo prisa, tengo unos

callos en el fuego que se me van a quemar —me dijo echando a andar.

Me quedé clavada en el sitio. Aturdida. Observé cómo la urraca desaparecía por la esquina acompañada de su gran cojera y todavía después de eso seguí sin moverme de allí. No sabía muy bien qué hacer. Pero finalmente la curiosidad me venció y no pude evitar seguir las intrigantes indicaciones de la urraca. En lugar de continuar mi camino calle arriba, cogí la primera calle a la izquierda en dirección a la casa que todavía era mía y de Marcelo. Ese era otro tema del que tendríamos que hablar, me esperaban conversaciones con él que no trataban sólo del tema sentimental. Había cosas aburridas y pesadas que tendríamos que resolver, como la venta de nuestra casa. Pero en aquel momento eso no me preocupaba, sabía que estaba a punto de descubrir algo que me iba a sorprender, y aquella era mi prioridad.

Cuando llegué a la casa vi que salía luz por debajo de la puerta. Era la del recibidor, que estaba encendida. Marcelo estaba allí. Las persianas de las dos ventanas de la planta baja estaban echadas hasta abajo, por más que lo intentaba no podía ver nada entre las rendijas, así que di la vuelta a la manzana para probar con la ventana de la cocina. Tenía llaves, pero algo me decía que no debía ser vista ni oída, que debía actuar como lo estaba haciendo. A escondidas. Me acerqué a la pared, caminé sigilosa hasta la ventana y comencé a oír a Marcelo hablando con alguien mientras avanzaba. Me asomé ligeramente para que no me viera, lo justo y necesario para poder husmear, y, entonces, lo descubrí. Lo que Marcelo me había estado escondiendo se desveló como un tren descarrilándose delante de mí...

—No vayas a hacerte películas, Melón. No tenías que enterarte así —me dijo Marcelo, levantando las manos para pedirme tranquilidad.

Estaba tan asombrada que no podía cerrar la boca. Lo estaba mirando desde la calle a través de la ventana, ahora de frente, sin esconderme, y todavía no podía creer lo que estaba viendo.

—¿Y cómo se supone que debía enterarme? ¿Pensabas mandarme un telegrama? —le dije cuando fui capaz de reaccionar. Aunque todavía no estaba operativa al cien por cien. Pude decirle aquello, pero lo hice en piloto automático. Tenía los brazos caídos a los lados de mis caderas, mi cuerpo estaba completamente inmóvil a excepción de mis párpados, que bajaban y subían con rapidez intentando borrar la imagen que tenían delante. Parecía una autómatas, la sangre se me había helado y no podía mover ningún músculo que no funcionara por cuenta propia.

—Melón... —me suplicó Marcelo.

Reme no se atrevía a mirarme. Estaba sentada sobre una vieja mesa provisional que teníamos puesta en la cocina y tenía la cara enterrada en sus manos. Cuando los vi ella ya estaba sentada allí. Marcelo estaba de pie frente a ella con las manos apoyadas sobre la mesa, cada una a un lado de Reme. Las frentes de los dos se tocaban en un gesto de cariñosa complicidad y sus sonrisas eran tan tiernas como sus miradas.

—Voy a entrar —les advertí amenazante.

Aquella era mi casa. *Mi* casa. ¡En la que me la estaban pegando! Mi asombro se convirtió de repente en una rabia que no pude controlar. Necesitaba enfrentarme cara a cara con ellos. Después de haber sufrido tanto por no querer hacerle daño a Marcelo, por pensar que si lo dejaba se iba a morir de pena, había resultado que no lo conocía en absoluto. Y mucho menos a Reme, ¡mi mejor amiga! ¿Quiénes eran esas personas que tenía delante? Necesitaba respuestas de inmediato, no podía dejar aquello así.

Di la vuelta a la manzana caminando furiosa. Tenía los puños apretados y

resoplaba conteniendo mi rabia. Abrí la puerta, entré rápidamente y entonces me crucé con Reme, que escapaba llorando por el pasillo.

—Lo siento, Azahar... —me dijo acongojada, sin mirarme a la cara. No quería que se fuera porque mis preguntas iban también dirigidas a ella. Pero no la pude detener, salió corriendo y al llegar a la calle soltó un aullido, un llanto angustiadoso.

Encontré a Marcelo con el culo apoyado en la mesa de la cocina. Tenía los brazos cruzados y parecía abatido, la cabeza le colgaba. Pero no sentí piedad por él, ya había sentido demasiada y me arrepentía mucho de ello.

—¿¡Cómo has podido ser tan falso!?! —le recriminé.

—Tú también lo has sido, así que no vayas por ahí —me respondió.

No estaba segura de a qué se refería. ¿Sabía lo mío con Helios? Seguramente sí, porque parecía saberlo todo el pueblo.

—Habla claro por una vez. ¿De qué estás hablando? —le exigí.

—¿Por una vez? ¿Es que has sido clara tú alguna vez? No eres nadie para echarme en cara lo que acabas de ver, deberías haberte atrevido a contarme por qué no querías casarte conmigo —me dijo envalentonándose.

—No quiero casarme contigo porque no congeniamos. ¿Es que no te has dado cuenta? ¡No tenemos nada que ver! —me defendí.

—¿Y has tardado catorce años en darte cuenta tú, justo cuando *ese* ha llegado al pueblo? —me reveló por fin.

—No he tenido nada con él hasta anoche, cuando *tú* me dejaste —me justifiqué.

Pero no le importó mi explicación. Se limitó a sacudir la cabeza y me dijo:

—Mi madre tenía razón... Siempre me has visto como a un tonto. Cuanto mejor te he tratado, más te has aprovechado de mí. ¿Crees que no me he dado cuenta de qué era lo que te estaba pasando? ¿Que no he notado tus desprecios y que me he creído tus excusas? Sé que lo tuyo con *ese* no empezó anoche. Mi madre oyó tu moto de madrugada, ¿te acuerdas? La gente habla. Seré un hombre sencillo y de campo, pero sé sumar dos más dos.

Eso me pilló desprevenida. Pero no me vine abajo, me enfureció todavía más. Me dieron ganas de pedirle que me diera el resultado de dos más dos para humillarlo. Pero supuse que no era el momento de hacerme la enterada con él.

—Pues parece que yo no sé sumar dos más dos. ¡Porque lo tuyo con Reme jamás me lo habría imaginado! —le grité.

Con Reme, ¡mi amiga! ¿Cómo había pasado todo aquello? ¿Cómo podía

haberme acostado con un hermano que no sabía que tenía mientras que la que era como mi hermana se acostaba con mi novio? Todo era tan retorcido que me parecía irreal. Sólo podría salir de aquella situación con ayuda psiquiátrica.

—Melón, no le echas la culpa a Reme, por favor... —me pidió bajando el tono, defendiéndola suplicante—. Fui a buscarla yo, ella sólo intentaba ayudarme y sin querer lo nuestro pasó.

Todos los detalles de nuestra ruptura, tan sólo veinticuatro horas atrás, comenzaron a agolparse en mi cabeza formando un puzle. Empecé a sospechar que Marcelo me había provocado en aquella tienda del centro comercial para que empezáramos a discutir. Entre mi felicidad por poder estar con Helios sin tener que sentirme culpable y el tema horrible que descubrí después, no me había parado a analizarlo. Pero comenzaba a verlo claro, había pasado así. ¿Por qué se había empeñado tanto Marcelo en que buscáramos pintura para la habitación de un niño que no existía, si estaba viendo que me crispaba? ¿Por qué me había propuesto algo tan idiota como pintar una habitación para su madre, si sabía que nos odiábamos? No podía ser por otra cosa, se había enamorado de Reme y buscaba discutir conmigo para poder romper.

—No vuelvas a llamarme Melón nunca más. El único melón que hay aquí eres tú —le dije a modo de sentencia.

Me di la vuelta y lo dejé allí, sentado en la mesa cabizbajo. Antes de llegar a la puerta le tiré mis llaves de la casa en el pasillo y al salir di un fuerte portazo, dejando atrás catorce años de mi vida asqueada.

Pero Marcelo no fue lo único de lo que me deshice aquella noche. Ni siquiera esperé a llegar a mi casa, necesitaba terminar con todo lo antes posible y continuar con mi vida de la mejor manera que me fuera posible, si es que algo así era viable. Mientras subía la cuesta me enfrenté a mi otro problema, al más grande de todos los que tenía. Le envié un angustioso, pero tajante, mensaje a Helios diciéndole que lo sentía, no íbamos a vernos nunca más.

—Baja esa persiana, por favor —le pedí a Maite tapándome los ojos con un brazo.

—No pienso hacerlo. Voy a dejar que entre la luz, no puedes pasarte los días como si nunca saliera el sol.

—Tengo muchísima fiebre y me molesta la claridad. Estoy agonizando. ¿No te das cuenta de que estoy viviendo los últimos momentos de mi vida? —le recriminé.

Me tapé la cabeza con la sábana. Tenía el teléfono silenciado, precisamente, porque no quería hablar con nadie. Pero no me sirvió de nada, después de dos días de confinamiento Maite había conseguido colarse en mi casa.

—Tú no tienes fiebre. Te has olvidado de que me sé todos estos trucos, he pasado demasiado tiempo con una hipocondríaca como para saber que te lo estás inventando —me acusó.

—Pues no me creas si no quieres. Ya te llegará la noticia de mi fallecimiento y entonces te darás cuenta de que decía la verdad —le respondí. Me sentía como un trapo viejo, no era capaz de enfrentarme a la vida. Pero mi temperatura corporal era normal, me encontraba así de mal por culpa de mi horrible estado anímico. No tenía fuerza ni corazón para salir de la cama, ni siquiera para mantener una conversación—. ¿Cómo has entrado...? —le pregunté intrigada, asomando un ojo por encima de la sábana.

—Soy más lista que tú. He venido justo cuando tu madre se iba a la tienda y la he sobornado para que me dejara entrar —me respondió.

Mi madre... Mi madre, además de haber estado mintiéndome toda la vida, de haber estado escondiéndome que mi padre tenía un hijo nacido de otra relación, era una completa traidora. Le había dado instrucciones explícitas de que no quería ver a nadie, pero era evidente que se las había pasado por el moño.

Noté que Maite se sentaba en mi cama y me quedé inmóvil, con la sábana

de nuevo hasta arriba. Tenía la esperanza de que si me quedaba en silencio el tiempo suficiente se apiadaría de mí y comprendería que necesitaba morir en soledad. Pero, al ver que Maite aun así no se movía, comencé a tener un conflicto interno muy grande. Me sentí culpable por querer darle largas a mi, ahora, única amiga.

—Traigo merienda —me dijo, bajándome la sábana sólo hasta las cejas.

Asomé otra vez un ojo y vi que Maite tenía una bandeja sobre su regazo con dos tazas de café y unos dulces. Ese detalle me remordió la conciencia todavía más, así que hice un gran esfuerzo y me senté en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero.

—Supongo que sabes lo de Reme —le comenté después de un pesado silencio, cogiendo de su mano la taza que me ofrecía.

—Sí —me respondió Maite. Se encogió de hombros y soltó un suspiro—. Deberías hablar con ella, ¿no crees?

—¿No te habrá enviado Reme? —le pregunté enfadada—. Si es así, ya te puedes ir. Me encuentro fatal y no pienso hacer el mínimo esfuerzo para hablar de ella. Bastante tengo con lo mío —se me escapó.

—Pero, ¿qué es lo que te pasa? ¿¡Qué es lo tuyo!?! —me preguntó suplicante—. Entiendo que lo de Reme haya sido un palo, yo tampoco me lo esperaba. Pero no entiendo que estés tan derrotada y con tan pocas ganas de vivir, tú misma me dijiste el otro día que no querías volver con Marcelo —me recordó.

Por eso no quería ver a nadie, ni siquiera a Maite. Sabía que tendría que exagerar y fingir que mi penoso estado era debido a haber roto con Marcelo. Y no me apetecía hacerlo. Sentía mucho rechazo por él desde que me enteré de lo suyo con Reme y no quería que la gente pensara que estaba sufriendo por eso, necesitaba conservar algo de dignidad. Pero tampoco podía contar qué era lo que realmente me pasaba, de modo que estaba atrapada.

—¿Te parece poco lo que me ha pasado? ¿Crees que puedo estar como unas castañuelas después de la puñalada traperera que me ha dado una de mis mejores amigas? No intentes convencerme de que eso no es motivo para que esté así, porque sí lo es —me reafirmé.

—Reme me ha contado cómo fue. Sé que su explicación no te sirve de consuelo, pero ella también está sufriendo, Azahar. Estoy convencida de que no quería hacerte daño —me dijo.

Sabía por dónde iba. Reme me había llamado varias veces y al ver que no le cogía el teléfono me había enviado varios mensajes pidiéndome perdón.

Me daba justificaciones por lo que había hecho. Pero yo no estaba por la labor de escucharla ni de comprenderla. Si ya estaba furiosa con ella antes, más lo estaba después de leer sus mensajes. Sólo intentaba limpiar su conciencia.

—No la defiendas, Maite. No hay nada que pueda justificar su asquerosa traición.

—No intento defenderla, Azahar, pero sabes que estas cosas pueden pasar sin planearlas. Cuando Marcelo acudió a ella intentando averiguar qué te pasaba, si nos habías contado algo que él no supiera, ya sabes lo mal que estaba Reme también con Javi. Me imagino que se juntaron el hambre y las ganas de comer, se darían cuenta de que tenían mucho en común —me dijo Maite.

No me importaba que Marcelo hubiera encontrado a alguien. Eso incluso me parecía bien, me quedaba más tranquila sabiendo que no iba a insistir en que volviéramos porque se había enamorado de otra. Pero, ¿¡de Reme!?! Sentía que habían estado conspirando contra mí, mientras se partían de la risa a mis espaldas.

—Ahí has dado en el clavo. Se han juntado el hambre y las ganas de comer, un tontolaba y una tonta a las tres. Pues sí, mira, hacen buena pareja —le dije a Maite.

Ella se echó a reír y me dijo:

—¿Lo ves? Si está claro que ya no estás enamorada de Marcelo. Alégrate de que se lo haya quedado Reme, ella le dará pequeños ganaderos y cargará con la urraca de tu suegra. Además, tú tampoco eres un ejemplo de fidelidad, porque menudo rollete te has agenciado, ¿no...? —me insinuó.

Salió el premio gordo. Ahora venía cuando tendría que hablarle de Helios, cuando Maite me reprocharía que no le había contado que me había liado con él. Tendría que volver a mentir, otra de las cosas que estaba intentando evitar encerrándome en casa.

—No estoy con Helios. Sólo fue un desliz. Me pilló en un mal momento con Marcelo y me dejé llevar, pero no me acosté con él hasta que Marcelo me dejó —le dije dándole vueltas a un dulce en mis manos, sin mirarla a la cara.

Maite asintió y se quedó en silencio. Parecía que me había comprendido, que estaba de mi parte. Y seguramente era así, sabía que Maite me quería. Pero también me dijo algo que yo no estaba dispuesta a considerar.

—Azahar, entiendo que ahora mismo ves esto en caliente, que tu vida ha dado un giro de repente y que Reme ha hecho muy mal escondiéndote que

estaba con Marcelo. Pero piensa que, de alguna manera, las dos habéis estado en la misma situación —me dijo—. ¿Por qué no le contaste a Marcelo que te gustaba ese chico? ¿Por qué nos escondiste a tus amigas que ya no querías casarte con él? —me preguntó.

—¡Porque no podía! Me sentía culpable. Necesitaba más tiempo para pensar —le contesté, tapándome la cara con las manos agobiada.

—Pues... me imagino que eso mismo le pasó a Reme —me dijo Maite.

Me dio mucha rabia que pusiera a Reme a mi mismo nivel, que me sugiriera que ella también había sufrido con la situación. Pero no se lo dije porque en el fondo sabía que era verdad. Había visto a Reme salir corriendo de mi casa aquella noche, con su cara empapada en lágrimas y suplicándome perdón con su expresión. Sabía que su tormento era real, pero yo tenía tan pocas ganas de perdonarla como de comerme una boñiga. En aquel momento no me importaba el posible sufrimiento de Reme, sólo lo hacía el mío.

—¿Podemos dejar de hablar de esto? —le pedí a Maite—. Si estoy aquí enclaustrada es precisamente porque no quiero oír hablar del tema. Entiendo que quieras arreglar las cosas entre Reme y yo, pero no es el momento.

—Lo sé. Sólo quería echar una mano. No soporto que estéis así, sois mis amigas —me dijo, mirando preocupada la bandeja sobre su regazo—. Pero, en fin, no quiero que pienses que he venido a obligarte a perdonar a Reme, Azahar. Me preocupa la manera en la que estás. No se te ocurra quedarte aquí hasta que cojas una depresión, con esas persianas bajadas y el teléfono apagado. Sal a la calle y enfréntate a los cotilleos. Cuanto antes lo hagas, antes se olvidarán de ti.

—Genial. Ya me has dado una pista de lo que está pasando ahí afuera, ahora tengo menos ganas de poner un pie en la calle que antes de que vinieras —le dije.

—¿Qué esperabas? —me preguntó Maite—. Te has liado con el tío más perseguido de Fuente del Limonar. Con el que a estas horas, *gracias a ti* —me recalcó—, medio pueblo sabe que es hijo de Don Pancracio. ¡Y encima tu amiga se ha liado con tu novio! Aquí no se había visto algo así desde que estrenaron *Falcon Crest*.

Se me escapó un poco la risa, y eso me sorprendió. No esperaba que pudiera reír en mucho tiempo. De hecho, pensaba que no podría hacerlo nunca más. Pero enseguida me vine abajo de nuevo. Maite no sabía lo más gordo, que además me había acostado con mi hermano. Recordarlo volvió a provocarme una sensación muy desagradable, el estómago se me encogió por

completo. Pasé de una leve mejoría a mi habitual desesperación.

—Necesitas que te dé el aire, Azahar. Estás haciendo un mundo de algo que sabes que tarde o temprano pasará. Hazme caso, sal de la cama y distráete. No vas a conseguir nada escondiéndote de todo el mundo, lo único que harás es conseguir sentirte peor. Si no lo haces por ti, al menos hazlo por mí —me pidió, apartándome un mechón de pelo de la cara.

Seguir los consejos siempre es más sencillo para el que los da que para el que los recibe, pero sabía que Maite tenía razón. No podía ir atrás en el tiempo, lo único que podía hacer era intentar olvidar lo de Helios, y estar encerrada a oscuras en mi habitación provocaba en mí todo lo contrario. Estaba tan descansada después de dos días metida en la cama que ya no podía dormir, y mientras tanto mi mente no dejaba de funcionar. Todo lo que hacía mi cabeza era darle vueltas al tema. Aislarme no estaba siendo la solución, al contrario, estaba agrandando el problema.

—Vale. Está bien, te prometo que saldré un rato de aquí —le dije a regañadientes—. Pero ahora no, hace mucho calor —concluí.

—Pues no lo parece. No sé cómo puedes aguantar esa sábana encima, vas a coger el sarampión —me comentó Maite.

Me destapé por completo, me senté junto a ella y le sonreí un instante, ahora sintiéndome agradecida. Me di cuenta de que Maite había insistido hasta conseguir colarse en mi casa porque eso era lo que hacía una buena amiga, lo que ella era. Meforcé en comerme el dulce que tenía en mi mano, sin probar desde que lo cogí de la bandeja unos minutos atrás. Me intenté mentalizar de todo lo que me acababa de decir y, entonces, suspiré y me resigné. No me iba a quedar más remedio que hacerle caso a Maite, si no lo hacía iba a acabar más loca de lo que ya lo estaba. No recordaba haberlo hecho, pero al destaparme me di cuenta de que en vez del pijama me había puesto un delantal.

Me costó hacerlo, pero salir de casa me fue bien. La verdad es que me despejé. Lo hice en moto y de esa manera no tuve que pararme a hablar con nadie. Me encontré con Sole y Anita mientras cruzaban una calle antes de llegar a la carretera y, al verlas frente a mí, sonreí con malicia y aceleré. No pensaba llegar hasta el final, no me podía permitir atropellarlas de verdad. Pero sentí tanta satisfacción viéndolas gritar, con los ojos como platos y haciendo ridículos aspavientos, que me di por satisfecha con eso. Al esquivarlas solté un 'Uy, perdón', como si lo hubiera hecho sin querer, y a continuación seguí mi camino victoriosa. Sólo por eso ya mereció la pena levantarme de la cama, me gustó tanto mi papel de vengadora que pensé hacérselo a más gente que me caía mal. Pero no lo hice, claro, sólo fue una perversa fantasía que me reconfortó unos instantes.

Dejé la moto aparcada frente a la playa, caminé en dirección al espigón y me senté al final, en el extremo que más se adentraba en el mar. El sol estaba empezando a ponerse y los bañistas ya comenzaban a marcharse. Un hombre estaba preparando sus aparejos de pesca detrás de mí, pero había respetado mi espacio vital, estaba lo suficientemente apartado como para permitirme intimidad. Miré hacia el cielo, suspiré con resignación y cerré los ojos, oyendo graznar a las gaviotas que volaban sobre a mí. Giré la cara sobre mi hombro y miré hacia el lugar donde Helios y yo nos habíamos visto un par de noches, donde lo nuestro empezó, y al recordar la manera tan seca y distante que había tenido para dejarle me sentí fatal. En el fondo sabía que era mejor así, no podía contarle que éramos hermanos. Yo conocía lo que se sentía cargando con ese desagradable secreto y me pareció innecesario que él lo sintiera también. Pero, a pesar de que tenía mis razones, no dejaba de afectarme pensar en lo decepcionado que se sentiría conmigo. Sobre todo porque Helios quiso saber a qué venía mi cambio de actitud que parecía no venir a cuento, y yo no le contesté a su mensaje. Su opinión de mí sería tan pésima como la que yo empezaba a tener sobre mis padres.

No me podía creer que hubiera estado tan engañada toda la vida. Mi padre no era el santo que mi madre me pintaba, había sido tan egoísta e irresponsable como para no hacerse cargo de su hijo. Había dejado embarazada a aquella chica y se había quedado sola, sin nadie que la apoyara. Su madre la había repudiado por culpa de mi padre y ella se había tenido que marchar. Y mi madre... otra para echarle de comer aparte. Siempre viviendo entre secretos. Tenía a mi padre en un altar, lo había idealizado a su antojo y no era capaz de ver que vivía una mentira. Estaba loca perdida, me había criado una enferma mental y no me había enterado hasta ese momento. Me lo podía imaginar, pero no era lo mismo sospecharlo que tener pruebas. Mi madre podría haberme hecho cualquier cosa horrible mientras dormía. Me podría haber asfixiado con la almohada, o metiéndome unos calcetines en los agujeros de la nariz. Alguien debería haberme avisado de que estaba tan mal.

Se había hecho de noche. Ya sólo estábamos el hombre que pescaba y yo, y más allá, en la arena, un chico jugando con un perro al que le tiraba una pelota que el perro le traía una y otra vez. Ya se podían ver las estrellas, había refrescado y la brisa húmeda del mar me estaba dejando pegajosa. Noté que tenía el pelo encrespado y comencé a sentirme incómoda, me dolía el culo de tenerlo sobre el cemento del espigón. Había estado bien que me diera un rato el aire pero, entre el dolor de culo, que se me pegaban los brazos al doblarlos y que comenzó a darme miedo que Helios pudiera aparecer, decidí marcharme ya. No quería arriesgarme a encontrármelo allí, no me parecía extraño que pudiera bajar a la playa a aquellas horas, como sabía que había hecho más de una vez. Así que me levanté y corrí hasta mi moto, crucé el pueblo con ella sin mirar a nadie y finalmente llegué a mi casa. Saqué las llaves del bolsillo, metí la correspondiente en la cerradura de mi puerta y, entonces, paré. Justo antes de girarla...

Mi madre estaba hablando con alguien. Su voz salía por la ventana de la cocina, junto a la puerta. Me quedé quieta un momento intentando escuchar mejor y, al momento, reconocí su distintiva y masculina voz. Helios estaba allí dentro con mi madre. No sabía de qué estaban hablando, pero el efecto en mí fue el mismo que si los hubiera oído planear descuartizarme y hacer embutido conmigo, casi me cago encima.

Saqué la llave de la cerradura y me subí rápidamente en la moto para fugarme.

—¡Azahar! —me gritó mi madre.

Me había oído llegar. ¡No sabía qué hacer! Di unos pasos subida en la

moto sin arrancarla, como si evitando hacer ruido pudiera conseguir que se olvidaran de que estaba allí. Miré hacia la ventana y entonces vi a Helios inclinándose de lado en su silla, asomándose para verme. Era imposible, ya no podía escapar.

—¡Entra, tienes visita! —me ordenó mi madre.

El cuerpo entero me temblaba, no podía estar más asustada. Pero no tuve otro remedio, volví a aparcar la moto y a meter la llave en la cerradura de mi puerta. Estaba tan nerviosa que se me cayeron las llaves después de abrir, me agaché para cogerlas y después di unos pasos muy lentos hasta la puerta abierta de la cocina.

—Me voy directa a la cama. Tengo mucha fiebre —les mentí sin entrar.

Mi madre se cruzó de brazos y rodó los ojos. Estaba claro que no me creía.

—Hola —me dijo Helios, en un tono carente de emoción.

Estaba enfadado conmigo. Y no era de extrañar. Helios y yo no nos habíamos prometido la luna, pero mi manera de quitármelo de encima había sido insensible y ofensiva, no era lógica después de que hubiéramos sido uña y carne desde que llegó. De repente lo había rechazado, sin ningún motivo aparente.

—¿Podemos hablar mañana? No me encuentro bien —le propuse abatida.

—No. No podemos. Me voy mañana, he venido a despedirme —me respondió Helios.

No tuve más remedio que entrar en la cocina y acercarme a ellos. Me quedé de pie junto a la mesa, pero mi madre tiró con fuerza de mi brazo y me obligó a sentarme.

—¿De qué hablabais? —pregunté temerosa. Pero enseguida me arrepentí. ¿Y si estaban hablando del tema que tanto quería evitar? Me sentí una idiota por haber cometido ese error tan tonto. Debería haber hecho algún comentario sobre el tiempo y esas cosas, pero estaba tan nerviosa que me di cuenta tarde.

—Hablabamos de tu padre —me dijo mi madre.

Me entró un sudor frío. La había cagado, pero bien. ¿A quién se le ocurría preguntarles de qué hablaban, si me lo podía imaginar? A nadie, sólo a mí. Miré a Helios inquieta, me froté la frente muerta de miedo y comencé a lloriquear.

—Tranquilízate, Azahar —me dijo mi madre. Me pasó la mano por el pelo intentando consolarme—. Pensaba que lo tenía superado —le comentó a Helios mirándolo sorprendida.

Me puse la mano sobre la boca, cerré fuertemente los ojos y dije, con la voz quebrada:

—Pues jamás lo haré... Jamás lo superaré.

—¡Azahar! Me preocupa que digas eso, hija, ya has tenido tiempo de asimilarlo —me dijo mi madre arrugando la frente.

Estaba loca. Sí. ¡Sí! Ya no me quedaba duda alguna. Mi madre estaba más ida que una Casera sin tapón.

—¡Deja de decir estupideces! —le grité exaltada. Mi madre se echó hacia atrás y se me quedó mirando con la boca abierta—. ¡Deberías habérmelo dicho! ¿Tú sabes lo que esto va a suponer para mí!? ¿Lo que has conseguido escondiéndome lo de mi padre!? ¡Estás fatal, no podré llegar a asimilarlo ni en un millón de años! —grité poniéndome en pie.

Helios se quedó igual de asombrado que mi madre, se echó hacia adelante sobre la mesa y me miró con atención. En otra situación me hubiera dado vergüenza ponerme así, pero aquella lo requería.

—¿Nadie te ha contado que tu padre murió...? —me preguntó Helios.

—¿Y a ti? ¿Te ha contado alguien que tu padre está muerto? —le pregunté yo, mirando a mi madre enfadada.

Vi una sombra de horror en la cara de Helios, aunque fue sólo unos segundos. Echó mano a su teléfono y lo desbloqueó para mirar la pantalla, pero enseguida lo volvió a dejar sobre la mesa. Frunció el ceño y después me dijo:

—¿Quién te ha dicho que mi padre ha muerto? He hablado con él hace un momento y ahora mismo está en línea en WhatsApp.

—A ver si va a resultar que es verdad que tiene fiebre. Esto tiene pinta de ser una alucinación —le dijo mi madre, tocándome la frente preocupada.

¿Qué estaba pasando allí...?

Aquella conversación no tenía sentido. ¿Helios creía que su padre era Don Pancracio? ¿Como mis amigas y, seguramente a aquellas horas, todo el pueblo? ¿Habían hablado de sus cosas y ahora eran tan íntimos como para enviarse WhatsApps? Mi madre me estaba dejando por loca para poder continuar viviendo sus fantasías, no se lo había contado. Lo sentía por Helios, pero mi madre no iba a escaparse tan fácilmente.

Respiré hondo para prepararme, lo miré con seriedad y finalmente le dije:

—Somos hermanos.

—¿Qué? —exclamó Helios.

—Mi padre. Mi padre es tu padre —le aclaré. Bajé la mirada y me volví a

sentar, esperando cabizbaja su reacción.

Se hizo un silencio en la mesa que se podía tocar, era como un manto espeso formado de asco y de rencor. Pero sólo me lo pareció, lo había interpretado mal. Lo que estaban haciendo mi madre y Helios era aguantarse la risa. Primero oí cómo les salía de golpe el aire que estaban reteniendo en la nariz y al momento llegaron las carcajadas.

—¿Quién te ha dicho eso? —me preguntó mi madre. Todavía estaba riendo cuando lo hizo pero, poco a poco, su diversión se transformó en indignación—. Te está muy bien. ¡Esto te está muy bien! A ver si te sirve de escarmiento y dejas ya esa afición que tienes de cotillear con esas marujas que se han hecho viejas antes de tiempo.

—Pero... —dije confundida.

—¿Eso están diciendo en el pueblo, que mi padre es tu padre? —me preguntó Helios asombrado.

—Bueno, no... —le respondí, a cada segundo que pasaba más confundida.

—¿Entonces? —quiso saber Helios.

No sabía qué decir, es que ni yo misma sabía ya de qué estábamos hablando.

—¿No has venido al pueblo a conocer a tu padre? —le pregunté extrañada.

—¿Para conocer a mi padre? —me preguntó Helios, más extrañado que yo—. ¿Por qué iba a hacer eso? Lo conozco de toda la vida.

—¿Estás seguro? —le sugerí—. Puede que tu madre te haya engañado, mi padre y tu madre eran novios —le dije, fulminando a mi madre con la mirada.

Ella bajó la cara y no dijo nada.

—Mira, no sé qué es lo que se ha inventado la gente del pueblo, ni qué están diciendo exactamente sobre mí —me dijo Helios—. Pero de lo que sí estoy seguro es que mi padre es quien dice ser. Mi madre y él se conocieron en Madrid y yo nací veintisiete años después. ¿Qué tontería es esa de que mi padre es el tuyo? —me volvió a preguntar.

—¿Eres más joven que yo? —le pregunté.

—Pues... sí, supongo que sí.

¿¡Cómo!?

Si Helios era dos años menor que yo no podía ser hijo de mi padre, ¿verdad...?

La historia de que su madre se había ido embarazada de Fuente del Limonar ya no me cuadraba. De hecho, aquel embrollo que había estado

intentando esclarecer con mis amigas durante tantos días me estaba empezando a parecer una idiotez.

¿Cómo habían comenzado nuestras sospechas?

¿Y con qué base...?

Fue a raíz de un comentario hecho a mala baba por la odiosa Bernarda.

—Entonces, ¿sólo estás aquí para ver a tu abuela? —le pregunté, todavía sin creérmelo del todo.

—No. Probablemente no habría venido nunca para eso, la verdad. Pero si no lo hacía yo iba a tener que venir mi madre y quería ahorrarle ese mal trago. Mi abuela ya no puede vivir sola, es muy mayor y casi no puede andar. Su médico se puso en contacto con nosotros para intentar convencerla de que se fuera a vivir a una residencia, por eso estoy aquí —me explicó.

Madre mía...

¿Era eso verdad?

Pero... ¿¡Cómo podíamos haber sido tan tontas!?

¡Por qué le habíamos dado credibilidad a Bernarda!

Si era una criticona y una amargada, como la mitad de los habitantes de Fuente del Limonar. Cuánta razón tenía mi madre, parecía mentira que no los conociéramos todavía.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —le pregunté a Helios, negando con la cabeza alucinada.

—¿Y qué se supone que te debería haber dicho? ¿Cómo iba a imaginarme que estabas pensando algo tan absurdo? —me dijo él.

Pues tenía razón. ¿Cómo me podría haber explicado algo que no había pasado, que ni si quiera sabía que yo me imaginaba? Aquello me estaba muy bien empleado por meterme en la vida de la gente. Me costaba reconocerlo, pero tampoco le podía quitar la razón en eso a mi madre.

—Esto me ha dolido, Azahar. Soy tu madre, la persona que más se preocupa por ti en este mundo. ¿Crees que si eso hubiera sido verdad, que si tu padre hubiese sido el padre de este chico, hubiera permitido que te acostaras con él? —me preguntó.

Miré a Helios y nuestras miradas se cruzaron, él arqueó las cejas y miró riendo hacia otro lado.

—¿Y tú que sabes? —le pregunté a mi madre avergonzada.

—Claro que lo sé. Vi cómo se te caía la baba cuando vino a la tienda, y el interés que tenías por llevarle el bizcocho a su abuela aquella tarde. No me negarás que esa toalla que todavía sigue encima de lavadora no es suya —me

retó señalándola.

Helios estiró la pierna por debajo de la mesa y me dio un toquecito con el pie en la espinilla, yo le sonreí y él entonces me devolvió la sonrisa.

Pero qué giro acababa de dar todo...

¡No podía ser más feliz!

Sentí que me había quitado una carga de los hombros de veinte toneladas. Pero, aun así, todavía había cosas que no comprendía. Me parecía que seguía habiendo gato encerrado.

—Mamá... —le dije—. ¿Por qué te cambió la cara cuando te conté que Helios era nieto de la señora Aurora? Me pareció que te sorprendió, que no te gustó que estuviera aquí —le comenté.

Había recordado aquel detalle cuando creí saber que Helios era mi hermano, y entonces la reacción de mi madre me encajó. Pensé que sólo podía ser por una cosa, porque tenía miedo de que con su llegada me acabara enterando del secreto de mi padre. Pero ahora, ni eso, ni la foto de mi padre besando a la madre de Helios, ni el barquito igual que el mío en su habitación, tenían el mismo sentido. Algo se me escapaba, y no sabía qué era.

—Está bien... —dijo mi madre resignada—. Puedo contártelo. Pero sólo si Helios me da permiso, hay algo muy desagradable en esta historia que le pertenece sólo a su madre —añadió mirándolo a él.

—Me imagino a qué te refieres. Pero será mejor que lo hagas, quién sabe lo que se puede llegar a inventar Azahar si no se lo cuentas —le dijo Helios.

Mi madre asintió, juntó las manos sobre la mesa y se las miró unos segundos antes de hablar.

—Tu padre y Rocío, su madre, eran novios antes de que nos conociéramos —comenzó a contarme—. Pero un día me lo presentó y no lo pudimos evitar, nos enamoramos como dos idiotas. Le contamos lo nuestro en un momento horrible para ella y eso siempre nos pesó. No pudo con tanta carga. Rocío ya tenía demasiado encima y sé que mi traición la remató. Nunca se esperó algo así de mí —concluyó. Comenzó a jugar con un trozo de papel que había sobre la mesa y dejó de mirarme. Se sentía culpable después de tantos años, los ojos se le humedecieron rememorando lo que me acaba de explicar.

—Eso pasaría hace mucho tiempo. Mi madre es feliz con mi padre, dudo mucho que te lo tenga en cuenta —le dijo Helios.

—Pero yo sí lo hago. Todavía me lo tengo en cuenta y lo seguiré haciendo siempre. Tu madre confiaba en mí y le hice daño cuando más me necesitaba —insistió mi madre.

Después de todo lo que había pasado, de haberlo liado todo de tan mala manera y de meterme donde no me importaba, me daba miedo hacerlo, pero... la que nace cotilla, muere cotilla. No me pude retener.

—¿Qué eso tan grave que le pasaba a tu madre? ¿A qué viene tanto misterio? ¿Tiene que ver con tu abuela? —le pregunté a Helios levantando antes la mano, como si estuviera en el colegio.

Tenía que ser algo así, debía de haber algún motivo para que su madre nunca hubiera querido volver a Fuente del Limonar. Incluso Helios tampoco quería ver a su abuela, me lo había insinuado al contarme para qué había venido.

—Verás, Azahar... —se dispuso a arrancar—. Mi abuelo abusaba sexualmente de mi madre. Lo hizo hasta que fue lo suficientemente mayor para defenderse —me dijo incómodo. Se echó hacia atrás en su silla y comenzó a darle vueltas a su teléfono. Me impresionó tanto lo que me acababa de contar como verlo así, se le notaba la rabia contenida—. Cuando mi madre se decidió a contárselo a mi abuela ella la echó de casa. Le importó mucho más que hablara así de mi abuelo que lo que mi madre pudiera haber pasado de niña, sólo pensó en qué iban a decir los vecinos si llegaban a enterarse. Que mi madre se atreviera a acusar a mi abuelo de algo tan espantoso le parecía una vergüenza. Supongo que le habría gustado que mi madre se hubiera callado para siempre para poder continuar haciendo como si no hubiese pasada nada. Mi madre buscaba su ayuda, pero eso fue lo que se encontró.

Por Dios...

Jamás, pero jamás en la vida, me habría imaginado que se trataba de una historia tan horrible. Lo mío eran los embarazos indeseados, los cuernos y los líos eclesiásticos; aquello me sobrepasaba. Ahora entendía por qué Helios había sido tan celoso de su intimidad, su historia no era para contársela a cualquiera. Era demasiado espantosa...

—Nadie la ayudó —dijo mi madre apenada—. Buscó apoyo en Don Pancracio, el cura del pueblo —le aclaró a Helios—. Tu abuela siempre ha sido muy religiosa, así que tu madre creyó que él podría hacerla entrar en razón. Pero no fue así, la intentaba consolar con sus falsos sermones, como si tu madre pudiera encontrar en la Biblia una solución. Le fue dando largas, nunca fue a hablar con tu abuela y cuando tu madre lo pilló magreándose con Bernarda, ya no pudo más. Se dio cuenta de que el cura era tan sucio como tu abuelo.

¿¿Mi madre sabía lo de Don Pancracio con Bernarda??

¡Pero cómo podía haberse guardado ese chisme tan bueno!

Qué egoísta, ¡y sólo para ella! Por favor, yo no habría podido guardarme algo así ni cinco segundos, me habría quemado en la lengua.

Pero en ese momento no se lo eché en cara, porque le di prioridad a algo más importante para mí. Ya podía atar los cabos que había tenido mal atados. Supuse que lo que vio la madre de Maite en la iglesia aquel día fue la reacción de la madre de Helios después de echarle en cara a Don Pancracio que se acostaba con Bernarda. Y ya me parecía entender también por qué la madre de Helios pensaba que la casa de su padre no era digna de que la pisara su novio, mi padre. Odiaba tanto aquella casa como odiaba a su propio padre.

—Parece que el viejo tuvo un momento de arrepentimiento antes de morir, supongo que pensó que se iba directo al infierno y lo quiso evitar —le dijo Helios a mi madre—. Quería poner la casa a nombre de mi madre. Pero ella no la quería, le traía muy malos recuerdos, así que mi abuelo me la acabó dejando a mí. Necesitaba limpiar su conciencia como fuera —concluyó.

—¿La casa es tuya? —le preguntó mi madre sorprendida.

—Sí. No cambia nada de lo que hizo, pero ahí está —le contestó Helios con despreocupación.

La conversación nos había llevado más tiempo del que me había parecido, al acabar me sentí agotada. Entonces fue cuando empecé a sentir una mezcla de alivio, vergüenza y culpabilidad. No había cometido incesto, y eso era genial, podía volver a ser una persona normal. Pero había sido muy dura con mi madre, y con mi padre, quien ya no estaba allí para defenderse. Había hecho el ridículo contándole a Helios mi, tal como pude comprobar, absurda teoría, y además casi le provoqué un infarto diciéndole que su padre había muerto. Todo lo que había sufrido era para nada, y todo por culpa de mi enferma sed de cotilleo.

—Lo siento mucho, de verdad. Ni siquiera tenía derecho a saber todo lo que me habéis contado, hay cosas que forman parte de la intimidad de la gente —me disculpé.

—Te lo habría contado, pero sabía lo rápido que lo ibas a largar —me dijo mi madre, avergonzándose todavía más.

—Yo también podría habértelo contado con el tiempo. Pero no me pareció necesario, ni tampoco el momento —me dijo Helios.

Pues claro que no. ¿Por qué iba a confiarme algo tan íntimo, algo que ni siquiera le correspondía a él? La gente no va por ahí diciendo, “Oye, ¿sabes

que mi abuelo violaba a mi madre?”. No, y menos a alguien que acaba de conocer.

—Todo esto lo empezó Bernarda —dijo rabiosa—. Habla fatal de tu madre, la pone de furcia para arriba.

—¿Quién es esa? —me preguntó Helios.

—¿Bernarda? —exclamó mi madre con menosprecio—. La que más tiene que callar en este pueblo —le dijo a Helios—. No podía ni ver a tu madre porque sabía demasiado. La pilló fornicando con el cura en la iglesia y lleva desde entonces temiendo verla aparecer.

Hija de su madre...

¿Por eso hablaba tan mal de la madre de Helios? ¿Porque le tenía miedo...?

Pues se estaba equivocando de persona, ahora iba a ser yo la encargada de contarle a todo el pueblo lo que sabía.

—Pues esa tal Bernarda estará temblando. Mi madre está aquí —dijo Helios.

—¿Aquí...? —le preguntó mi madre asombrada—. ¿Quieres decir aquí mismo? ¿En Fuente del Limonar? —le pidió que le confirmara.

—No ha tenido más remedio que venir. Yo me voy sin haber conseguido nada, mi abuela no quiere moverse de su casa —le contestó Helios.

—Mamá, no pierdas la ocasión. Baja a verla —le sugerí ilusionada.

—No puedo —dijo mi madre, mirando hacia su regazo nerviosa.

—Claro que puedes. Sabe que estoy aquí. Se lo he dicho antes de subir y se ha sorprendido al saber que venía a ver a tu hija. Pero ha sido de manera positiva, yo la he visto ilusionada —le comentó Helios.

Mi madre me miró esperanzada y yo asentí sonriendo, cogiéndole las manos para darle ánimos. Ella dudó todavía durante unos segundos, pero al final dijo:

—Está bien. Supongo que ya ha pasado demasiado tiempo, debería arreglar esto de una vez.

La famosa calle de las azaleas, donde había estado sucediendo algo tan espantoso décadas atrás sin que nadie lo supiera, era un circo. Como era de esperar, la mayoría de los vecinos se habían enterado ya de que la madre de Helios había vuelto esa misma tarde al pueblo, y aquel era un suceso tan sorprendente para ellos que nadie parecía cortarse en husmear. Angustias estaba asomada a su ventana con los rulos puestos, comentando con Sole y

Anita la noticia, quienes la miraban desde abajo. La señora Antonia había aparcado su andador y había cogido un buen sitio sentada en una silla. Bernarda estaba apoyada en la pared abanicándose con una cartón de leche vacío y aplastado, y tres vecinas que vivían cerca de la carretera hacían corrillo en la pared de enfrente. Cuando nos vieron llegar se oyó un murmullo, pero ni siquiera las saludamos. Miré a Bernarda de reojo con toda mi mala leche, esperando que el mensaje le calara hondo. Esa vaca sofocada se iba a enterar.

Helios abrió la puerta, los tres caminamos por el pasillo y antes de llegar al salón, que quedaba justo enfrente, pude ver las piernas de la madre de Helios enfundadas en unos pantalones tobilleros. Estaba sentada en un sofá, con las piernas cruzadas. Sentía que la conocía de toda la vida y estaba deseando verla en carne y hueso, no podía esperar. La señora Aurora, su madre, estaba sentada frente a ella en su butaca pero ninguna de las dos hablaba.

—Mamá, traigo compañía —le dijo Helios al entrar.

Rocío, su madre, miró en nuestra dirección. Al principio no reaccionó, la expresión con la que la encontramos era de pena y de frustración pero, al ver a mi madre, la cara se le iluminó.

—Lucía... —dijo sorprendida.

Mi madre le sonrió feliz de verla, pero al instante se puso a llorar. Ella nunca se comportaba así y me conmovió ver en mi madre tanta vulnerabilidad y emoción. Estaba trastornada, pero no dejaba de ser mi madre.

—Lo siento —le dijo a Rocío con el labio tembloroso.

La abuela de Helios ni se inmutó, no hizo ademán de moverse en ningún momento. Tenía la cara agachada y una mezcla de vergüenza y dolor en la cara. Parecía haber envejecido diez años, por si no era ya suficientemente anciana, y no parecía tener ganas de vivir, estaba consumida en el hoyo de su butaca. Lo cierto es que sentí pena por ella a pesar de que sabía lo que había hecho. Ya era demasiado vieja para recriminarle nada, lo único que se podía hacer con ella era ofrecerle compasión.

—Ya no importa, Lucía —le dijo Rocío a mi madre—. Te estás refiriendo a lo de Luis, ¿verdad? —se quiso asegurar.

Me pareció muy raro que alguien llamara a mi padre por su nombre. Siempre era “papá esto, papá lo otro”, y me resultó extraño que alguien lo mencionara como una persona ajena a mí. Él había tenido un pasado con

Rocío, uno que parecía relativamente corto, pero muy diferente a la relación que yo había tenido con él.

En aquel momento me pareció comprender un comentario que mi madre me hizo días atrás, cuando me refregó por las narices que ella era mucho más valiente que yo. Mi madre decidió estar con mi padre a pesar de lo que iban a decir de ella, tal como me soltó, y esa persona que tenía algo que decir sobre su relación era Rocío. No se lo había inventado, la acusé de creerse la protagonista de una novela rosa y de necesitar una camisa de fuerza, y ahora me arrepentía.

—Sí... —le confirmó mi madre angustiada a Rocío—. Me refiero a Luis y a todo lo demás. Siento mucho no haber estado a tu lado cuando tanto me necesitabas, a lo mejor no te habrías ido si hubieras podido contar conmigo.

La madre de Helios se levantó del sofá. Dio los escasos tres pasos hasta mi madre, la cogió por los hombros y le dijo:

—Me habría ido igualmente. No podía seguir aquí, contigo o sin ti. Fue la mejor decisión que pude tomar, mira qué chulada hice en Madrid —le dijo, señalando orgullosa a Helios con la cabeza.

—Ya lo he visto. Pero mira lo que hice yo —le dijo mi madre, señalándome muy chula a mí.

—No sabía que Luis había muerto. Lo siento —le dijo Rocío.

Helios y yo nos miramos y nos sonreímos satisfechos, él metió su mano entre mi pelo por la parte de la nuca y entonces me dedicó un guiño.

Parecía que todo había acabado bien y eso me hacía feliz. Pero, aquella situación, estar allí presenciando cómo mi madre y Rocío hacían las paces, hizo que me acordara de Reme. ¿Podría yo ver lo que había pasado entre nosotras de la misma manera algún día? ¿Desde la distancia y de manera objetiva? Me puse melancólica al darme cuenta de cuántos años habían pasado para que mi madre y la madre de Helios pudieran volver a ser amigas. Pensé en el remordimiento de conciencia que habría tenido mi madre sólo por haberse enamorado de mi padre.

¿También se sentiría Reme así...?

A lo mejor tenía que hablar con ella y escuchar lo que me tenía que decir. Yo estaba enamorada de Helios y quizá no era justo querer que ella fuera infeliz.

—Tendrán cosas que contarse. ¿Por qué no subimos arriba y las dejamos a solas? —me preguntó Helios.

Mi madre y la suya se habían sentado en el sofá y estaban hablando

animadas sobre cosas y gente que yo no conocía. Su abuela seguía sentada en su butaca con la cara agachada, perdida en su triste mundo, y me dieron ganas de consolarla.

—¿Qué va a pasar con ella? —le pregunté a Helios preocupada.

—No lo sé... —me respondió después de dar un suspiro, también intranquilo por su situación—. Mi madre va a quedarse un par de días. Espero que consigan llegar a tener una conversación que las acerque un poco. Hiciera lo que hiciera, estar así no es bueno para ninguna de las dos.

—Sí. No quiero volver a meterme donde no me llaman, pero supongo que sería lo mejor —admití.

—No te preocupes por ella. Mi madre se encargará. Es tan cabezota que es probable que se niegue pero, de todas formas, va a proponerle mudarse a una residencia de Madrid.

Me cogí de su mano y subimos la escalera. Volví a sentir esa energía suya tan maravillosa que me quitaba todas las preocupaciones y entonces me di cuenta de lo mucho que lo había echado de menos los últimos dos días. ¿Qué iba a pasar ahora entre nosotros? Él se iba al día siguiente y yo no quería dejarle marchar. Paré en los últimos escalones antes de llegar a la primera planta, tiré del brazo de Helios y le pregunté, un poco inquieta:

—¿Volveremos a vernos?

Helios paró y me miró.

Cuando Reme abrió la puerta se quedó blanca, noté que por un segundo se le cortó la respiración. Parecía no poder mover un sólo músculo. No me esperaba, su boca se quedó medio abierta y no supo qué decir.

—¿Puedo entrar? —le pregunté.

Reme todavía tardó unos segundos en contestar. Agachó un poco la cara y me dijo:

—Sí. Claro... Pasa.

Avancé por el pasillo mientras ella cerraba la puerta y al llegar a la cocina, donde siempre solíamos sentarnos con Maite a charlar, le pregunté:

—¿Estás sola?

Eso la sorprendió. Me imaginé que creía que le preguntaba por Marcelo, pero en realidad me refería a Javi. De todas formas, era una pregunta de lo más tonta. Reme siempre estaba sola, Javi sólo la quería para que le cocinara y le planchara la ropa.

—No hay nadie, Javi está trabajando —me respondió.

Retiramos unas sillas y nos sentamos en la mesa de la cocina. Pero Reme estaba demasiado nerviosa, nada más poner el culo en el asiento se volvió a levantar.

—¿Te apetece un café? —me preguntó inquieta.

—Ahora no —le dije.

Reme volvió a sentarse. Juntó las manos sobre la mesa y bajó de nuevo la mirada, visiblemente incómoda. Unos segundos pasaron durante los que ninguna de las dos dijo nada. Pero, cuando estaba a punto de hacerlo yo, Reme cogió aire y me dijo:

—Lo siento mucho, Azahar. Yo no esperaba que esto pasara. Ni siquiera sé cómo ha sido, ni Marcelo ni yo lo habíamos planeado.

Me crucé de brazos, resoplé y asentí, mirando el hule pensativa.

—¿Desde cuándo estáis juntos? —le pregunté.

—No lo sé exactamente... ¡Pero es muy reciente! —se apresuró en

aclararme—. Supongo que sin darnos cuenta pasamos de vernos para hablar de ti a gustarnos demasiado estar juntos. No sé en qué momento cruzamos esa línea. Pero tienes que creerme, Azahar, fue así... —me dijo angustiada.

La verdad es que ni siquiera me hacía falta preguntarle aquello porque, a toro pasado, recordando el cambio tan positivo que había visto en Reme días atrás, me lo podía imaginar. Ya no estaba tan enfadada, la creía cuando me decía que ella y Marcelo se habían enamorado sin esperarlo. Pero todavía me daba rabia pensar qué habría pasado si yo, finalmente, hubiera decidido que quería seguir con él. No era así, pero sabía que en ese caso mi amistad con Reme habría acabado para siempre, que nos hubiéramos llegado a odiar. Entre Marcelo y yo, Reme lo había escogido a él. Igual que mi madre hizo con Rocío, la historia se repetía. Pero gracias a eso yo había nacido, a que mi madre se había enamorado de un chico que en un principio no “le pertenecía”. Debía intentar mirar hacia el futuro en lugar de preguntarme qué podría haber pasado si las cosas hubieran sido de otra manera. No lo habían sido, no había más que hablar.

—¿Lo sabe Javi? —le pregunté.

—Sí... Se lo he tenido que decir. Ya sabes cómo es este pueblo, si no lo hacía yo iba a enterarse igualmente —me respondió—. Supongo que no pensé en lo complicado que sería esto. No tengo donde ir y, salga como salga lo mío con... —Se detuvo un instante—. Lo nuestro —continuó incómoda, sin atreverse a pronunciar el nombre de Marcelo—, no podré seguir viviendo en esta casa. Javi y yo nos vamos a separar. —Sentí pena por ella al darme cuenta de su difícil situación. No me hubiese gustado verme como Reme, la verdad. Lo suyo no tenía marcha atrás, me parecía que había sido muy valiente rompiendo con todo para intentarlo con Marcelo, algo que no se podía decir de mí—. Sé que esto tampoco ha sido nada fácil para ti, Azahar, y que quizá nuestra amistad nunca pueda ser igual que antes. Pero yo no quiero perderte, podríamos intentarlo —me pidió, con sus ojos empezando a llenarse de lágrimas.

No se equivocaba. Por mucho que lo intentáramos, aunque lo deseáramos, nada podría ser igual entre nosotras. Al menos hasta que pasara un tiempo. Nos iba a resultar extraño estar juntas sabiendo que Marcelo, mi novio de tantos años, tenía una relación con ella. Pero yo tampoco quería perder a Reme, siempre había estado a mi lado y me había demostrado ser una buena amiga toda su vida. Yo ya no quería a Marcelo y no tenía sentido que tampoco lo quisiera para ella, ni siquiera sentía celos al pensar que estaban

juntos. ¿Podía haber una señal más clara que esa?

—Podríamos intentarlo. Ya veremos cómo nos va... —le contesté, soltando un suspiro final.

Reme me cogió la mano sobre la mesa agradecida y me sonrió con cariño a pesar de estar llorando. Recordé todos los años que hacía que nos conociamos, cuánto nos habíamos reído y las veces que habíamos llorado juntas, y pensé que ojalá pudiera ser feliz de una vez. Las dos nos lo merecíamos.

—¿Cómo te va a ti? —me preguntó. Cogió una servilleta de papel y se sonó la nariz, me sonrió algo más animada y me dijo—: No te dejes ningún detalle, listilla. No vas a salir de aquí hasta que me cuentes cómo es darse un revolcón con un tío que tiene nombre de mermelada.

—He dicho que lo intentaríamos, todavía no somos amigas —le dije, levantando un dedo frente a mi cara.

Reme se levantó y fue hasta la encimera sin dejar de mirarme sonriente. Preparó la cafetera y sacó dos tazas del armario, dispuesta a sentarse más rato conmigo a charlar. Sabía que se lo había dicho en broma.

Los vecinos todavía me miraban cuando me veían por la calle, me observaban curiosos antes de saludarme y notaba que lo continuaban haciendo al pasarlos de largo. Pero eso había dejado de importarme porque ya no tenía nada horrible que esconder. De hecho, empezaba a hacerme gracia que se comportaran así, sabía que sufrían porque no podían averiguar más detalles sobre mi ruptura con Marcelo y eso me hacía sentir una gran satisfacción. Sin embargo, había algo que sí me preocupaba. Yo era la responsable de otro chisme que estaba dando vueltas por el pueblo y que había provocado de manera egoísta para salvar mi propio pellejo. Una de las partes afectadas no me importaba lo más mínimo, pero la otra sí lo hacía, así que me dispuse a pararlo. Al salir de casa de Reme, mientras iba de camino a mi tienda, vi venir de frente a Sole y a Anita. Las miré sonriente y, cuando nuestros caminos iban a cruzarse, me paré a hablar con ellas.

—¿Qué tal? —las saludé.

Las había visto cuchichear mientras nos íbamos acercando y ahora parecían cortadas. Por supuesto, porque estaban hablando de mí.

—Pues mira, hija, tirandiño... —me dijo Anita haciéndose la mártir.

—Sí, vamos haciendo... —dijo Sole, con la misma falsa actitud.

Unos segundos pasaron y lo único que hicimos fue asentir y mirar hacia el

suelo de brazos cruzados. Pero sabía que sólo estaban disimulando, se morían por sacarme información.

—Ay... Diosiño... Qué cosiñas pasan, ¿eh? —me dijo Anita.

—Ya ves. Una ya no sabe con quién está tratando, no nos podemos fiar de nadie —dijo Sole.

Conocía muy bien a esas dos chismosas de marca falsificada, eran el equivalente de un perfume Doce & Palangana. Sabía que con esos comentarios intentaban introducir el tema de Reme. Pero no me molestó, me fue muy bien para lo mío.

—¡Cómo! ¿Sabéis lo de Bernarda? —les pregunté fingiendo asombro.

Sole y Anita se miraron confundidas y después me miraron a mí, sin poder contener su curiosidad.

—¿Qué pasa con Bernardiña? —me preguntó Anita.

Me mordí el labio como si me arrepintiera de haberlo mencionado. Saqué mi móvil y lo miré unos instantes haciendo tiempo, para ponerlas en tensión y que se comenzaran a desesperar.

—Tengo que irme. Es muy tarde y tengo que abrir la tienda —les dije.

—Pero... No puedes dejarnos así, necesitamos saber qué pasa —me dijo Sole.

—Sí, deberías contárnoslo, rapaciña. Ya sabes que esto no va a salir de aquí —me dijo Anita.

Seguro. Eso iba a salir de allí en cuanto pestañeara, así que me faltó tiempo para soltarlo. Me acerqué más a sus caras, miré de izquierda a derecha y les susurré:

—Don Pancracio no es el padre del nieto de la señora Aurora.

—¿Qué? ¿Cómo que no? Todo el mundo sabe que lo es —me dijo Sole extrañada.

—Bueno, todo el mundo menos él —añadió Anita.

—Pues no, ha habido un error. Un pequeño descuadre en el cálculo. La madre de Helios no se fue del pueblo embarazada, su padre vive en Madrid. Resulta que nació unos años después de que su madre se fuera de aquí —les conté—. Pero adivinad quién es la que *sí* tiene un hijo del cura... —les sugerí, arqueando las cejas un par de veces seguidas.

—No... —dijo Sole pasmada.

—Sí —asentí.

—Que no —dijo Anita.

Las dos se miraron boquiabiertas, sin poder creerse lo que acababan de oír.

Anita se puso la mano sobre la boca, Sole se rascó la cabeza unos segundos y después me preguntó:

—¿Cuál de ellos es de Don Pancracio?

—El medianiño, el único que no se parece al marido de Bernardiña... —dijo Anita, como si acabara de tener una revelación.

Pero lo más sorprendente fue que, en ese mismo instante, la tuve yo también. La misma asombrosa revelación. Me había inventado que Bernarda tenía un hijo del cura, pero de repente empecé a dudar de que eso fuera mentira, el hijo mediano de Bernarda se parecía mucho a Don Pancracio.

Virgen de la Coquina...

¿Podía haber dado en el clavo sin pretenderlo...?

¡Menuda crack!

—Oye, pues sí, el mediano se parece bastante a Don Pancracio. Tiene el mismo hoyo en la barbilla —dijo Sole alucinando pepinillos. Y no era la única, yo también estaba alucinando alcaparras.

—¿Quién te lo ha contado? —me preguntó Anita impresionada.

—Bueno, hay varias personas del pueblo que sabían que estaban liados y una tiene sus fuentes... —presumí—. Mirad, nos hemos estado empeñando en enterarnos de algo que nunca pasó. Que esto no salga de aquí, pero la hija de la señora Aurora se fue del pueblo por un tema de herencia. Ya sabéis cómo es el dinero, destroza familias —dije disgustada—. Su abuelo le dejó el campo, el que trabajaba su padre, pero su padre no consintió que ella se lo quedara.

—¿¡Por eso se fue!?! —me preguntó Sole, todavía hambrienta de cotilleo. Parecía que no había tenido bastante con lo que le acababa de contar sobre Bernarda, como si eso fuera poco.

—Hm —dije encogiéndome de hombros.

Y, con el trabajo bien hecho, reanudé mi camino calle abajo. Podía oír a Sole y a Anita a mi espalda, haciéndose comentarios entre risas histéricas, y supe que era cuestión de minutos que la historia se empezara a comentar en cada esquina de Fuente del Limonar. Ya no había quien la parara y, al ser consciente de ello, apreté un puño frente a mi cara en señal de victoria.

EPÍLOGO

En la vida pasan unas cosas sorprendentes. Rarísimas. Nadie está a salvo de llevarse unas cuantas sorpresas. ¿Quién me iba a decir a mí que aquella casa a la que tanto me costaba ir, de la que siempre salía afónica y con un zumbido en los oídos, un día sería mi casa? Pero así fue. Ya no tenía nada que ver con cómo era. Los muebles antiguos y oscuros, las baldosas desgastadas y los tapetes de ganchillo habían dejado paso a un suelo grisáceo de mármol, a unos muebles blancos y a unas fotografías en las paredes que hablaban de una nueva vida. Una mucho más feliz, la que habíamos comenzado juntos Helios y yo. La claridad entraba por las ventanas, todo estaba pintado en un gris mucho más luminoso que el salmón que solía haber y, si alguna vez había existido allí la maldad, la tristeza y el rencor, ya no quedaba rastro.

Helios y yo continuamos viéndonos, hicimos una costumbre y una necesidad de escaparnos los fines de semana para encontrarnos. Cuando no lo hacía él era yo quien viajaba para estar juntos, me encantaba salir del pueblo y hacerme la cosmopolita en Madrid. Pero no sólo recorría las escasas tres horas de tren para llegar hasta allí. El buscador de ofertas de viajes de Helios fue un chollo del que tampoco esperaba disfrutar, y fui a tantos sitios con él que nunca creí que llegaría a visitar que acabé cansándome de tanto trajín. Cuando la señora Aurora sufrió otro bajón de salud no tuvo más remedio que aceptar la proposición de su hija y los dos estuvimos de acuerdo en que Fuente del Limonar era un sitio precioso para vivir. Ella y Rocío no eran las personas que mejor se llevaban en este mundo, fueron muchos años de incomunicación y muchas cosas que reprochar, pero lo intentaban y la señora Aurora parecía de mejor humor estando cerca de Rocío. ¿Quién le iba a decir a ella también que después de haber despreciado a su hija de manera tan cruel iba a ser quien la iba a atender en los últimos años de su vida? Vivía en una residencia, pero las visitas de Rocío no le faltaban.

—¿Tienes las llaves de tu casa? —me preguntó Helios.

—Sí, las llevo en la mano —le respondí sacudiéndolas en el aire.

Cerramos la puerta de nuestra nueva casa y caminamos calle arriba, en dirección a la casa que había compartido toda mi vida con mi madre. Sabía que ella no estaba, desde que hizo las paces con la madre de Helios yo no había sido la única que se había convertido en un culo inquieto, mi madre había comenzado también a salir y a entrar del pueblo. Ella y Rocío reanudaron una amistad que parecía haber estado perdida para siempre, pero estaban equivocadas, resultó poder retomarse en el mismo punto de diversión y complicidad. Se lo volvían a pasar tan bien juntas que aprovechaban cualquier excusa para verse, Rocío disfrutaba como loca sabiendo que la gente del pueblo las ponía verdes, y mi madre todavía más.

—Vamos a desviarnos por esta calle —le pedí a Helios.

Giramos a la izquierda y me dirigí a la casa que estuve reformando de manera interminable y sin ningún sentido, la que había sido de Marcelo y mía. Golpeé con los nudillos en el marco de la ventana y enseguida obtuve contestación.

—¡Qué pasa, Melón! —me saludó Marcelo, asomando la cabeza desde el pasillo.

Nunca conseguiría que me llamara por mi nombre, qué le iba a hacer.

—Qué tal —lo saludó Helios.

—Pues aquí, hecho un machote —le dijo Marcelo, subiéndose el pantalón hasta el sobaco.

—Marcelo, ¿está Reme? —le pregunté. Pero ella ya venía directa a la ventana con Maite, quien también estaba allí.

Marcelo y yo acabamos en buenos términos, después de todo. Comprendí que, en cierta manera, su infidelidad la provoqué yo. No podía exigirle honestidad cuando yo tampoco la había tenido con él. Todos teníamos nuestros secretos, y Marcelo también tenía derecho a buscarse la vida como mejor le pareciera.

—A ti queríamos verte. ¿Te has enterado de lo último? —me preguntó Reme excitada.

—¡Sole y Anita están liadas! —exclamó Maite.

—Hija, de verdad. ¿Sabes qué es el suspense? Te ha faltado tiempo para soltarlo, hay que darles más intrínquilis a estas cosas —se quejó Reme.

—¿Son lesbianas? —pregunté pasmada. Helios me miró y rodó los ojos riendo, no estaba segura de que algún día pudiera acostumbrarse a aquello, el cotilleo era el deporte autóctono de nuestro pueblo.

—Pues no lo sé. ¡Pero la señora Antonia las ha pillado dándose el filetazo!

—dijo Maite partiéndose de risa.

—¡Sí! —me confirmó Reme—. Y creo que ya sé por qué Anita habla de esa manera tan rara... —dijo misteriosa—. Tengo una teoría, y creo que voy muy bien encaminada.

—¿Cuál? —le preguntó Maite intrigada, mirándola con atención.

—A Anita la adoptaron en Portugal —nos dijo Reme.

Maite y yo nos miramos confundidas. ¿¿Anita era adoptada?? ¿De dónde se había sacado eso?

—¿Quién te lo ha contado? —le pregunté.

—Su bigote —me dijo.

—¿Su bigote? —preguntó Maite echando la cabeza hacia atrás.

—¿No habéis visto la pelambrera que tiene debajo de la nariz? En su país eso es muy común, Anita lo lleva en los genes —nos argumentó Reme.

—Mira, no empecemos, ¿eh? —le dije impaciente.

Ya estaba empezando de nuevo a enredar las cosas.

—Vaya mierda de teoría. ¡Eso no es ninguna prueba de que sea adoptada! —le reprochó Maite.

—¿Y por qué habla así, eh? —insistió Reme.

—Adiós. Nos vemos mañana a la hora del café —me despedí sin mirarla.

Tiré del brazo de Helios y reanudamos nuestro camino, riéndonos de Reme mientras subíamos la cuesta.

Entramos en mi antigua habitación y saqué algunas cosas de mi armario que todavía no me había llevado. Era ropa de invierno que ya iba a necesitar, empezaba a hacer algo de frío. Me acerqué a mi mesilla de noche y cogí mi álbum de fotos, quería tenerlo en mi nueva casa.

—¿Sabes? Gracias a esta fotografía acudí a nuestra cita aquella noche en la playa —le dije a Helios, mirando la foto con una sonrisa.

Era la misma en la que mi padre me empujaba en mi coche de pedales, riendo mientras yo me moría de miedo. En aquel momento, cuando la vi antes de encontrarme con Helios junto al mar, probablemente sólo me imaginé que mi padre me animaba a hacerlo. Pero, fuera como fuese, había funcionado. Gracias a él, o a aquella fotografía, Helios y yo estábamos juntos.

—A ver... ¿Se parece a mí? —me preguntó. Cogió el álbum de mis manos y fingió dudar.

Se lo quité riendo y le reñí:

—¡Para ya!

Helios se sentó en la cama y yo me quedé de pie frente a él. Pasó los brazos por detrás de mis piernas y apoyó la barbilla en mi cintura, levantando la vista para mirarme.

—Está claro que tenía que venir a Fuente del Limonar. Algo muy bueno me estaba esperando aquí —me dijo sonriente.

Metí los dedos entre su pelo rizado y le devolví la sonrisa, contenta por poder ver cada mañana sus ojos tan brillantes nada más abrir los míos. Me agaché y le besé, sintiéndome inmensamente feliz por saber que él lo era tanto como yo.

—Si no hubieses venido tú, habría ido yo a buscarte. Cada vez estoy más convencida de que lo nuestro no ha sido casualidad —le dije.

Dejé el álbum de fotos sobre la mesilla y me estiré sobre la cama abrazada a Helios. Giré la cara hacia el álbum, abierto en la página que estaba la fotografía de mi padre, y al verle reír me reafirmé en que las cosas tenían que ser tal como eran. Con Helios y yo compartiendo felices nuestras vidas. Mi madre y mi padre tenían que enamorarse a pesar de hacerle daño con eso a Rocío. Sólo así, Helios y yo, podíamos cumplir nuestro prometedor destino.

MÁS CHICK LIT



CONTACTO

Facebook

<https://www.facebook.com/rosario.vila.10>

Twitter

<https://twitter.com/Riovila10>

Blog

<http://rosariovilachicklit.wordpress.com>

Correo electrónico

riovilado@gmail.com